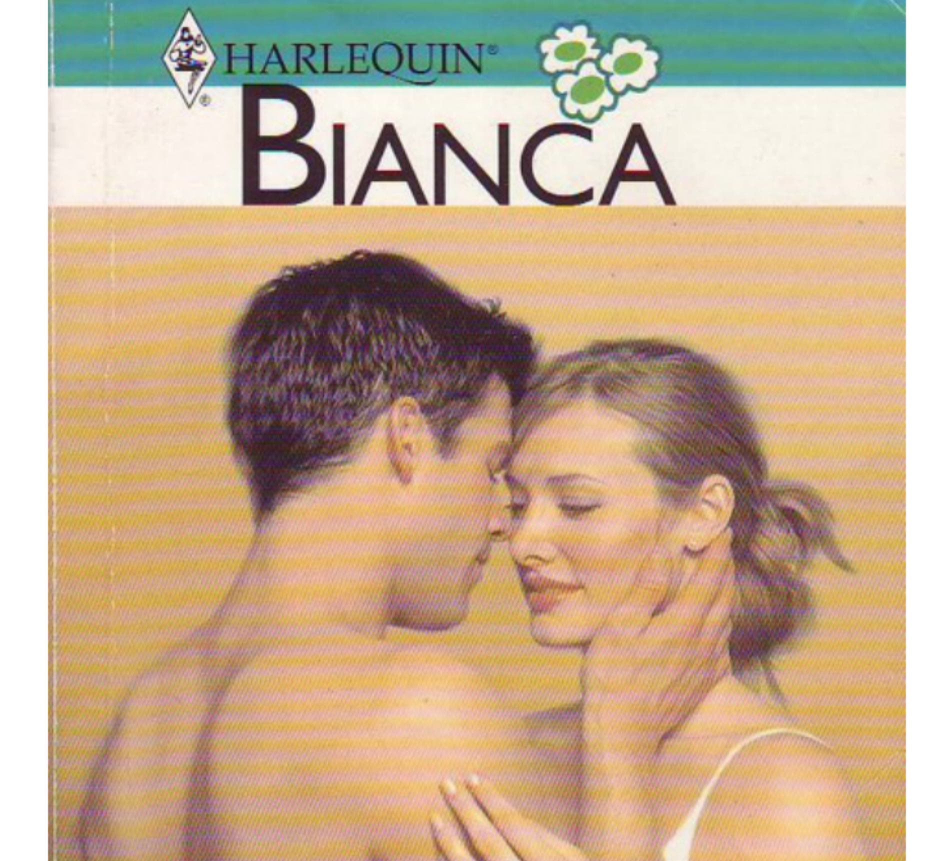



Helen Brooks

# ATRAPADA EN NAVIDAD

# Atrapada en Navidad

## Helen Brooks

**Atrapada en Navidad (17.12.2003)**
**Título Original:** Christmas at His Command (2002)
**Editorial:** Harlequín Ibérica
**Sello / Colección:** Bianca 1460
**Género:** Contemporáneo
**Protagonistas:** Flynn Moreau y Marigold

***Argumento:***

***Tendría que superar la tentación que suponía estar atrapada con un hombre tan sexy.***

*Marigold estaba deseando pasar las fiestas en la casa de campo de sus amigas... ¡sin un solo hombre a la vista! Pero una lesión en un tobillo la dejo al cuidado de su arrogante vecino, el guapo cirujano Flynn Moreau.*

*Flynn se hizo cargo de todo en insistió en que Marigold se quedara con él. Y allí se encontraron pasando las Navidades los dos solos, en aquella enorme casa, mientras la nieve caía incesantemente al otro lado de la ventana. Una tormenta casi tan fuerte como la atracción que había surgido entre ellos.*

## Capítulo 1

— ¡OH, no, por favor, no me hagas esto! —Marigold cerró los ojos y los volvió a abrir, frente a los mandos del coche—. ¿Qué me haces, Myrtle? ¡Estamos a kilómetros de cualquier sitio y el tiempo está horrible! ¡No puedes tener un berrinche ahora! ¡No te enfades porque te haya llamado gruñona!

El viejo coche ni siquiera tosió como respuesta. Al contrario, sus ruedas parecieron hundirse más en la nieve que cubría la carretera. El viejo motor llevaba media hora renqueando y acababa de pararse por completo.

Marigold miró la nieve de la luna delantera. Se haría de noche en una hora. ¡y allí estaba ella, atrapada en un lugar desconocido! No se podía quedar en el coche. Se congelaría si no aparecía nadie, y desde hacía un rato no veía ni una casa, ni ningún otro sitio que indicase

vida humana.

Extendió la mano y agarró del salpicadero el papel con las indicaciones para llegar a Sugar Cottage, preguntándose si habría tomado mal alguna desviación. Pero no, no era así. Emma le había advertido que la cabaña estaba apartada, algo que había sido un atractivo para ella, que quería aislarse del mundo.

Volvió a mirar las indicaciones. Frunció el ceño al ver cuánto trayecto le quedaba aún por recorrer por el campo. El último edificio que había visto había sido aquel viejo bar que había pasado a unos quince kilómetros de allí. Luego había conducido unos tres kilómetros más antes de salirse de la carretera principal y adentrarse en el campo, y unos kilómetros por aquel camino rural tan malo. ¿Estaría muy lejos de Sugar Cottage? Fuese como fuese, no le quedaba más remedio que empezar a caminar.

Suspiró y miró el asiento de atrás. Sus botas de agua y su chubasquero casi hasta los pies, estaban en su vieja mochila de la universidad. También había puesto una linterna cuando Emma le había dicho lo aislada y alejada que estaba la cabaña del camino. Emma había mostrado preocupación por los problemas del suministro eléctrico, algo frecuente en invierno, al parecer. Y además, podría hacerle falta para llegar al coche desde la casa, había pensado. Pero ambas habían supuesto que encontraría la cabaña.

Había una mansión al otro lado del valle, le había dicho Emma, pero básicamente, la pequeña cabaña de Shropshire, que en la última primavera había heredado de su abuela , estaba lo suficientemente apartada como para sentirse aislada del mundo. Y eso, se dijo poniéndose el abrigo y el chubasquero, valía una tormenta de nieve. La cabaña no tenía teléfono ni televisión, le había dicho Emma cuando se la había ofrecido para navidad. ¡Su abuela se había opuesto a que entrasen en su casa esos inventos modernos! La mujer había criado pollos, y había horneado su pan, y después de morir su marido, se había quedado sola en la casa hasta que había muerto, durmiendo pacíficamente, a los noventa y un años de edad.

Con las botas de lluvia puestas y el chubasquero, Marigold vació la mochila y volvió a llenarla con unas pocas provisiones. Tendría que dejar la maleta y todo lo demás por el momento, se lamentó. Si era capaz de llegar a la cabaña esa noche, al día siguiente se ocuparía de todo lo demás. Era una pena que se hubiera dejado olvidado su teléfono móvil en su apartamento de Londres, pero se había dado cuenta de ello cuando ya había hecho tres cuartas partes del camino.

Antes de salir del coche, se metió en el bolsillo el papel de las indicaciones para llegar a la cabaña. Salió del vehículo y cerró la puerta con llave.

Encontrar la cabaña en medio de una tormenta de nieve no era

nada comparado con lo que había vivido en los últimos meses, pensó. Y, al menos, sería una navidad distinta, muy diferente de la que había planeado con Dean. Seguramente, Tamara y él se estarían bronceando en las playas del Caribe en aquel momento, un viaje que ella misma había elegido con Dean, cuando todavía estaban juntos. Todavía no podía creer que Dean estuviera haciendo con Tamara el viaje que tendría que haber sido la luna de miel de ambos. Además de todas las mentiras y engaños, esa había sido su última traición.

Hubiera querido ir a estrangularlo al enterarse, pero se había reprimido. Desde que habían tenido aquella acalorada discusión en que ella se había enterado de la existencia de la otra mujer, le había dicho lo que pensaba de él y le había tirado el anillo de compromiso a la cara, había mantenido una actitud fría y digna.

Se le llenaron los ojos de lágrimas al recordarlo. Pero decidió no volver a llorar. Lo había decidido hacía un par de semanas y no lo haría.

No quería saber nada del sexo opuesto, y si Emma ponía a la venta la cabaña en el nuevo año, tal vez le hiciera una oferta.

Marigold empezó a caminar, perdida en sus pensamientos, apenas consciente de los copos de nieve que caían. Desde la ruptura con Dean, al final del verano, estaba pensando que necesitaba un cambio de vida.

Había nacido y crecido en Londres. Allí había ido a la universidad, donde había conocido a Dean, en su último año de Arte y Diseño. Cuando había terminado la carrera, había encontrado un buen trabajo en una pequeña empresa que se especializaba en diseño gráfico. Al principio se había dedicado a los pósters, sobre todo, y a trabajos similares. Luego, cuando la empresa había diversificado su negocio con todo tipo de tarjetas de felicitaciones, le habían encargado a ella la nueva aventura. Dean le había propuesto casarse hacía un año, por lo que ella había pensado que su futuro estaba completamente decidido. Hasta que Tamara Jameson había aparecido en escena.

Ahora fantaseaba con poner un pequeño estudio en algún sitio, donde pudiera trabajar como freelance para su actual empresa. Lo había hablado con ellos, y estaban de acuerdo. Luego intentaría trabajar para otras empresas.

—¡Ay! —exclamó Marigold.

Como si el pensamiento en la otra mujer hubiera conjurado al demonio, Marigold se resbaló en un bache, y se cayó. Cuando intentó levantarse, se torció el tobillo, olvidándose por completo de lo que estaba pensando.

Había caminado con dolor durante diez minutos cuando oyó el ruido del motor de un coche. Todavía había luz, pero no obstante buscó su linterna, y se hizo a un lado en la carretera. No podía dejar

escapar aquel coche.

El todoterreno cortaba la nieve con la nobleza que le correspondía, contrastando con su pobre Myrtle. Su conductor la vio y empezó a frenar incluso antes de que ella agitase la mano y encendiera la linterna.

—¡Oh, gracias, gracias! —exclamó Marigold; casi se volvió a caer mientras caminaba torpemente hacia la ventanilla abierta del conductor—. Se me ha roto el coche, y no sé cuánto camino me queda... Además, me he caído y me he torcido un tobillo...

—De acuerdo. ¡Cálmese!

No fue el tono frío de su voz lo que detuvo a Marigold, sino la imagen de aquel enorme hombre moreno sentado detrás del volante. Era apuesto, aunque con un estilo duro y desaliñado, pero fueron sus ojos grises los que la dejaron sin habla.

—Supongo que ese es su coche, así que no puede ir más que a Sugar Cottage...

—¿Sí? —Marigold lo miró, sorprendida—. ¿Por qué?

—Porque es la única otra casa en el valle, aparte de la mía —contestó él—. Así que debe de ser Emma Jones, la nieta de Maggie...

—Yo... —intentó hablar Marigold.

—Me dijeron que vino una vez a ver la cabaña, cuando yo estaba fuera. Lamento no haberla visto entonces.

Sus palabras parecían amistosas, pero el tono de voz, hostil. Siguió hablando:

—Yo me prometí después de aquella ocasión que si alguna vez tenía la oportunidad de...

—Mire, ¿señor...?

—Moreau —contestó con voz de hielo.

—Mire, señor Moreau, creo que tengo que explicarle...

—¿Explicar? ¿Explicar qué? ¿La razón por la que a ninguno de su familia, incluida usted, le pareció apropiado visitar a una anciana en los últimos meses antes de su muerte? ¿Se suponía que le alcanzaba con una o dos cartas al año, y una llamada a la tienda del pueblo que le suministraba comestibles todas las semanas? Los mensajes nunca pueden compararse con las visitas, señorita Jones. ¡Oh! Sé que Maggie podía llegar a ser una persona difícil, recalcitrante y obstinada a veces, pero, ¿es que ninguno de ustedes fue capaz de darse cuenta que detrás de esos rasgos se escondía un espíritu independiente y orgulloso? Era una anciana. ¡Noventa y dos años! ¿Ninguno de ustedes tuvo la sensibilidad suficiente como para darse cuenta de que detrás de su terquedad pedía a gritos que la quisieran?

—Señor Moreau...

—Pero era más sencillo y más fácil tacharla de inaguantable —dijo el hombre, furioso—. De ese modo todos ustedes podían seguir con su

cómoda vida, con la conciencia tranquila.

Marigold empezó a enfadarse, no solo porque aquel hombre arrogante no le dejaba decir una sola palabra, sino porque no la dejaba explicarle quién era.

—No comprende. Yo no soy…

—¿Responsable? —la interrumpió mirándola implacablemente—. Es una buena excusa para no hacerse cargo de la situación, señorita Jones. Ahora puede venir con ese aire de mujer indefensa en esta situación, pero no me engaña. Mientras, se está planteando cuánto puede sacar por la venta de la casa de su abuela, una casa por la que la pobre mujer luchó con uñas y dientes. Podría pensar en la sangre, el sudor y las lágrimas que supuso para su abuela quedarse aquí toda su vida. Porque hubo lágrimas, se lo puedo asegurar. Causadas por usted y por el resto de su familia.

—¡No tiene ningún derecho a hablarme así! —exclamó Marigold, a punto de pegarle ya.

—¿No? —preguntó él con una voz más suave, pero con un tono más profundo y turbador que el de dureza que había empleado antes —. ¿Entonces no quiere vender el orgullo y la alegría de Maggie? ¿El hogar por el que luchó tanto?

Marigold abrió la boca para contestar, pero entonces se dio cuenta de que eso era exactamente lo que Emma estaba planeando hacer.

—¿Cómo puede alguien como usted tener la misma sangre que esa valiente mujer? Le diré una cosa: usted y el resto de su familia no le llegan ni a la suela de los zapatos.

Marigold lo miró por entre los copos de nieve. Estaba a punto de decirle que no tenía la misma sangre, que de hecho, no tenía ningún parentesco con la abuela de Emma, pero entonces decidió que pensara lo que quisiera. ¡Era un tipo arrogante! Prefería pasar toda la noche a la intemperie que aceptar la ayuda de aquel hombre o explicarle que era todo un malentendido. El individuo era un chulo, fueran cuales fueran los hechos que había detrás de lo que decía. Él sabía que ella había tenido que abandonar su coche y que se había hecho daño en el tobillo, no obstante, estaba decidido a soltarle un sermón. Bueno, no pensaba explicarle nada. Podía marcharse en su estupendo coche si quería.

—¿Se ha quedado sin palabras, señorita Jones? —le preguntó él.

—En absoluto —Marigold se irguió—. Lo que me estaba preguntando era si valía la pena gastar saliva en contestar a un individuo tan desagradable como usted, simplemente.

—¿De verdad? —sonrió el hombre afectadamente—. ¿Y qué ha decidido?

Ella lo miró un momento con los ojos encendidos de rabia, y luego se dio la vuelta y siguió caminando por la carretera, tratando de no

cojear, a pesar del dolor de su tobillo, que parecía haber aumentado después de haberlo dejado descansar un momento.

Oyó el motor del coche, y pensó que el extraño saldría a toda prisa salpicando nieve en todas direcciones, y al ver que el vehículo avanzaba a su lado, manteniendo su paso, Marigold se mordió el labio, pero no quitó sus ojos del paisaje que tenía frente a ella.

—Dice que se ha caído y se ha torcido el tobillo... —dijo el hombre.

Ella lo ignoró y reprimió sus lágrimas de autocompasión.

—Suba —siguió el extraño.

Marigold no le hizo caso.

—Señorita Jones, le diré que tiene usted mucha suerte de que justamente hoy tuviera una cita y me viese obligado a salir esta mañana. No hay ninguna posibilidad de que aparezca otra persona por esta carretera y la cabaña está al menos a un kilómetro y medio de aquí. ¿Necesita que le diga algo más?

—Piérdase —dijo ella entre dientes.

Hubo un momento de silencio, y luego él siguió diciendo:

—De los dos, me parece que es usted quien tiene más posibilidades de perderse, diría yo —agregó con un tono algo divertido—. Suba al coche, señorita Jones. Supongo que es desagradable que le digan la verdad toda de golpe, pero creo que es lo suficientemente mayor y fuerte como para soportarla.

—Preferiría morirme congelada que aceptar que usted me lleve —Marigold giró la cara un segundo y se encontró con sus ojos de plata.

—No sea ridícula.

—Bueno, ya tiene algo más que agregar a su lista de insultos, ¿no?

—Suba al coche.

Marigold estaba indignada. Al parecer, aquel desgraciado se creía que podía ordenarle cosas. Le daba igual que la hubiera confundido con Emma, que ella no supiera los detalles del asunto familiar del que él le hablaba, pero había visto que ella necesitaba ayuda, y la había dejado allí, de pie en la nieve, aguantando un sermón.

No pensaba aceptar su ayuda bajo ningún concepto.

—No me obligue a que la haga entrar al coche.

—¿Y cree que podría hacerlo?

—¡Oh, sí!

Marigold estaba furiosa.

—Su abuela era una mujer extraordinaria.

Marigold lo ignoró por completo.

—Es por ella por lo que no dejaré que se muera congelada, aunque se lo merezca. Usted es la nieta de su único hijo...

—¿Cómo se atreve? —ella lo miró con ojos asesinos.

Él la miró un momento. Luego suspiró, irritado, antes de salir del

vehículo bruscamente.

La tomó por sorpresa, y en un segundo la alzó en brazos como si no pesara nada.

—¿A qué está jugando? ¡Bájeme inmediatamente! —exclamó ella, furiosa, tratando de soltarse.

—Quédese quieta —respondió él, impacientemente.

Rodeó el vehículo y la dejó en el asiento de atrás del coche. Ella intentó salir inmediatamente, haciéndose daño en el pie herido, por lo que gritó de dolor.

—Señorita Jones. Tengo una soga en la parte de atrás del coche, y le aseguro que no me importará atarla para que se quede quieta, ¿de acuerdo? —dijo él, tensamente—. Se quedará sentada ahí hasta que lleguemos a la cabaña de Maggie. Entonces, en lo que a mí respecta, habré cumplido con mi deber, y me habré deshecho de usted al mismo tiempo.

—¡Es usted despreciable! —fue lo único que Marigold atinó a contestar.

Aquel hombre debía de medir un metro noventa, y su complexión fuerte y musculosa la había convencido de que no podría oponerse a él. Además, tenía algo que lo hacía agresivamente atractivo.

Tenía la cara bronceada, las cejas oscuras, el cabello negro cayéndole sobre la frente. Era... Bueno, era realmente impresionante, pensó Marigold, después de que él hubiera cerrado la puerta.

Marigold lo observó caminar rodeando el coche, antes de sentarse al volante.

—¿Ha pedido que le lleven la comida y la gasolina a la cabaña?

No, porque Emma no le había dicho nada cuando le había ofrecido la cabaña después de oírle decir que no le apetecía nada pasar las navidades con la familia. Solía haber mucha gente en su casa para esas fechas. Pero en vista de su compromiso roto y la cancelación de su boda, la idea no le gustaba. Seguramente, a hurtadillas, se compadecerían de ella.

—¿Por qué no les dices que tienes la oportunidad de ir a una cabaña donde hay chimenea y esas cosas típicas de navidad? —le había sugerido Emma, después de ofrecerle la cabaña, cuando ella le había dicho que sus padres esperaban que pasara las Navidades con ellos—. Comprendo que no les guste la idea de que estés sola en tu piso, pero si les dices que vas a estar fuera con una amiga... De todos modos, yo pienso ir un par de días para hacer una lista de muebles y otras cosas de la casa. Así que no será totalmente una mentira —había agregado Emma.

—No, no he pedido nada de eso —respondió Marigold a Moreau.

—¿Y cuánto hace que se utilizó la cabaña por última vez?

—Recientemente.

—¿Recientemente se refiere a meses o semanas? —insistió él.

Ella le habría dicho que se metiera en sus asuntos, pero en vista de las actuales circunstancias, le pareció inapropiado. Recordaba que Emma había dicho que la cabaña podría estar un poco fría y húmeda en invierno, porque solo había estado en los meses más cálidos.

—Meses.

Él asintió y no dijo nada más, y se concentró en la carretera que tenía delante.

Marigold, en el fondo, se alegró de no seguir luchando con una tormenta de nieve, y sintió un poco de culpa. Pero enseguida se dijo que no tenía que sentirla, puesto que él le había hablado de malos modos. Y no era excusa que creyera que era Emma, o que respetase y apreciara a su abuela, para dar por hecho todas esas cosas y lanzarse a decírselas.

Marigold lo miró, consciente de que le estaba mojando el coche con la ropa y que la nieve de sus botas se había derretido y había formado un charco a sus pies.

El hombre tenía unos rasgos duros, como si hubieran sido tallados en una roca. No parecía humano. De pronto se dio cuenta de que estaba totalmente a su merced, y tragó saliva. Entonces no le pareció tan mal la idea de unas navidades ruidosas y alegres en la casa de sus padres.

—No se ponga nerviosa. No sería capaz de tocar a una nieta de Maggie, por si se le están pasando por la cabeza pensamientos de violación o algo semejante.

Marigold se incorporó en el asiento, con la cara colorada.

—Nada más lejos de mi pensamiento —mintió.

—Hmm... —respondió él, escéptico.

Marigold decidió callarse. Pronto estaría en la cabaña y él se habría marchado. Entonces se lavaría el tobillo y buscaría algo para vendarlo, y se prepararía para pasar la noche. La tormenta de nieve no sería eterna. Por la mañana podría ir a buscar su coche, a ver si quería arrancar. Si no... Bueno, tendría que llevar todas las cosas a pie hasta la cabaña, aunque no quería pensar cómo haría para llevar su maleta y las bolsas con comida, y menos el saco de carbón y otras cosas que había llevado. En aquel momento, el tobillo le dolía más que nunca y estaba tan hinchado, que no sabía cómo iba a hacer para quitarse la bota.

Tampoco quería pensar demasiado en que, si seguía nevando así, los dos centímetros de nieve podrían convertirse rápidamente en medio metro. De momento, tenía bastante con tener que estar con aquel hombre agresivo.

El coche dejó el camino sinuoso que habían tomado y se adentró en un valle lleno de bosques. A la distancia, a la izquierda, divisó lo

que debía ser la cabaña de Emma. Delante tenía un jardín. Estaba pintada de blanco, por lo que se podía ver.

Marigold exhaló un suspiro de alivio y flexionó el tobillo para probarlo, sabiendo que pronto tendría que salir del coche y caminar hasta la cabaña. El tobillo le dolía cada vez más, pero se convenció de que en cuanto se lo vendara estaría mejor.

—Su herencia —dijo él.

Marigold se dio la vuelta y le preguntó:

—¿Qué le hace pensar que se pondrá a la venta?

—Bueno, aparte de que usted y su familia han demostrado no tener corazón, lo han oído decir a ustedes en el bar, cuando vinieron la otra vez.

—¿La gente oye conversaciones ajenas y luego tiene la desfachatez de ir repitiéndolo por ahí? —preguntó Marigold, disgustada.

Su tono pareció afectarlo.

—Al parecer, gritaban, mientras se consumían una botella de vino cada uno. Si no quieren que se les oiga, no se emborrachen. Así podrían moderar la voz. Y los comentarios acerca de «los patanes» no gustaron nada aquí.

Marigold pensó en Emma. Desde que salía con aquel novio de coche deportivo y aires de importancia, había cambiado.

Llegaron a la puerta del jardín y Marigold se libró de tener que contestar. Respiró profundamente, y deseó que aquello terminase cuanto antes, y no volver a ver a aquel hombre en su vida.

—Gracias por traerme —dijo rígidamente.

—Ha sido un placer —dijo él sarcásticamente.

Luego se bajó a abrirle la puerta.

Aquella cortesía la sorprendió.

El hombre le dio la mano para ayudarla a bajar. Ella se sintió un poco incómoda por tener que aceptarla. Pero en vista de la altura del coche, no le quedó otra opción. El contacto con su mano la estremeció; Intentó calcular qué sería mejor, si girarse y cargar todo el peso de su cuerpo en el pie sano, o apoyar el pie herido.

—¿Qué tal está el tobillo? —preguntó él.

Evidentemente, él se había dado cuenta de su inseguridad. Y en su afán de convencerlo de que no necesitaba su ayuda, Marigold hizo algo que posteriormente consideró una tontería: bajó del vehículo, pensando que su tobillo la aguantaría el instante que tardase en sacar el otro.

El dolor fue insoportable, y ella se retorció, inestable, alzando el tobillo dolorido. Perdió el equilibrio y casi se cayó, arrastrándolo a él en la caída. Pero en el último momento el hombre recuperó el equilibrio y la sujetó, prácticamente alzándola en el aire, contra su cuerpo musculoso.

Marigold se sintió incómoda, pero afortunadamente el cabello liso ocultó el rubor de su cara.

Cuando recuperó la estabilidad, se atrevió a mirarlo. Su cara estaba muy cerca. Sus labios parecían más sensuales vistos de cerca, pensó ella. Y sus facciones toscas tenían un toque de profundidad con aquellas pequeñas arrugas alrededor de los ojos y de la boca. Sus pestañas eran larguísimas... Un derroche en un hombre tan varonil.

Marigold se dio cuenta de que había una leve atracción sexual en su reacción, e intentó separarse de él.

—Estoy bien, de verdad. Lo siento. He perdido el equilibrio...

—¿Puede caminar? —preguntó él, mirando sus ajos azul violáceos y su cabello castaño.

Lo dijo con un tono diferente, ¿algo sensual, tal vez?, se preguntó ella.

—Sí, sí —Marigold intentó demostrarlo soltándose y apoyando el pie sano.

Cuando quiso mover el otro, se dio cuenta de que le dolía terriblemente. Se quejó de dolor, y entonces él juró entre dientes y volvió a alzarla en brazos.

De pronto, Marigold se encontró apretada contra su pecho mientras él la llevaba hasta la puerta de la casa.

Cuando llegaron a la puerta, él le preguntó:

—¿La llave?

—¡Oh, sí! Por supuesto... —ella sabía que estaba colorada como un tomate—. Tiene... Tiene que dejarme en el suelo. Está en el bolsillo, y no puedo agarrarla.

—Cargue el peso en un solo pie. Yo la sujetaré. Y no intente caminar hasta que le echemos un vistazo a ese tobillo.

«¿Le echemos? ¿Nosotros?», pensó ella. Se puso en una pose típica de los flamencos cuando él la dejó en el suelo. Lamentablemente, era muy consciente de la mano que le sujetaba la cintura, y aunque se decía que él solo la estaba sujetando, eso no frenaba su inquietud.

El problema era que aquel hombre era demasiado hombre, pensó ella distraídamente.

—Aquí está —dijo Marigold.

El se movió para sujetarla mejor y la rodeó con su brazo. Ella sintió su muslo contra el suyo. Era una tontería, porque tenían mucha ropa entre ellos, pero aquella postura le pareció muy íntima.

Cuando la puerta se abrió, él la alzó otra vez, entró en el pequeño vestíbulo y encendió una luz que encontró al lado de la puerta. Evidentemente, conocía la cabaña, pensó Marigold, algo que se confirmó cuando lo vio abrir otra puerta a la derecha, entrar en lo que parecía el salón, y encender la luz nuevamente.

La habitación estaba llena de muebles viejos y pesados y olía a

humedad. Él la dejó en un sofá, frente a una chimenea vacía.

La casa era horrible, y muy, muy fría. ¿Qué iba a hacer ella allí?

Miró de reojo al hombre, y notó que este la estaba mirando fijamente.

—Muy bonito —dijo ella, fingiendo estar animada—. Bueno, creo que puedo arreglármelas sola ahora, gracias. Estoy segura de que usted querrá ir a su casa...

—Quédese sentada mientras enciendo el fuego. Esta casa es una nevera. Enseguida miraremos el tobillo.

Antes de que pudiera reaccionar, lo vio desaparecer. Y cuando oyó otra puerta que se abría y cerraba, lo llamó desesperadamente.

—¿Señor Moreau? Por favor, puedo arreglármelas sola ya. Prefiero que me deje sola. ¿Señor Moreau? ¿Me oye?

Pasó un minuto, o tal vez dos, antes de que él regresara con la cara tan negra como el tizón.

—No hay carbón ni leña en el cobertizo —tronó acusadoramente —. ¿Lo sabía?

Podría haberle dicho que era porque Emma y Oliver habían encendido la chimenea todas las noches cuando habían estado allí, a pesar de haber sido verano. Porque a Emma le había parecido romántico. Y a Oliver le había gustado crear un ambiente totalmente campestre...

Pero no dijo nada. Solo asintió y dijo:

—Hay carbón en mi coche.

—Pero su coche no está aquí —gruñó él.

—Puedo ocuparme de ello mañana por la mañana.

Él cerró los ojos un momento, como si no pudiera creerlo. Luego los abrió y le clavó la mirada.

—¡Sí, claro, mujer! Esto no es el centro de Londres, por si no lo sabe. No hay un taller en todas las esquinas.

—Me doy cuenta de ello —respondió ella—. Espero que Myrtle esté bien mañana.

El hombre achicó los ojos y le interrogó con gesto grave:

—Me parece que se me escapa algo... ¿Quién diablos es Myrtle?

—Mi coche —contestó ella con la cara roja.

—Su coche... Bien —respiró profundamente antes de decir—: ¿Y si... Myrtle decide no atenerse a sus planes, qué? ¿Cómo va a caminar con ese pie? ¿Y qué va a hacer esta noche para calentar la casa?

Marigold decidió contestar solo la última pregunta, que le pareció la más segura.

—Esta noche simplemente beberé algo caliente y me iré a la cama.

—Comprendo —respondió él, de pie, con las piernas abiertas; una pose que subrayaba su masculinidad—. Quiero que vea algo.

Antes de que pudiera responder, él la volvió a levantar. Aquello

empezaba a ser una costumbre al parecer.

La llevó al dormitorio. Tenía un enorme ropero viejo, una cómoda igualmente antigua, dos sillas de mimbre y una cama con el cabecero de madera tallada. Una habitación más fría, si cabía, que el salón.

—Habría que airear el colchón unas horas, aunque usara sus sábanas y mantas. ¿Ha traído?

La miró y ella se sintió impresionada por aquellos ojos grises tan hermosos.

Aquel hombre era peligroso. Sobre todo por su magnetismo sexual. Cuanto antes se marchase, mejor.

—¿Y?

—No. Mmm... Quiero decir, no he pensado que pudiera hacerme falta traer sábanas y mantas —respondió rápidamente cuando él se dio la vuelta y empezó a caminar hacia el salón nuevamente.

La volvió a dejar en el sofá.

—Su abuela encendía el fuego en el salón de octubre a mayo. Y la cabaña estaba siempre caliente cuando vivía ella. Pero esta es una casa vieja con paredes sólidas; no un piso con calefacción central.

Otra vez empleaba aquel tono de desprecio con ella.

—Sea como sea, estaré bien, señor Moreau —respondió Marigold —. He visto uno de esos viejos calentadores de camas encima de un mueble, en la otra habitación...

—Tendrá que venir a mi casa conmigo —siguió hablando él, como si ella no hubiera dicho nada.

—Gracias, pero prefiero quedarme aquí...

—Esta no es una sugerencia por cortesía social, señorita Jones, sino algo necesario —la interrumpió el—. Yo, personalmente, dejaría que se congelase aquí, pero sé que Maggie no lo habría querido.

—No me congelaré.

—No tiene nada para calentar la casa, ni comida...

—Tengo un par de latas de judías y una rodaja de pan en la mochila —lo interrumpió triunfantemente.

—No tiene ni calefacción ni comida —repitió él—. Y ni siquiera puede caminar con los dos pies. Evidentemente, se ha dañado seriamente el tobillo, y tendrá que cuidarse unos días. Y sin comida ni combustible su estancia aquí es imposible.

—¡No es imposible! —exclamó ella—. Le he dicho...

—Que tiene dos latas de judías y un trozo de pan. Sí, lo sé. Le diré una cosa, señorita Jones. Usted vendrá conmigo, lo quiera o no. Por su propia voluntad o cargada al hombro como un saco de patatas. Me da igual. Enviaré a alguien a ver qué se puede hacer con su coche y a que caldee la cabaña y que la airee. Créame, no tengo interés en su compañía, al igual que usted tampoco en la mía. Una vez que veamos la gravedad de su tobillo, sabremos cuándo podrá volver aquí.

Era posible que aquel hombre tuviera fundadas razones para estar enfadado con Emma y su familia si estos últimos habían abandonado a la anciana, como él decía, pero era un bruto.

—¿Entonces? ¿Cómo quiere venir? ¿Con su consentimiento o como un pavo de navidad? —le preguntó.

—Es el individuo más desagradable que he conocido... —dijo ella, furiosa.

—Le repito, señorita Jones, ¿viene por voluntad propia, tratando de actuar como una dama, o...?

—Iré.

—Me alegro de que sea así —respondió él, de mejor humor.

Ella lo miró mientras intentaba ponerse de pie. Rechazó su mano cuando quiso ayudarla. —Puedo sola, gracias, y no se atreva a volver a alzarme como si fuera una cosa...

—¿Como si fuera una cosa? Yo creí que estaba ayudando a una dama en apuros —se burló él—. ¿Cómo hará para caminar hasta mi coche? —Iré a la pata coja. Y así lo hizo.

# Capítulo 2

ENTONCES, señorita Jones, ¿o puedo llamarla Emma, puesto que ha aceptado ser mi invitada? —acababan de alejarse de la cabaña y la nieve estaba cayendo con más intensidad, notó Marigold. Esta asintió y él la miró de lado, agregando—: Y usted debe llamarme Flynn...

Marigold no pensaba lo mismo. Pero sentía una perversa satisfacción de saber que él no tenía ni idea de quién era ella en verdad.

—Entonces... —él siguió— dígame... ¿Por qué ha decidido pasar la navidad en la cabaña de su abuela, y sola, por lo que parece? Por lo que sé por su abuela, y especialmente por «los patanes», después de su última visita, este lugar no es de su estilo. ¿Qué ha pasado con su novio yuppie?

Oliver era un yuppie, y Marigold no lo aguantaba, pero oír a Flynn Moreau referirse a él de aquel modo le molestó.

Marigold se encogió de hombros.

—Tengo mis razones, pero no es asunto suyo.

Él asintió y dijo:

—Claro... No se preocupe, no creo que nadie de por aquí se oponga a que no esté su novio ——añadió Moreau con malicia—. No puede decirse que se haya ganado muchos amigos cuando insultó al dueño del bar y discutió por la cuenta.

Marigold pensó que Emma y Oliver realmente habían causado una mala impresión allí.

El tobillo le dolía mucho, y no tenía ningún camisón. Y encima faltaba un día y medio para Nochebuena; una Nochebuena que Dean pasaría con Tamara en el Caribe.

—No se preocupe. Mi ama de llaves la cuidará cuando lleguemos a Oaklands, y su marido puede llevar una carga de leña y carbón a su cabaña esta noche, para que empiece a secarse. Es un experto en coches también, así que es posible que Myrtle responda a su tierno tacto.

Marigold miró a Flynn. Aquella súbita transformación de ángel vengativo destilando fuego por la boca a comprensivo ser humano era sospechosa. Su cara debió de revelar sus pensamientos, porque él dijo:

—No muerdo. Bueno, no a niñas pequeñas.

Ella no era consciente de su apariencia menuda y vulnerable con aquel chubasquero y las manos entrelazadas en el regazo.

—Soy una mujer de veinticinco años, gracias —respondió.

Aquel hombre la inquietaba terriblemente, tanto si se comportaba despiadadamente, como si se mostraba comprensivo. Y en este caso más aún. Porque su respuesta química a su presencia era más poderosa si cabía.

—¿Veinticinco años? —frunció el ceño—. Creí que Maggie le había enviado un regalo por su vigésimo primer cumpleaños antes de morirse...

—Puedo asegurarle que sé la edad que tengo —afirmó Marigold, tratando de aparentar seguridad—. ¿Su casa se llama Oaklands?

El no contestó. Luego asintió.

—Se la compré a un amigo que decidió emigrar a Canadá hace un par de años. Su abuela debe de haberle hablado de él. Al parecer, eran buenos amigos. ¿Le suena Peter Lyndon?

Marigold asintió vagamente y esperó que eso le bastase.

—Maggie lo echó de menos cuando se marchó —continuó Flynn—. A menudo, sus hijos atravesaban el valle para visitarla... Para ella, eran un sustituto de su verdadera familia, supongo —le dijo con tono acusador—. De hecho, cuando venía a verla, ella me mostraba fotos de la familia de Peter. Jamás me mostró una foto suya. Debía de resultarle demasiado doloroso.

—¿Cómo puede decir eso cuando usted mismo admite que no hacía demasiado tiempo que la conocía? —preguntó Marigold, aunque sentía simpatía por la abuela de Emma.

Al parecer, su familia se había portado muy mal con ella. Y si bien Emma le caía bien como compañera de trabajo, no podía asegurar que no hubiera descuidado a su abuela.

—Peter era mucho mayor que yo y conocía a Maggie desde hacía mucho tiempo —dijo Flynn—. Creo que conocía a su padre también. No se llevaban bien.

Hubo una pausa.

Nuevamente, Marigold sintió que tenía que decir algo.

—Yo no sé nada de eso —dijo Marigold.

En ese momento se dio cuenta de que estaban atravesando un portón en medio de un muro de piedra que había aparecido repentinamente entre la nube de nieve. Aquella debía de ser su casa.

El coche entró en un camino custodiado por enormes robles. A lo lejos, divisó una casa. Una casa enorme. Marigold tragó saliva al recordar el comentario de Emma de que al otro lado del valle había una mansión. ¡Era su casa!

Miró de soslayo a Flynn. Fue consciente de su caro vehículo, la chaqueta de piel que había en el asiento de atrás, la calidad de su ropa. Sus ojos se movieron en dirección a sus manos bronceadas encima del volante. ¿Era un reloj de diseño el que llevaba en la muñeca? Pues, sí. «¡Oh, Dios!», pensó Marigold. ¡Aquel hombre era rico!

Aparecieron un par de perros pastores alemanes, ladrando y saltando.

—Lo siento. Debí de advertírselo. Son Jake y Max. Fingen ser

perros guardianes.

—¿Fingen? A mí me han convencido.

Flynn se dio la vuelta y sonrió mientras detenía el coche. Los perros seguían dando brincos encima del vehículo.

—No se lo diga a nadie, pero duermen frente al fogón, en la cocina —dijo él suavemente—. Y les tienen miedo a los gatos de mi ama de llaves.

Marigold sonrió débilmente. ¿Sabía él el efecto devastador que causaba cuando los rasgos de su cara se suavizaban?, se preguntó.

—Yo… Nunca he tenido mucha relación con los perros.

—Me lo he supuesto —respondió él, cambiando de expresión.

Ella no comprendió por qué su comentario lo había ofendido. Lo miró con cara de no comprender.

—¿Perdón…? —le dijo.

—Los abogados dejaron muy claro que tenían que deshacerse de cualquier animal que tuviera Maggie, pero usted lo sabe, ¿no? Debían venderlos, si se podía sacar algo de la venta, o sacrificarlos. Por supuesto que no había compradores para un par de pollos enclenques y un gallo viejo, ni para su perro y su gato…

Marigold no podía creer lo que oía…

—No me diga que esto es algo más que le ocultó su padre… —comentó él.

—Yo… No lo sabía.

—¿No? —le clavó los ojos—. No sé si creerla.

Marigold pensó que realmente no le gustaba la familia de Emma y deseó sinceramente no haber aceptado la cabaña, aunque estuviera pagando caro el ofrecimiento de su amiga.

—No lo sabía —repitió Marigold, con tono poco convincente, porque seguía pensando en los pobres animales de Maggie.

Él la miró un momento, y Marigold estuvo a punto de confesarle todo, que no era Emma, que había aceptado la cabaña en un impulso, y que no sabía nada de la familia de Emma, ni de su abuela.

Pero entonces él le dijo:

—Eso es historia, ya. Entremos.

Marigold lo observó rodear el coche. Ahora la volvería a alzar en brazos, y no sabía qué era mejor, si aguantar el dolor del tobillo, soportar la debilidad que había sentido cuando había andado a la pata coja, o dejar que aquel hombre irresistible y odioso la levantara otra vez.

Nunca había reaccionado así con ningún hombre, ni siquiera con Dean. Detrás del miedo e inquietud que le provocaba aquel extraño, había algo de sensación de placer prohibido. Placer y excitación.

Decidió que entraría saltando sobre un pie. Pero Flynn no le dio la oportunidad.

La levantó en brazos y la llevó a la puerta de entrada de la mansión. La puerta se abrió. Flynn gritó a los perros para que dejaran de ladrar y saltar.

La mujer que les abrió los miró, preocupada, y le preguntó:

—¿Qué ha ocurrido, señor Moreau?

—Se lo explicaré dentro.

El calor de la casa golpeó la cara de Marigold, lo mismo que la opulencia de lo que los rodeaba. El suelo era de madera, con muchas alfombras caras y una escalera señorial que parecía llevar al infinito.

Pero no tuvo tiempo de mirar mucho, porque enseguida la llevó a lo que parecía un salón. La dejó en un sofá frente al fuego.

Durante todo el rato que estuvo en sus brazos, Marigold sintió un cosquilleo en el estómago, y por un instante de locura, pensó qué pasaría si se agarrase más fuertemente y lo besara.

—Esta es la señorita Jones, Bertha —Flynn se volvió al ama de llaves, que había estado detrás de ellos—. Es la nieta de Maggie. Se le rompió el coche a unos dos kilómetros de la cabaña y se ha torcido el tobillo. Cuídala, ¿quieres? Mientras, iré a buscar a Wilf para decirle que vaya a echarle un vistazo al coche. Puede ir con John. Quiero que lo traigan aquí si es posible. Hay un par de estufas eléctricas en algún sitio, ¿no es cierto? Que las lleven a la cabaña, así pueden ir calentándola. Dígale a John que mañana por la mañana lleve una carga de leña y unos cuantos sacos de carbón.

—Por favor, no es necesario...

Tenía que decirles la verdad, pensó Marigold... Ahora no comprendía por qué no le había dicho que no era Emma. En realidad había sido porque le había gustado la idea de ponerlo en ridículo. Y después, no había encontrado el momento para hacerlo. Pero cada vez se estaban liando más las cosas.

Flynn estaba yendo hacia la puerta cuando ella le dijo ansiosamente:

—Señor Moreau, por favor, tengo que explicarle...

—Lo primero es lo primero —dijo él, dándose la vuelta—. Quiero que Wilf y John traigan el coche antes de que se haga de noche. Y hay que mirarle ese pie... Y me llamo Flynn, como le he dicho antes.

—Es que no comprende... —Marigold se calló cuando se dio cuenta de que él se había ido.

Marigold miró al ama de llaves.

—Tengo que hablar con él.

—Todo a su tiempo. Parece que viniese de la guerra si quiere que le diga la verdad. Y ahora... intentaremos quitarle esa bota, ¿de acuerdo? Procuraré tener cuidado, pero tal vez no sea fácil, puesto que tiene el tobillo hinchado.

Al menos, había alguien que no creía que ella fuera horrible, pensó

Marigold, agradecida, y sonrió.

Cuando el tobillo estuvo al descubierto, la mujer exclamó:

—¡Oh, Dios santo! ¡Se ha hecho mucho daño en ese tobillo!

—Me pondré bien. Cuando me lo vende y duerma, estaré bien.

La mujer agitó la cabeza, dudando, mientras miraba la hinchazón.

El ama de llaves se marchó a buscar un par de barreños con agua caliente, según le dijo.

Marigold se quedó con el pie apoyado en un escabel. Cerró los ojos, intentando olvidar el dolor de su pie.

Pensó que se marcharía de aquella casa como fuera. No era bienvenida allí, y no quería de ninguna manera que la Navidad la sorprendiera en aquella casa. Al día siguiente se marcharía, así tuviera que irse arrastrándose.

Al parecer, la esperaba una Navidad un poco triste. Pero al menos, podría llamar por teléfono a sus padres desde una vieja cabina de teléfonos que había visto en la carretera, y decirles que estaba a dos kilómetros de la cabaña, que estaba bien, pero que no los volvería a llamar en aquellos días.

Cuando llegase a la cabaña descansaría y cuidaría su tobillo. Había mucha gente que pasaría las fiestas en peores situaciones... se dijo.

Pensó que no le había agradecido su hospitalidad, a pesar de todo.

Marigold se irguió en el sofá.

—Si Bertha dice que su pie está mal, es que está mal —dijo Flynn, sobresaltándola.

Había entrado con el sigilo de un gato.

—¿Cómo se le ha ocurrido caminar teniendo el tobillo así? ¿No se daba cuenta de que con cada paso se ponía peor, cabeza hueca?

—Mire... Yo no sabía que iba a aparecer usted, ¿no? ¿Qué se supone que tenía que hacer? ¿Quedarme en el coche y morirme de frío? ¿O intentar llegar a la cabaña donde había...?

—Nada. Ni comida ni calefacción —siguió él—. ¿Y por qué no intentó telefonear a alguien? Al servicio de emergencias, por ejemplo. ¿Tiene seguro de emergencias?

—Sí.

—Pero no se le ocurrió pedir ayuda, ¿no? Era más fácil caminar bajo una tormenta de nieve, ¿verdad?

Ella se mordió el labio.

—He olvidado el móvil en mi casa —comentó ella. Él no dijo nada.

—Y no tengo tan mal el tobillo —agregó Marigold.

—Mañana por la mañana estará el doble de hinchado —comentó él.

—¿Cómo lo sabe? Usted no es médico...

—Sucede que lo soy.

Ella pestañeó, sorprendida. É1 torció la hoce, disfrutando de

haberla puesto en ridículo.

A Marigold le molestó, y dijo con tono petulante—¿De verdad? Un neurocirujano o algo así, supongo...

—Sí.

Marigold se quedó estupefacta. ¡No podía ser!, pensó.

Pero claro, él no podía ser un médico normal, dedicado a atender interminables listas de pacientes a quienes tratase de forma familiar. Tenía que ser algo especial.

—¿O sea que no es un médico de cabecera de esos que trabajan de nueve a cinco?

—No exactamente —él la siguió mirando.

—¿Trabaja en algún hospital cerca de aquí o...?

—En Londres. Tengo un piso allí.

—Debe de ser muy reconfortante ayudar a la gente... —se calló cuando lo vio arrodillarse frente a ella y agarrarle el pie.

Tenía dedos de cirujano, largos y delgados, de uñas limpias. Le movió delicadamente el tobillo. Entonces fue evidente cuál era su profesión.

Ella hubiera quitado el pie, pero se vio observando su cabello negro con destellos azules, y de pronto preguntó:

—Moreau no es un nombre inglés, ¿verdad?

—Es francés —alzó la mirada y ella sintió que se le aceleraba el corazón—. Mi padre era francés por parte de su padre e italiano por parte de su madre, y mi madre era americana de origen irlandés. Pero se establecieron en Inglaterra antes de que yo naciera.

—Una buena mezcla —respondió ella.

Moreau dejó su pie en el escabel.

Bertha apareció con los barreños de agua caliente y una toalla debajo del brazo. Flynn miró al ama de llaves mientras se daba la vuelta y se marchaba.

—Cinco minutos de agua fría y cinco de agua caliente, alternándola —indicó.

Bertha le dio conversación mientras le hacía los baños de agua fría y caliente, y Marigold se relajó. Pero cuando volvió a aparecer aquel hombre alto y fuerte, los músculos de su estómago se tensaron.

Marigold agradeció a la mujer sus esfuerzos.

—Tome esto —le dijo Moreau, dándole dos pastillas.

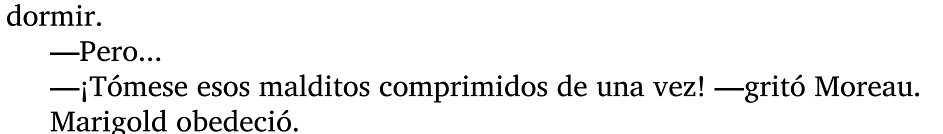
—¿Qué son?

—Veneno. ¿Qué cree que son? Son analgésicos. —No me gusta tomar pastillas —dijo ella firmemente.

—A mí no me gusta prescribirlas, pero este no es un mundo perfecto y, a veces, es necesario tomarlas. Como ahora. Tómelas.

—Preferiría no hacerlo si no le importa.

—Pero me importa. Esta noche le va a doler mucho, y no podrá



dormir.

—Pero...

—¡Tómese esos malditos comprimidos de una vez! —gritó Moreau.

Marigold obedeció.

En la misma bandeja en que llevaba los comprimidos había una venda y ungüentos.

Él se volvió a arrodillar frente a ella y se puso a vendarle el pie. Marigold sintió su tacto suave, su maestría, y casi se enfadó consigo misma.

—Se sentirá mejor en un momento —dijo Flynn, irguiéndose.

—¿Qué?

Ella estaba perdida en sus pensamientos. Al oír decir aquello pensó que le había leído el pensamiento y que se refería a lo que ella había experimentado al sentir sus manos en su piel.

—¡Oh, sí! Gracias —pudo decir por fin.

—Le diré a Bertha que le traiga algo caliente para beber y algo para picar. Le aconsejo que luego descanse, que se duerma una siesta hasta la hora de la cena, a las ocho. Debe de estar muy cansada.

Ella lo miró. Otra vez se había transformado en un ser humano preocupado por su bienestar, y había dejado atrás al ser grosero que acababa de gritarle. —Gracias.

—De nada.

La idea de una siesta le gustó. Realmente no se sentía bien.

—Tiene bastante mal el tobillo. Por cierto, dese por contenta si puede andar dentro de un par de semanas.

—¡Un par de semanas!

—Ha tenido suerte de no romperse un hueso.

—Estoy segura de que podré caminar con el otro pie mañana si tengo cuidado. Estoy segura. Ya me siento mejor.

Él tardó unos segundos en contestar:

—Por suerte, hay unas muletas en casa. Bertha tuvo la mala suerte de caerse el verano pasado y tuvo que usarlas.

—¿Puede prestármelas?

—No hay problema.

—Gracias.

Flynn asintió y salió de la habitación.

Y en ese momento, Marigold se dio cuenta de que había perdido la oportunidad perfecta de decirle que no era Emma.

# Capítulo 3

MARIGOLD comió un sándwich tostado y un chocolate caliente que Bertha le llevó cinco minutos más tarde de que se marchase Flynn. Luego, debió de quedarse dormida inmediatamente, debido a los analgésicos que le había dado Flynn.

Se despertó al oír unas voces fuera de la habitación. Por un momento, no supo dónde estaba. Miró el fuego y la chimenea con expresión ausente. Pero un dolor en el tobillo le recordó lo que había sucedido.

Se incorporó en el sofá, y acomodó su tobillo.

La puerta se volvió a abrir.

La habitación estaba en penumbras. La iluminaba solo una lámpara en un rincón y el fuego de la chimenea. Así que cuando se encendió la luz, Marigold pestañeó como un búho sorprendido al ver a Flynn y al otro hombre que entró con él.

—Myrtle está a salvo en uno de los garajes— dijo Flynn—. Este es Wilf, por cierto. Wilf, te presento a la señorita Jones, la nieta de Maggic.

—No es ella —dijo el esposo de Bertha, un hombre pequeño y rudo, mirando confundido a Marigold.

—¿Qué?

—Esta no es la misma mujer que estuvo en el pub aquel día. La que tenía aspecto de yuppie, y que armó aquel lío, quejándose de que Arthur le estaba cobrando de más.

—Puedo explicarlo...

Flynn la interrumpió con voz de hielo.

—Podría presentarse, ¿señorita...?

Marigold tomó aliento y dijo:

—Me llamo Marigold —nunca le había gustado su nombre—. Marigold Flower.

—Bromea.

Le hubiera gustado estar de broma, pero no lo estaba.

—No. Mi nombre es Marigold Flower, de verdad. Mi madre... Bueno, es un poco excéntrica. Y cuando se casó con un Flower, aprovechó la oportunidad para ponerme el nombre de un tipo de caléndulas. Mi padre se alegró de que no fuera un niño. Le iba a poner otro nombre de flor, una flor azul que mi madre tiene en su jardín... —se calló al sentir la mirada de ambos hombres.

Después de un silencio incómodo, Marigold dijo:

—Encantada de conocerlo, y gracias por ocuparse de mi coche —le dio la mano a Wilf, que se inclinó y luego dio un paso atrás, como si tuviera miedo de que ella fuera a morder.

—Wilf, ¿podrías dejarnos a solas un momento a la señorita...

Flower y a mí? Dile a Bertha que no queremos que nos interrumpan, por favor —dijo Flynn.

Wilf se marchó inmediatamente. A Marigold le habría gustado hacer lo mismo.

—Intenté decírselo. Varias veces… —dijo ella rápidamente.

—¡Sí, claro! —dijo él sarcásticamente.

—¡Lo he hecho! Pero usted disparó contra mí toda la artillería sin darme siquiera la oportunidad de abrir la boca.

—¿Insinúa que es culpa mía? Me ha mentido. Ha fingido ser alguien que no era y ha venido a mi casa bajo una identidad que…

—Yo no he querido venir a su casa. No sé si recuerda que no quería venir, pero al parecer usted no es capaz de aceptar un «no» por respuesta. Le pagaré por quedarme esta noche y por el carbón y la leña. Puedo irme a la cabaña ahora mismo… —intentó levantarse, pero el dolor la hizo caer en el sofá nuevamente.

—¡Quédese quieta! —le volvió a gritar Flynn.

El mismo pareció darse cuenta, porque cerró los ojos, respiró profundamente y dijo más calmado:

—Quédese quieta.

Marigold tuvo la impresión de que él no debía de perder los nervios muy a menudo, y de que el hecho de que lo hubiera hecho con ella era una cosa más en su contra.

—Yo intenté explicárselo —repitió ella temblorosamente—. Pero usted no quiso escucharme.

Él siguió mirándola. Hasta que por fin caminó hacia lo que parecía un mueble—bar de madera tallada, al otro lado de la habitación, cerca de la ventana. Se sirvió un coñac.

—Le ofrecería uno a usted, pero no puede beber si toma esos comprimidos —dijo él—. ¿Quiere zumo de uva, limonada, agua tónica…?

—Limonada, gracias —dijo Marigold, tratando de disimular el vuelco de su estómago.

Mientras él se ocupaba de su bebida, Marigold volvió a mirar la habitación. Era bonita, y se notaba que todo era caro y lujoso: La alfombra mullida color crema; los hermosos sofás y sillas en color menta pálido, la oscura madera de la librería y el bar…

—Tome —dijo Flynn, ofreciéndole la bebida.

Después de sentarse en una silla cerca de ella, tomó un largo sorbo de coñac. Luego se cruzó de piernas, se echó hacia atrás y dijo:

—Supongo que usted tendrá permiso para usar la cabaña ¿no?

—Por supuesto —dijo ella, indignada—. Trabajo con Emma.

Flynn asintió lentamente, y siguió mirándola, evidentemente, esperando que ella le diera una explicación.

Marigold lo miró. Tenía que darle una explicación, a pesar de que

fuera un hombre tan arrogante y seguro de sí mismo.

—Trabajo con Emma, como le he dicho, y ella...

—¿Haciendo qué? —la interrumpió.

—¿Cómo?

—Ha dicho que trabaja con ella —repitió él impacientemente—. ¿En qué?

—Soy diseñadora —Marigold dudó, y luego, después de dudar, agregó—: Emma es la secretaria de la empresa. Es una empresa pequeña, somos solo ocho, contando a Patricia y a Jeff, los socios.

—¿Le gusta su trabajo?

—Sí, sí.

Flynn se había cambiado y se había puesto una camisa de seda de color azul.

Ella no pudo resistirse a mirarle el vello que asomaba en la abertura del cuello. Aquello, sumado a la forma en que estaba sentado, aumentaba su aura de masculinidad.

Marigold sorbió dos veces y siguió.

—Emma me ofreció la cabaña para pasar la navidad, y yo acepté. Fue... Fue una decisión poco meditada, supongo.

—¿Porqué?

—¿Por qué? —lo miró—. ¿Por qué, qué?

—¿Por qué una mujer tan atractiva como usted va a pasar la Navidad sola? No me diga que no tiene otras ofertas, porque no la creo...

Era un cumplido, suponía ella, pero su tono no la convencía del todo.

—Razones personales.

Le estaba muy agradecida, pero no pensaba contarle la historia de su vida a aquel extraño.

—¡Ah! —Flynn sorbió el coñac.

—¿Qué quiere decir con ese «¡ah!»?

—«¡Ah!» quiere decir que está huyendo de un hombre.

Ella había tenido que hacer un esfuerzo por no mirar sus vaqueros ajustados, pero aquella afirmación totalmente fuera de lugar fue como un jarro de agua fría en sus calenturientos pensamientos.

—No es así —declaró, enfadada.

¿Cómo se atrevía a hacer semejante suposición?

—¿No?

—No.

—Pero hay un hombre en el fondo de toda esta situación...

Marigold estaba indignada. Entre otras cosas, por estar en lo cierto. Se puso colorada.

—Tiene una cara muy expresiva —Flynn se puso de pie, sin impresionarle su furia lo más mínimo—. Debí imaginarme que no

podía ser la nieta de Maggie.

—¿Porqué?

—Porque, por lo que me dijo Peter, la familia de Maggie es muy fría —afirmó Flynn—. Mientras que usted es todo fuego y pasión.

La última palabra quedó flotando en el aire, aunque él pareció no darse cuenta. Flynn volvió a atravesar la habitación y a rellenar su vaso. Luego regresó a su silla y a su turbadora pose masculina.

No era justo que un neurocirujano fuera tan sexy, pensó Marigold.

¿No se suponía que un hombre de su posición debía ser de mediana edad, calvo, casado y con hijos, e incluso nietos?

Se imaginaba el furor que causaría cuando entrase a trabajar... Con ese aire distante y frío... Parecía que nada podía sorprenderlo. Aunque ella lo había hecho.

—De acuerdo, venga. ¿Qué le hace gracia? —preguntó él al verla sonreír para sí.

—¿Hacerme gracia? No sé qué quiere decir.

—Como quiera... Entonces, ¿quién es el hombre culpable de que usted esté aquí?

—Yo no he dicho que haya un hombre —respondió Marigold.

—¡Ah! Pero no ha dicho que no lo hubiera...

Otro «¡Ah!», y le tiraría el vaso de limonada a la cabeza, pensó Marigold. Luego pensó que al fin y al cabo no volvería a verlo, así que, ¿por qué no contarle todo?

—Era mi prometido. Y en este momento está en lo que se suponía que sería nuestra luna de miel, con otra mujer. ¿Satisfecho?

Flynn pareció sorprendido otra vez. Se irguió en su asiento y dijo con tono sincero:

—Lo siento. Ese tipo es un imbécil, pero seguro que usted ya se ha dado cuenta.

Ella pestañeó. Había recibido muchas palabras de consuelo y condolencia desde que había roto con Dean y lo había mandado al diablo, pero ninguna como aquellas.

—Según algunas amigas comunes, al parecer, esta mujer no es la primera. Hemos estado juntos tres años, y yo jamás sospeché de él —sonrió—. ¿Lo que me convierte en qué?

—En una afortunada —respondió él secamente—. Por haberse deshecho de él, quiero decir. Podría haberse pasado la vida esperando que él creciera. Deje que otra se ocupe de hacer de niñera, y mientras, viva su vida.

Marigold pensó que tenía razón. Nadie se lo había dicho tan claramente. Aun cuando habían estado juntos, había sido ella quien había tirado de Dean siempre, la que había tenido que poner la fuerza por los dos. Dean no había crecido. Y aquel extraño se lo acababa de señalar.

Marigold alzó los ojos y lo miró. Sus ojos de mercurio parecían estar esperando que ella continuase.

—Se llama Tamara, la actual niñera —sonrió Marigold—. Una rubia guapa, alta, de ojos azules y piernas larguísimas, según dicen.

—¿Según sus amigos comunes, también?

Marigold asintió.

—Me parece que tampoco le vendría mal hacer nuevos amigos.

Ella había pensado lo mismo. Necesitaba un cambio. Aún estaba demasiado ligada a Dean en Londres. Tenían los mismos amigos desde hacía años, iban a los mismos restaurantes y pubs, hasta sus lugares de trabajo estaban cerca...

La cancelación de su compromiso la había hecho reflexionar mucho. Y había descubierto varias cosas: la primera, que podía sobrevivir sin que el centro de su vida fuera Dean. Dos, que de su grupo de amigos, había pocos a los que de verdad pudiera considerar tales. Tres, que de no haber sido por la boda con Dean, hacía tiempo que se habría marchado de la gran ciudad, ahora que tenía los contactos suficientes como para ponerse a trabajar por su cuenta. Cuatro, tenía que hacer algo por sí misma, ya.

Cuando volvió a mirar a Flynn, vio que él había achicado los ojos.

—¿Estaba a punto de decirme que me meta en mis asuntos? —preguntó él, sorprendiéndola.

—No, en absoluto.

Dudó un momento. Luego decidió contarle lo que había pensado, incluso lo de cambiar su estilo de trabajo.

La velada pareció tomar otro rumbo. Ella se sentía algo mareada. No sabía si debido a los calmantes o a encontrarse en aquella mansión con un hombre tan extraordinario.

Fuese como fuese, podía ser sincera; él sabía escuchar.

Flynn se cruzó de brazos y dijo:

—Hágalo.

En aquel momento entró el ama de llaves con dos muletas metálicas.

—Aquí están —dijo Bertha, contenta—. La ayudarán. Y la cena está lista. Si quieren pasar al comedor...

A Marigold le costó salir de la sala y llegar a una habitación que había al final del vestíbulo.

El comedor era una habitación tan impresionante como el salón. Lo antiguo y lo moderno volvían a combinarse exquisitamente.

La mesa era de madera tallada, inmensa, pero estaba puesta para dos, cerca de una chimenea de mármol de color hueso.

Marigold se dio cuenta de que iba a comer a solas con Flynn.

—No era necesario que... —empezó a decir.

—Siempre como aquí cuando estoy en casa —le respondió Flynn

—. Bertha simplemente agregó un sitio.

¿Quería decir eso que normalmente comía solo?, se preguntó Marigold. Al parecer, era lo que había querido decir.

Toda aquella casa enorme, y aquel lujo... y comía solo. Luego se dio cuenta de que en ningún momento había pensado que pudiera estar casado. ¿Porqué?

Flynn le ofreció una silla.

—Solo puede tomar una copa de vino con esos comprimidos —Flynn le indicó la botella de vino tinto y la de vino blanco—. ¿Cuál prefiere?

—Tinto, por favor —respondió Marigold automáticamente.

Acababa de darse cuenta de por qué había imaginado que Flynn era un solterón. Tenía un aire solitario, una frialdad que parecía distanciarlo de las cosas. Debía de haber mujeres en su vida, por supuesto. No era un hombre asexuado, se le notaba, se dijo Marigold, pero seguramente no se involucraba afectivamente en las relaciones.

Pero, ¡qué ridícula era! ¡Si no sabía nada de él!

Y no era precisamente una autoridad en el tema de los hombres. Había salido con un chico antes de Dean, pero no había pasado del coqueteo y de apasionados besos de buenas noches. E incluso con Dean, ella le había propuesto que esperasen a la noche de bodas para tener una intimidad completa. Ahora, mirando aquello con la perspectiva del presente, se alegraba mucho de ello. ¡Hasta la limitada intimidad que habían compartido le daba asco ahora, al pensar que durante su compromiso Dean había tenido relaciones con otras mujeres!

—Por los encuentros casuales, y la identidad confundida —brindó Flynn, después de llenar su copa.

Marigold se puso colorada. Era la primera vez que Flynn nombraba el engaño de su identidad. Pero brindó. Y se alegró de que él se lo hubiera tomado tan bien.

Flynn fue una compañía agradable durante la cena: atento, ameno, con un sentido del humor algo seco y malévolo.

Bertha les sirvió una sopa de verduras, acompañada de pan casero. Luego comieron cordero con mostaza, y de postre una crema de chocolate con nata y fresas. Sus latas de judías no podían competir con aquella cena de Bertha.

Estaban tomando el café cuando su tobillo empezó a dolerle otra vez. Flynn le aconsejó tomar otro comprimido. Y aquella vez ella no se resistió.

De pronto sintió el cansancio de toda la semana, sumado al del día y a su pie dolorido. Además, había sido un tumulto emocional que había durado meses. Y ahora parecía caerle todo encima.

Cuando terminó el café, Flynn pareció adivinar su agotamiento

físico, porque dijo:

—Tiene que irse a la cama y dormir por lo menos nueve horas, jovencita. Bertha le mostrará su habitación. Está en la planta baja, así que no tendrá que subir escaleras.

Flynn se levantó, y como si hubiera movido una varita mágica, Bertha apareció en aquel instante.

Flynn la ayudó a levantarse y le colocó las muletas debajo de los brazos. Su contacto fue como una sensación eléctrica, lo que la hizo enfadarse consigo.

Sonrió y le agradeció la cena y su hospitalidad.

—De nada —contestó él.

Ella lo miró un momento. Se dio cuenta de que en ningún momento se había disculpado por hacerle pensar que era Emma. Y debía de haberlo puesto en ridículo delante del marido de Bertha.

—Yo... Lo siento. Lamento lo de antes —se puso colorada—. Debí explicarle la situación apropiadamente en lugar de dejarlo pensar que era Emma.

Él sonrió, con aquella sonrisa devastadora.

—Debí darme cuenta antes.

—¿De qué?

—De que no tenía que hacer caso a mi cerebro, en lugar de a mi intuición.

Ella no comprendía, y él debió notarlo.

—La Emma de la que he oído hablar parece una señorita moderna y arrogante con un alma menos sensible que la de una Barbie. La chica que encontré en la carretera no correspondía a esa descripción.

Marigold lo miró, sorprendida por aquel cumplido inesperado. Pensó qué podía decir, pero su cerebro no respondió.

—Gracias.

—Buenas noches, Marigold —le dijo él.

Ella se estremeció con solo oírlo.

—Buenas noches —empezó a moverse con las muletas hacia la puerta que Bertha le estaba sujetando. Manejar las muletas era más difícil de lo que había imaginado.

Cuando llegó a la puerta, se dio la vuelta y dijo:

—Estoy segura de que mañana estaré lo suficientemente bien como para irme a la cabaña. ¿Le importaría decirle a Wilif si puede llevarme? No quiero causarle molestias. Usted debe de tener planes para Navidad.

—Vienen algunos invitados en nochebuena —respondió Flynn—. Siempre traemos un árbol de Navidad y lo adornamos por la tarde, y decoramos la casa. Puede sumarse a los preparativos, si quiere, si aún está aquí para entonces.

—Seguramente estaré bien mañana, pero gracias de todos modos

—se dio la vuelta y siguió a Bertha por el corredor.

Cuando Bertha la acompañó a la habitación, Marigold pensó que al día siguiente se marcharía, fuese como fuese. Quería estar sola. Leer, descansar, comer, dormir, y beber cuando quisiera.

—Esta es su habitación. Como ve, es más bien un pequeño apartamento —agregó Bertha—. Creo que el antiguo dueño la construyó para su madre, que vivió con ellos un tiempo antes de morir. Es cómoda para cualquier invitado al que no le gusten las escaleras. He encendido un fuego y... ¡Oh, tú!

El cambio de tono hizo que Marigold se sobresaltase y casi tirase las muletas. Cuando alzó la mirada, descubrió a Bertha con un gato en brazos. El animal había estado durmiendo encima de una alfombra, delante de la chimenea de lo que parecía un pequeño salón.

Bertha siguió regañando al gato, y lo echó fuera.

—Mis gatos no se meten aquí. Pero este aprovecha cualquier oportunidad que tiene para colarse en las habitaciones —dijo el ama de llaves cuando entró nuevamente en la habitación.

La mujer parecía no estar de acuerdo con las costumbres del animal.

—¿De quién es ese gato? —preguntó Marigold.

—¡Oh! Era de Maggie —respondió Bertha—. La abuela de Emma. El señor Moreau se enteró de que los animales iban a ser sacrificados y los trajo aquí.

—¿Todos? —preguntó Marigold, asombrada, recordando los pollos, y la vieja vaca.

Bertha asintió.

—Todos. El viejo Flossie, el collie de Maggie, no es problema. Le ha tomado cariño a Wilf y lo sigue a todas partes. Y los pollos y la vaca están afuera, en el prado, y se meten en el granero cuando nieva, ¡pero el gato! —agitó la cabeza—. ¡Se toma unas libertades! Maggie lo llamaba Pillo, y lo es por nombre y por naturaleza.

Bertha siguió contándole mientras abría una puerta que daba a la habitación propiamente dicha. Era enorme. Tenía un cuarto de baño incorporado, un aseo pequeño, y una cocina pequeña. Era como una casa pequeña, muy cómoda y acogedora, del tamaño del piso de Marigold en Londres.

Cuando Bertha se fue, Marigold se quedó mirando la estancia.

Al parecer, Flynn tenía mucho dinero. Pero también tenía un lado tierno, como lo demostraba su actitud con los animales de Maggie.

Entró en el dormitorio y se hundió en el edredón.

¿Tendría novia Flynn? ¿Habría estado casado alguna vez?

Se dio cuenta de que no sabía nada de él, mientras que él le había sacado muchas cosas a ella durante la cena. Ni siquiera sabía qué edad tenía. Aunque por su profesión suponía que tendría más de treinta

años, tenía un físico musculoso por el que podrías echarle entre veintitantos y cuarenta y pocos años.

Marigold frunció el ceño. ¿Qué estaba haciendo? La vida amorosa de Flynn no era asunto suyo. Cuando se marchase al día siguiente, no lo volvería a ver.

Se recordó eso varias veces mientras se preparaba para irse a dormir.

Pero cuando se acostó, se durmió inmediatamente, a pesar de su tobillo hinchado.

# Capítulo 4

AL día siguiente, amaneció un día claro y brillante. Marigold se acercó a la ventana y descubrió, con alegría, que había solo unos seis centímetros de nieve. No obstante, el manto blanco que cubría los árboles y arbustos del jardín habían transformado el paisaje en una postal de navidad.

Alguien, probablemente Wilf, le había llevado a la habitación la maleta que estaba en el coche, y la había dejado en un rincón, pero la bolsa de aseo, con el maquillaje y los productos de belleza, se habían quedado en el asiento de atrás de Myrtle.

Se miró al espejo de la cómoda, y descubrió que se parecía a un pequeño oso panda. El día anterior solo se había aplicado un poco de rímel, pero si no se lo quitaba adecuadamente con una crema limpiadora, quedaba horrorosa. Y solo se había lavado la cara con agua y jabón antes de irse a la cama.

El tobillo seguía doliéndole, notó, cuando pensó en ir al cuarto de baño a la pata coja. Pero en el momento en que se levantó de la banqueta que había frente a la cómoda, se abrió la puerta y Bertha apareció con una bandeja con el desayuno.

—¡Oh, criatura! ¡Se ha levantado temprano y muy animada, parece! —exclamó, contenta, el ama de llaves, entrando en la habitación—. Creí que dormiría hasta que yo la despertara, con esa pastilla que le dio el señor Moreau. Cuando me disloqué la rodilla, me dio una de esas, y casi duermo veinticuatro horas. ¿Qué tal tiene el tobillo?

—No demasiado mal —mintió Marigold para poder irse cuanto antes.

—Me alegro. Bueno, métase en la cama de nuevo y desayune —dijo Bertha, como si Marigold tuviera cinco años en lugar de veinticinco—. Cuando termine de comer, tómese también los dos analgésicos que hay en la bandeja. Creo que el señor Moreau ha pensado que le hacen falta.

Tenía razón, pensó Marigold. Hasta el peso del edredón le molestaba.

No obstante, un buen desayuno, seguido de los analgésicos, y una ducha caliente, ayudaron a sentirse mejor a Marigold. Y además, encontró unas toallitas limpiadoras en el cuarto de baño, con lo que pudo quitar lo que le quedaba de rímel. También encontró una crema para la cara en el armario del baño. Se secó el cabello en la habitación y luego revolvió en su maleta para ponerse unos vaqueros limpios y un suéter. Así se sentía mucho mejor que cuando se había despertado.

Al menos su cara tenía algo de color natural ahora, pensó, mirándose de los pies a la cabeza, antes de marcharse de la

habitación. Pero no podía calzarse el pie dañado, ni siquiera ponerse un calcetín. Daba igual, decidió mientras se volvía a colocar la venda en su lugar.

Descubrió que podía manejar las muletas un poco mejor al salir al pasillo. Pero casi se cayó al ver a Flynn aparecer de pronto, en la puerta de una habitación a la derecha del salón, hacia donde se dirigía ella.

—Buenos días —él sonrió.

Marigold hizo un esfuerzo por corresponder a su cortesía, y sonrió. Se había estado preparando para aquel momento todo el tiempo, pero eso no la salvaba de sentirse torpe cuando sucedía. Flynn llevaba unos vaqueros negros y una camisa vaquera a juego. Tenía abiertos los primeros botones de la camisa, y las mangas arremangadas, lo que revelaba unos brazos musculosos con una sombra de vello negro. Flynn parecía ocupar toda la puerta con aquel cuerpo masculino tan poderoso.

Probablemente no era su intención tener aquella apariencia tan intimidante, se dijo Marigold, pero tenía algo magnético. A pesar de su aire de persona distante, tenía algo seductor, que debía hacer que cualquier mujer se preguntase cómo sería hacer el amor con él.

—Buenos días —lo saludó Marigold—. Le agradezco nuevamente que haya sido tan amable ayer conmigo.

—No es necesario... —la miró y preguntó con un tono algo sensual —: ¿Cómo se siente?

—Bien.

Probablemente ya no estuviera enfadado con ella, y por eso empleara otro tono.

—Realmente, no hace falta que lo siga molestando. Si Wilf pudiera ayudarme a llevar todo a la cabaña, sería estupendo.

—Estoy seguro de que podremos arreglarlo de algún modo.

Marigold se sentía incómoda hablando con él. Y en cambio a Flynn se lo veía totalmente seguro y distendido, lo que a ella le molestaba.

—Gracias —sonrió forzadamente—. Lo esperaré en mi habitación entonces, ¿le parece bien?

—Sé que hemos tenido un mal comienzo ayer, Marigold, pero no muerdo, créame.

—¿Qué? —Marigold se preguntó si había entendido bien—. No sé qué quiere decir.

—Parece un gato escaldado cuando me ve. Y sé que su tobillo no está bien. De hecho, debe de dolerle bastante.

—En absoluto.

No estaba tan mal; realmente. Los analgésicos habían actuado ya.

—Aun si fuera la nieta de Maggie, sería bien acogida en mi casa hasta que mejorase —continuó Flynn, mirándola a los ojos—. Y puesto

que no lo es, no tiene ninguna necesidad de salir corriendo como un ratón.

Marigold se puso rígida. Había sido hija única, y nunca había tenido a nadie a quien recurrir cuando las cosas se le ponían difíciles. Jamás había huido de ninguna situación o persona. Siempre había hecho caso al proverbio de agarrar al toro por los cuernos.

—Perdóneme, señor Moreau, pero creía que sus conocimientos eran de neurocirugía y no de psicología. Yo, en su lugar, dejaría el psicoanálisis casero para sí mismo.

Flynn achicó los ojos. No le había gustado el tono de su voz, pensó Marigold, pero habló suavemente cuando dijo:

—Entonces, ¿no me tiene miedo?

—¡Yo no le tengo miedo a nadie!

—Eso es bueno. Entonces, ¿le apetece tomar un café conmigo? Bertha siempre me trae una bandeja a esta hora.

Marigold lo miró. No había nada que le apeteciera menos, pero no podía rechazar su hospitalidad, así que asintió, aún a la defensiva.

Flynn se hizo a un lado para dejarla entrar en la habitación. Era su estudio, al parecer. Los libros cubrían las paredes, a excepción del ventanal que daba al jardín. El fuego estaba encendido en la chimenea de mármol negro, y frente a él, cómodamente tumbado en una mullida alfombra, estaba el gato a rayas que Bertha había echado de su suite.

Flynn le señaló un sillón de piel, frente a un escritorio de caoba lleno de papeles.

—Póngase cómoda.

«Cómoda» no era una palabra posible cuando se encontraba cerca de aquel hombre, pensó Marigold, mientras se sentaba, esperando que Flynn se sentara en la silla que había detrás del escritorio, donde evidentemente había estado trabajando. Pero él se quedó mirándola un momento, y luego se sentó en el borde del escritorio, frente a ella.

—Me gustaría que pasara aquí la Navidad. ¿De acuerdo? —dijo.

De acuerdo, no, pensó ella.

Pillo ronroneó mientras se ponía panza arriba, delante del fuego.

Flynn seguramente la vería como a una criatura más de los desamparados que había dejado la abuela de Emma. Sobre todo después de haberle contado la historia de Dean. ¡Oh! ¿Por qué se le habría ocurrido contársela?, se lamentó Marigold. ¿Y si pensaba que buscaba compasión?

—No puedo hacer eso, de verdad. Me ha dicho que tenía invitados en la casa...

—También he dicho que uno más daba igual —le recordó él.

—No obstante...

—No está en condiciones de quedarse sola en la cabaña, y usted lo

sabe.

Evidentemente, la veía como a una pobre huérfana.

—No estoy de acuerdo —sonrió—. Tengo comida, calefacción... Me arreglaré con lo que tengo por unos días. Emma va a venir en cualquier momento.

—Entonces, ¿no puedo convencerla? —le preguntó él con voz seductora.

—No, no puede.

—Una pena.

Bertha golpeó la puerta en aquel momento y entró con una bandeja humeante con café y un bizcocho que parecía casero.

—Otra taza y otro platillo, por favor, Bertha, y le che y azúcar. Usted toma leche y azúcar, ¿verdad? Marigold asintió. Luego se sintió aliviada al ver que él se bajaba del escritorio, porque aquella postura le resultaba demasiado intimidante.

Bertha desapareció.

Marigold pensó en algo que decir.

—¿Así que vive aquí desde hace un par de años? ¿No está un poco apartado y lejos de Londres?

—Eso es lo que lo hizo atractivo cuando Peter decidió vender la mansión. Yo tenía una casa en Londres en ese momento, y aunque era muy cómoda, yo llevaba tiempo buscando algo así, solo que no había encontrado el lugar adecuado. Peter y yo hicimos la compraventa en unas semanas, algo que él necesitaba hacer. La única condición que me puso Peter fue que cuidara un poco de Maggie. El la quería mucho, y al poco de conocerla, me di cuenta de por qué.

—Estoy segura de que la familia de Emma no ha querido descuidarla... —empezó a decir Marigold.

Él la interrumpió con un gesto con la mano.

—No se moleste en decir tópicos...

¡Aquel era el hombre más rudo que había conocido en su vida! Alguna vez había oído decir que los médicos se consideraban superiores, y estaba a punto de creerlo.

Bertha volvió con la otra taza y el platito antes de que Marigold pudiera pensar en alguna respuesta.

Mientras tomaron el café, Flynn mantuvo una conversación amena y agradable, y Marigold pensó que le debía, al menos, unos minutos de su atención.

En cuanto terminó de desayunar, no obstante, se puso de pie con un poco de torpeza y dijo:

—Me iré, entonces.

Flynn se levantó.

—Muchas gracias por todo lo que ha hecho —siguió Marigold.

—Flynn.

—¿Qué?

—Mi nombre es Flynn —insistió, irritado—. Ha preferido evitar llamarme de cualquier modo, con tal de no llamarme por mi nombre, ¿no?

Ella lo habría llamado muchas cosas, pensó, pero se había tenido que reprimir.

—En absoluto —mintió Marigold.

De algún modo, el llamarlo Flynn cambiaba la situación, y una vez que lo hubiera dicho, si se encontraban otra vez, Dios no lo quisiera, no podría volver a «señor Moreau». Y ella necesitaba poner distancia con aquel hombre, mental y emocionalmente, tanto como físicamente.

Pero ahora no quería reflexionar por qué.

—«En absoluto» —repitió él sarcásticamente—. Lo ha dicho ya dos veces esta mañana, y las dos veces ha mentido.

—¿Cómo se atreve...? —Marigold lo miró—. No tiene derecho a hablarme de ese modo.

—Los derechos a veces no se dan, se toman —dijo con énfasis seductor—. ¿Con su prometido hacía lo mismo? ¿La obedecía siempre él?

—¡No puedo creer lo que me está diciendo!

—Porque eso no serviría con un hombre de verdad, mi dulce y pequeña guerrera —dijo él con serenidad, inmutable a la ira de Marigold, contrastando con la rabia que expresaba ella.

—Y usted es un hombre de verdad, ¿no es cierto?

—¡Oh, sí! —Flynn rodeó el escritorio y se paró delante de ella. La miró y torció la boca sonriendo sardónicamente—. Y un hombre de verdad es lo que usted necesita, Marigold. El fuego tiene que juntarse con el fuego si no quiere irse apagando y transformarse en cenizas, o peor aún, consumirse a sí mismo y a todo lo que lo rodea. Pero ocurre que cuando la mujer es una fiera, suele tener un hombre débil a su lado:

Marigold estaba furiosa. No le salían las palabras. Lo miró con los ojos llenos de fuego. Estaba colorada, y tuvo que aferrarse a las muletas. Al final, se dio la vuelta y se dirigió a la puerta, pero Flynn se le adelantó y se la abrió.

—Llamaré a Wilf para que traiga sus cosas, ¿no?

—¡Gracias!

Marigold vio que Flynn no podía disimular lo divertido que le resultaba todo aquello. Pero lo ignoró. Caminó como pudo por el pasillo y se dirigió a sus habitaciones. Abrió la puerta del pequeño salón con manos temblorosas. Estaba tan enfadada que no sabía si quería gritar o llorar.

Pero al final no gritó ni lloró. Se sentó a esperar a Wilf después de cerrar la maleta.

¡Ella no le había pedido ayuda! Bueno, era cierto que había esperado que la llevara a la cabaña de Emma cuando lo había visto en la carretera. Pero solo eso. No le había pedido que la llevara a su casa. Y menos que le diera su opinión sobre su vida.

Wilf golpeó la puerta a los diez minutos aproximadamente. Para entonces, Marigold se había tranquilizado un poco, al menos en apariencia.

Cuando acompañó a Wilf a la casa principal, Flynn estaba esperando en el vestíbulo. Mientras Wilf llevaba su maleta afuera, Marigold le dijo:

—Dele las gracias a Bertha de mi parte, por todas las molestias que se tomó conmigo, por favor.

—Desde luego —Flynn agarró una chaqueta de piel que había encima de una silla y abrió la puerta de entrada, que había quedado entreabierta, para que pasara Marigold.

—Cuando venga Emma, le pediré que le devuelva las muletas.

No le gustaba la idea de que él saliera a despedirla.

Flynn la acompañó y le dijo:

—Déjeme ayudarla.

La alzó y la sentó en el asiento del copiloto antes de que pudiera protestar. Luego rodeó el todoterreno y se sentó al volante.

—¿Qué hace? —preguntó ella, horrorizada.

—Creí que quería ir a la cabaña. ¿Ha cambiado de idea?

—No, no he cambiado de idea. Solo que creí que me llevaría Wilf.

—No sé quién le ha dicho eso. Por lo que recuerdo, solo le he dicho que Wilf llevaría su maleta al coche.

—Pero yo le he dicho...

—¡Ah! Pero yo no recibo órdenes, como le he dicho —respondió Flynn con satisfacción—. No suelo delegar en Wilf la responsabilidad de acompañar a mis invitados hasta su nuevo alojamiento, si puedo hacerlo yo. Wilf le llevará el coche en los próximos dos días, pero como no podrá conducir con el pie en ese estado, no creo que haya problema, ¿no?

Era razonable. Y Marigold se sintió como una niña pequeña encaprichada, que era lo que Flynn quería hacerla sentir.

El todoterreno llegó a la cabaña rápidamente.

Debía admitir que no le gustaba nada la idea de volver a entrar en aquella cabaña desolada y húmeda, pero por nada del mundo se lo hubiera comentado a Flynn.

Aparcaron frente a la pequeña puerta. Flynn la ayudó a bajar. Él mismo abrió la casa con la llave que le dio ella el día anterior para que Wilf pudiera ir a calentar un poco la cabaña.

El pequeño vestíbulo estaba caliente y acogedor ahora. Flynn abrió la puerta del salón. La habitación húmeda, fría y desagradable del día

anterior se había transformado en un ambiente cálido y acogedor. El fuego crepitaba en la chimenea. Dos floreros con flores de colores le daban un toque hogareño. Parecía otro lugar, completamente distinto del que había visto el día anterior.

—Hemos puesto los radiadores día y noche, así que supongo que la factura de la electricidad aumentará un poco. Pero era necesario. Wilf se llevó los radiadores hoy. Pero el calor en el salón y en la habitación se mantendrá con las chimeneas.

—Está muy agradable.

Marigold estaba admirada de cómo podía cambiar un lugar con un fuego encendido y unas flores.

De pronto sintió que estaba viendo la cabaña a través de los ojos de la abuela de Emma, y su corazón se acercó a la mujer que había luchado tanto por permanecer en su casa.

Caminó torpemente hacia el dormitorio, donde encontró otra chimenea encendida, junto con sábanas limpias y una encantadora colcha bordada.

—Esta es una colcha de su casa, ¿verdad? —comentó Marigold, descubriendo otro florero con flores en la cómoda.

—No hacía falta allí. Bertha la tenía guardada —respondió él.

—¿Y las flores?

—Wilf tiene un par de invernaderos. Siempre le suministra flores a Bertha, y hay de sobra.

Marigold no era tonta, y sabía que, a pesar del tono distraído de Flynn al hablar de aquello, había sido él quien lo había organizado todo. Ella estaba agradecida, pero le inquietaba lo complacida que se sentía. Se dijo que Flynn habría hecho lo mismo por cualquiera que se hubiera encontrado en la carretera. No quería darle demasiada importancia. Acababa de salir de una relación desastrosa. No necesitaba otro terremoto emocional.

—¡Está tan distinta! No debió molestarse tanto, pero se lo agradezco. ¿Qué le debo por el combustible?

—¡No sea tonta! —dijo suavemente Flynn.

Marigold se sintió excitada. Lo miró y le dijo, consciente de su fuerte presencia masculina y de su propia fragilidad:

—Pero debo pagarle. No puedo... —insistió ella, débilmente.

Flynn le agarró los brazos y la besó.

Su beso fue como se lo había imaginado: suave y tentativo, al principio... Y como ella no hizo ningún intento de apartarlo, la besó más profundamente. Fue una invasión sensual, a la que reaccionó con suaves gemidos de placer.

—Tu pelo parece seda —murmuró él, agarrándole la cabeza y volviéndola a besar—. Tiene un color muy bonito. Nunca vi un cabello así, ¿sabes?

Marigold no pudo contestarle. Estaba mareada, estremecida, y asombrada frente al deseo que había despertado en ella con un solo beso. Jamás había sentido nada igual. Ni con Dean.

Flynn volvió a besarla, mordiendo suavemente y con maestría su labio inferior. La besó apasionadamente. Ella estaba apretada contra su cuerpo duro, y notó el resultado de aquel beso en Flynn. Este tenía una mano en su espalda, y con la otra le estaba acariciando la cara, el cuello y el hombro. Eran caricias suaves, sensuales, que la estremecían de los pies a la cabeza.

Era un maestro en aquello. Jugaba con pasión, dando y esperando recibir. Y Marigold se dio cuenta de que ella lo estaba besando con la misma intensidad.

Le acarició suavemente uno de sus pechos; luego el otro, antes de rodearle la estrecha cintura. Y luego, con un gemido profundo de protesta, dejó de besarla y la soltó muy lentamente, pero con cuidado de sujetarla.

—¿Ves? Fuego con fuego.

Marigold lo miró. Poco a poco fue recobrando la realidad y entonces se dio cuenta, horrorizada, de lo que acababa de ocurrir. No le gustaba aquel hombre. Apenas habían cruzado palabras amables desde que se habían conocido, y ella le había permitido... No quería recordar lo que le había permitido hacer.

El debía de haberse dado cuenta de lo que ella estaba pensando porque dijo con tono seco:

—No pasa nada, Marigold. Ha sido solo un beso.

No, no había sido solo un beso, pensó ella, humillada. Al menos, para ella, no. Había sido la experiencia más intensa de su vida y la que más le había enseñado de sí misma en sus veinticinco años. Si alguien le hubiera dicho que iba a perder la cabeza de aquel modo, ella se habría reído, pero había sucedido. Y no debía volver a suceder.

—Por favor, suéltame —dijo Marigold débilmente.

Flynn obedeció inmediatamente.

¿Qué habría pensado?, se preguntó Marigold. Un día le había contado que había ido a la cabaña de Emma a curar un corazón roto, y al siguiente prácticamente se había entregado a él.

—No voy a decir que siento haberte besado porque he querido hacerlo desde que te vi en la carretera —dijo Flynn—. Pero tampoco voy a fingir no haberme dado cuenta de que te gustaba.

Ella no iba a negarlo. Siempre se enfrentaba a las consecuencias de sus acciones.

Alzó la barbilla, lo miró y le dijo:

—Me gustaría que te fueras, pero primero debo pagarte la leña y el carbón.

—¡Ha sido solo un beso, por Dios! Entre dos adultos que lo han

consentido, agregaría yo. Si hubiéramos acabado en la cama, podría comprender que te sintieras un poco… manipulada.

—Eso habría sido imposible. Apenas te conozco.

—Me llamo Flynn Moreau. Tengo treinta y ocho años. Soy soltero y bastante sensato —le dijo—. ¿Se me olvida algo importante para ti?

—Mucho.

—Entonces, tendremos que enmendarlo a su debido tiempo —dijo él seriamente.

—No lo creo.

¿Estaría interesado en ella? No podía creerlo. Los hombres como él, ricos, carismáticos y poderosos, buscaban rubias altas de piernas largas. Como Tamara. Mujeres de mundo que estuvieran al tanto de todos los cotilleos, que usaran la ropa adecuada y que tuvieran muchas relaciones sociales. Ella no era muy alta, tenía el cabello castaño, pecas en el verano, y no era bella. ¿Le apetecería una relación para pasar un período de vacaciones y simplemente ella estaba a mano?

—¿No? —sonrió él con ironía—. ¿Sigues pensando en lo que pudo haber sido?

Al principio, ella no comprendió a qué se estaba refiriendo. Luego se acordó de Dean, que jamás la había excitado como aquel hombre, y que en aquel momento le parecía un recuerdo remoto. Algo que la asustaba.

—No. No sigo pensando en lo que podría haber sido. De hecho, llevo un tiempo pensando que he tenido suerte en escaparme.

En realidad lo pensaba desde que Flynn la había besado.

—Pero ha roto la confianza que puedas tener en los hombres, ¿no?

Tenía razón, y la molestaba que no se hubiera dado cuenta hasta aquel momento, pensó Marigold, irritada. Seguramente a Flynn le habría encantado saber que ella admitía que era así.

—Lamento que pienses que esa pueda ser la única razón por la que no quiera conocerte más —dijo Marigold remilgadamente.

—Entonces, ¿no tengo razón?

Ella tomó aliento y respondió:

—No, no la tienes.

Flynn sonrió, con gesto depredador.

—Me alegro de que no seas una experimentada mentirosa, Marigold —dijo él, complacido—. Realmente no me gusta eso en una mujer. Hay un cobertizo pegado a la cocina, donde Maggie solía meter los pollos durante el mal tiempo. Wilf ha dejado leña allí, y carbón… De sobra para dos semanas… Tienes que encender la chimenea noche y día. Sabes cómo encender una chimenea, ¿verdad?

Ella no tenía ni idea, pero asintió.

—Por supuesto —contestó.

Flynn la miró burlonamente.

—El truco es mucho cisco un poco húmedo, junto con hojas de té y mondas de frutas; ese tipo de cosas. Intenta que el fuego tenga lo menos posible de aire. De ese modo, aún tendrás rescoldos por la mañana, después de que hayas recogido la ceniza en un cubo.

Un trabajo ideal para la criada de la planta baja, ¿no?, pensó ella. Luego se avergonzó de sí misma cuando Flynn agregó:

—Los comestibles que trajo están en los armarios, y el frigorífico está lleno. No hay congelador, me temo.

—De acuerdo. Gracias. Y ahora, ¿qué te...?

—Si me vuelves a ofrecer pagar, te lo aceptaré. Pero no será dinero. ¿Comprendes?

Ella estuvo a punto de protestar, lo miró a los ojos, y comprendió lo que quería decir. Su boca se cerró otra vez. Se alegraba de que él jamás se enterase del estremecimiento que había sentido al oír sus palabras.

—Toma esto cada seis horas. No más de ocho en veinticuatro horas —le advirtió, sacando un frasco de analgésicos del bolsillo—. Y no más de una copa de vino mientras los estés tomando.

Ella asintió, deseando que se marchase. Necesitaba estar sola para aclarar el torbellino de sentimientos que albergaba en su interior.

—Adiós, Marigold.

—Adiós —repitió ella, pero de pronto sintió el deseo irracional de pedirle que se quedase. Lo que era una locura, se advirtió, preguntándose si la volvería a besar.

No lo hizo.

¿Qué le pasaba?, se preguntó Marigold, irritada, mientras veía a Flynn marcharse de la cabaña. No podía sentir atracción por él. Y no quería que fuera así. No quería más complicaciones en su vida.

Lo acompañó a la puerta y lo vio atravesar el sendero lleno de nieve. Un sol invernal brillaba pálidamente encima de él.

Sus pasos eran sólidos, como él. Flynn era el tipo de persona que pocas veces se cruzaba en la vida de uno. Sería peligroso tener una relación con un hombre así.

Flynn había hablado de fuego con fuego; pero realmente no la conocía. Ella era una persona muy normal, que quería una vida muy normal: una familia, un hogar... con el hombre adecuado. Sobre todo, quería alguien que la amase, que fuera completamente suyo. Alguien que pensara que ella era maravillosa tal como era, y que jamás pusiera los ojos en una rubia alta de piernas largas y bonitas.

Observó al todoterreno alejarse de la cabaña. Flynn alzó la mano saludando brevemente. Y ella se metió en la cabaña y hasta que no se dirigió torpemente a la cocina, con intención de hacerse una taza de café para que la reviviese, no se dio cuenta de que estaba llorando.

# Capítulo 5

MARIGOLD decidió no pensar más en Flynn Moreau.

El tenía el don de colarse por su mente y atraparla por completo. Pero con la radio a todo volumen y un libro en la mano, que hacía tiempo que se había prometido leer, lo estaba logrando.

Cuando Flynn se había marchado, Marigold había ido a la cocina y había encontrado los armarios y el frigorífico llenos de comida que ella no había comprado. Incluso había dejado algunos lujos que le habían sorprendido: Varias botellas de un vino tinto que costaba una fortuna, una caja enorme de bombones, un postre de merengue con nata y fresas que podía haber alcanzado para ocho personas, y muchas otras cosas.

Marigold lo contempló todo con una mezcla de inquietud y placer. Y cuando asomó la cabeza por la puerta del cobertizo, descubrió que había dejado un montón de leña y carbón, suficiente para dos meses.

De pronto se dio cuenta de que otra vez estaba pensando en Flynn.

Había tomado una copa de vino con la cena: un bistec con champiñones y tomates, y ahora se estaba levantando de la mesa para ir a la cama. El vino había sido muy distinto del vino barato que había bebido normalmente charlando con amigos, y aquello acentuaba más la diferencia de estilos de vida de ambos. Flynn debía de tener una bodega llena de vino caro, pensó, mientras se acostaba en su cama de sábanas limpias y perfumadas y colcha bordada. Por lo que recordaba del día anterior, la cama había estado cubierta de viejas mantas.

Había seguido los consejos de Flynn para encender el fuego, y en aquel momento las llamas crepitaban y proyectaban sombras en la habitación. Era una sensación agradable la de estar allí, arropada en la cama, pensó Marigold con sueño. Ahora comprendía por qué la abuela de Emma había hecho todo lo posible para seguir en su hogar. Una mano de pintura y una selección de muebles de entre los que atiborraban la cabaña, para lograr más luz, harían de aquel sitio un lugar perfecto, reflexionó. Había notado que había muebles muy bonitos en el salón, pero eran demasiados, y algunos de ellos estaban muy estropeados.

El dormitorio era realmente muy grande, aunque con tantos muebles no lo parecía. Con la cama solamente y un armario nuevo más pequeño, tal vez, podría quedar espacio para trabajar al lado de la ventana.

Marigold se incorporó en la cama bruscamente. De pronto se había dado cuenta de adónde conducían sus pensamientos. ¿Realmente estaba pensando en hacerle una oferta de compra a Emma por la cabaña? ¿Qué pasaba con los inconvenientes? ¿Y el aislamiento que suponía?

Se quedó mirando al vacío un rato, antes de volver a meterse en la cama. No, era una idea imposible. Aun si se olvidaba de los problemas prácticos, seguía estando Flynn. Su corazón se aceleró al pensar en la idea de que Flynn fuera su vecino más cercano.

No volvería a pensar en ello aquella noche. Se puso de lado, acomodó las piernas para que no le molestase el tobillo dolorido y cerró los ojos. Al día siguiente era Nochebuena. Estaba en una pequeña cabaña rodeada de nieve, con la despensa llena de comida y bebida y era agradable estar sola por una vez. Disfrutaría de su Navidad, un poco tranquila quizás, pero disfrutaría. Y no pensaría en nada más que en su siguiente comida y su siguiente copa de vino. A lo mejor, ni siquiera volvería a ver a Flynn Moreau...

Se durmió enseguida, y no se dio cuenta de que no se había acordado para nada de Dean y Tamara.

Al día siguiente, se despertó a las diez con unos golpes en la puerta.

Se sobresaltó al no saber dónde estaba. Se destapó y se levantó. Se puso la bata que se había comprado como regalo de Navidad. Le había costado muy cara, pero se sentía muy femenina con ella. Y desde que había sucedido lo de Tamara, necesitaba sentirse así.

Probó su peso sobre su pie dañado y al ver que la sostenía, caminó como pudo hasta la puerta, sin molestarse en usar las muletas, preguntándose si fuera estaría Wilf con Myrtle. Se quitó el pelo de la cara antes de abrir la puerta.

—Buenos días.

Estaba nevando otra vez, notó, mientras miraba un par de ojos grises.

—Buenos días —respondió Marigold.

—Te he levantado de la cama —Flynn no parecía sentirlo demasiado. Al contrario, sus ojos la estaban inspeccionando de un modo que parecían desnudarla.

—Sí —respondió Marigold.

No había derecho a que él estuviera tan sexy a esa hora cuando ella ni siquiera había podido lavarse los dientes, pensó Marigold.

—No me he molestado en poner el despertador.

—Te he traído algo —le señaló un pequeño árbol de navidad apoyado en el escalón del porche—. Acabamos de meter el que pondremos en la casa. Este estaba cerca y me pareció de un tamaño adecuado para la cabaña. Bertha ha encontrado algunas cosas para decorarlo. Está en un cubo. Tendrás que mantenerlo húmedo para que pueda volver a plantarse fuera cuando termine la Navidad.

—De acuerdo —respondió ella escuetamente. Sabía que no parecía

demasiado agradecida, pero era demasiado consciente de su cabello, despeinado y su rostro sin maquillaje.

—¿Cómo está el pie?

—¿El pie? ¡Oh! El pie... Parece un poco mejor, gracias.

—Bien —la miró con un cierto brillo en los ojos y agregó—: No estás preparando café, ¿no?

Marigold se puso colorada. Después de aquella generosidad, no podía negarle una taza de café. Pero ella estaba tan desaliñada... Y él tan atractivo...

De pronto, descubrió un corte en su barbilla, producto de su afeitado.

—¿Marigold?

—¿Qué? —preguntó ella, dándose cuenta de que él había dicho algo que no había escuchado.

—He dicho que si es mucha molestia...

—No, por supuesto que no... Por favor, pasa. Puedes poner el árbol de Navidad en el salón, al lado de la chimenea, si no te importa... Es muy bonito...

—Sí, lo es, ¿verdad?

Cuando estuvieron en el salón, Flynn dijo como reprochándole:

—El fuego casi se ha apagado. Si tú te ocupas del café, yo puedo ocuparme del fuego —se quitó la chaqueta de piel y la dejó en el sofá —: ¿Has encontrado el viejo cubo que Maggie usaba para poner la ceniza caliente?

—Está en el armario de las escobas. Yo lo traeré —dijo Marigold.

Había encontrado el armario de las escobas en una especie de alcoba, en la cocina, el día anterior.

—Espera aquí —agregó Marigold.

La cocina era antigua y pequeña. La idea de Flynn y ella encerrados en un espacio tan pequeño, no le gustaba.

Fue a la cocina apoyando el pie dolorido cada tanto y abrió la puerta del armario. Agarró el cubo y, cuando se dio la vuelta, descubrió a Flynn detrás de ella.

—No deberías apoyar ese tobillo todavía. ¿Dónde están las muletas?

Flynn llevaba un par de vaqueros y un jersey viejo. Evidentemente se había vestido para la expedición a través de la nieve. No llevaba la ropa de diseño del día anterior. Sin embargo, aquellas prendas gastadas realzaban igualmente su masculinidad.

—Las muletas están al lado de la cama, supongo. Pero me arreglo sin ellas. Las puertas aquí son muy estrechas para un par de piernas extras...

—Son muy incómodas también para la gente de más de un metro ochenta. He tenido que hacer varias visitas a Maggie para aprender a

bajar la cabeza.

Marigold sonrió forzadamente. El cuerpo de Flynn estaba tan cerca que podía oler su fragancia masculina, algo que la embriagaba.

El problema era que Flynn era un hombre tan turbador, que su sola presencia la inquietaba, aun cuando se comportase de manera amistosa.

Inconscientemente, Marigold usó el cubo como defensa frente a la cercanía de Flynn.

—Yo... Pondré a calentar el agua. Solo tengo café instantáneo, me temo. Maggie no tenía cafetera, al parecer.

—No, Maggie era una mujer de té y bizcochos caseros. Hay algunos cruasanes en la panera, además de unas rebanadas de pan casero de Bertha, por si me quieres invitar... Cuando uno trabaja al aire libre un rato, vuelve a tener ganas de desayunar.

—¡Oh, lo siento! Creía que habías desenterrado un par de árboles de navidad, no todo un bosque.

El sonrió.

—Cruasanes, entonces... —dijo ella. Supongo que sabes también dónde están las conservas, ¿no?

—En la parte izquierda del armario que hay debajo de la pila —respondió Flynn—. Y yo prefiero mermelada de grosella negra.

—Tendrás que comer lo que haya.

—Si no hay más remedio...

Flynn agarró el cubo y salió de la cocina. Ella pudo respirar otra vez.

—No se te ocurra caminar llevando una bandeja. Cuando termine con el fuego, vendré a buscar el desayuno —le gritó Flynn.

A las diez y media, Marigold estaba sentada frente al fuego, formando parte de una escena que contrastaba con la nieve que caía fuera y se veía por la ventana, comiendo cruasanes calentados en el enorme horno de la cocina. Flynn se comió cinco, y ella solo dos. Los de él rellenos de mermelada de grosella.

—¿Has probado alguna vez hacer tostadas sobre el fuego?

—¿Tienes hambre todavía?

—Yo quemo mucha energía —la miró por encima de su taza.

Encontraron un tenedor largo entre los utensilios de cocina colgados de la pared encima del fuego. Cuando Flynn cortó pan y lo puso a calentar en la chimenea, empezó a oler tan bien, que Marigold no pudo resistirse a la tentación de probarlo con un poco de mantequilla, aunque ya no tenía hambre.

El ambiente era muy acogedor y placentero, pensó Marigold. Flynn estaba agachado junto a la chimenea, haciendo su segunda tostada. Tenía un cuerpo magnífico...

Marigold casi se atragantó con una miga...

¿Cómo diablos había terminado así, vestida con su bata, compartiendo el desayuno con aquel hombre al que hacía solo dos días que conocía?, se preguntó Marigold. Pero la respuesta era que aquel hombre era Flynn Moreau, un hombre diferente, cuya casa era el mundo.

—¿Qué sucede?

—¿Qué?

—Estabas frunciendo el ceño.

—¿Sí?

Marigold le puso la excusa de su tobillo, y luego decidió que necesitaba una ducha y vestirse. —Adelante —le dijo él—. Yo fregaré los platos del desayuno y luego pondré el árbol de Navidad.

—No, no hace falta, de verdad...

La idea de estar desnuda en la bañera, estando Flynn en la cabaña, le resultaba insoportable. —Debes de tener mucho que hacer en tu casa... ¿No has dicho que tenías invitados que llegaban hoy?

—Más tarde —contestó él.

—Bueno, me gustaría darme un buen baño, sin prisas... Y no me sentiría cómoda sabiendo que estás esperándome... Me hará bien para el tobillo...

—De acuerdo —respondió él—. Supongo que no aceptarás mi ayuda para que te lave la espalda, ¿no?

—No.

—¡Qué pena!

Sí, lo era, pensó Marigold.

—Muchas gracias por el árbol de Navidad, y dale las gracias a Bertha por los adornos, ¿quieres?

—Puedes agradecérselo tú misma, más tarde —le dijo Flynn.

—¿Cómo?

—¡Oh! ¿No te lo he dicho? —abrió la puerta de la calle, y ella lo oyó decir: —Te recogeré a las seis esta tarde para la fiesta que doy en mi casa.

Flynn se estaba dirigiendo a su todoterreno. Se movía muy rápido.

—¿Flynn? ¡Flynn!

—¿Me llamabas? —Flynn se dio la vuelta.

—No puedo ir a tu fiesta. Sabes que no puedo.

—Yo no sé nada de eso —respondió él.

—Casi no puedo caminar, en primer lugar.

—Has dicho que tu tobillo estaba mejor.

—Pero no tanto como para ir a una fiesta —objetó Marigold.

—No tienes que bailar si no quieres.

Iba a haber baile entonces. Eso significaba ropa adecuada, pensó Marigold.

—No puedo ir. No tengo ropa adecuada. He venido aquí solo para

estar unos días, por si se te ha olvidado. Y además, quería pasar una Navidad tranquila en la cabaña, frente al fuego.

Flynn movió la cabeza y preguntó: —Tienes veinticinco años, ¿no?

Marigold asintió. Los copos de nieve estaban cayendo en el felpudo del vestíbulo.

—Una chica guapa de veinticinco años no espera pasar una navidad frente al fuego como una vieja —dijo Flynn suavemente.

Su piropo le había llegado al alma, pero tenía que luchar contra aquella absurda satisfacción.

—Esta, sí.

—Vas a venir, Marigold. En cuanto a la ropa, no tienes que preocuparte. La gente que viene hoy puede venir vestida tanto con vaqueros como con vestidos de Dior—Flynn se había acercado a la puerta de la cabaña para hablar con ella. Extendió una mano hacia ella y la sujetó.

Ella se puso nerviosa ante aquel contacto y cercanía. Abrió la boca para objetar, pero él no la dejó. Le tapó la boca con un beso. Ella, en la confusión, no pudo defenderse, y él se aprovechó de aquel territorio sin defensa.

El beso fue ardiente y peligroso; alimentó un hambre de salvajes sensaciones. La apretó contra él de tal manera, que sintió una sensación más íntima que con cualquiera de las caricias que había compartido con Dean.

Aquello era como debía ser, pensó Marigold. Aquel deseo, aquella abrumadora necesidad de acercarse más y más...

Por primera vez en su vida, sentía que era una mujer, la mitad de un todo perfecto.

Su corazón latía intensamente, y cuando Flynn deslizó las manos por debajo de la bata y ella las sintió encima de la tela de su camisón, la carne que había debajo, firme y prieta, se estremeció sin remedio.

Marigold sintió que aquel extraño moreno y fuerte tenía el poder de transportarla a un mundo desconocido para ella. Era curioso, porque, a la vez, tenía la sensación de conocerlo desde el principio de los tiempos, de que siempre había sido parte de ella...

La fuerza de su deseo la asustó. Y en ese momento, sintió que él se apartaba.

—Estás fría. Ve a darte ese baño caliente. Te veré esta noche.

Marigold odió aquella facilidad con la que él podía pasar del fuego de su beso a un consejo casi profesional. Ella, en cambio, casi no podía hablar.

Y no lo hizo.

Luego, mientras estaba en la bañera, se regañó una y otra vez por su actitud.

Debía de estar loca, de verdad, para aceptar ir a aquella fiesta.

Aunque en realidad no había aceptado, al menos con palabras. Pero él iría a buscarla a las seis, y no aceptaría su negativa.

Intentó prepararse para pasar una noche con mucha gente desconocida, que se conocería, ¡mientras ella sería no solo una extraña, sino una Cenicienta!

Se quedó en la bañera hasta que el agua estuvo casi fría. Luego, se secó vigorosamente. Su tobillo se estaba poniendo de varios colores, pero al menos no le dolía tanto, y la hinchazón había bajado un poco. Tendría que ir a la fiesta con la venda, pero creía que podría ponerse zapatos.

Se secó el cabello y se puso crema en el cuerpo. Había pensado que se sentiría triste en aquel día tan especial, pero realmente no estaba melancólica, e incluso podía decirse que sentía cierta excitación.

Con la bata puesta, Marigold revolvió entre su ropa para ver qué había. Realmente no había pensado en una ocasión como aquella. Solo se había preparado para cortes de luz y otros problemas del invierno, ¡no para una fiesta en una mansión!

Había llevado unos vaqueros negros caros, no porque pensara que fuese a usarlos, sino por si toda la otra ropa terminaba empapada debido a alguna catástrofe. Pero el vaquero no era muy adecuado para aquella fiesta, a no ser que pudiera conjuntarlo con algo elegante, lo que no era posible.

De pronto sus ojos descubrieron una cortina de encaje en la ventana del dormitorio. Debía de estar llena de polvo, pensó, intentando reprimir su entusiasmo. Pero era hermosa. Siempre llevaba un costurero de viaje... Podía hacerlo... Después de Navidad, compraría una hermosa cortina para compensar la que usara. Aunque lo más probable fuese que Emma ni siquiera se diera cuenta. Le había comentado que tal vez pagase a alguien para que fuera y se llevase todo: cortinas, muebles, alfombras...

Marigold se acercó a la ventana y tocó el encaje. En realidad, no le pesaba usar la cortina por Emma, sino por la abuela de Emma. Sus ojos se dirigieron a un portarretrato que había encima de la chimenea. Era una foto de una boda de una pareja joven, los abuelos de Emma. Marigold se acercó a ella y la miró detenidamente. Una joven sonriente y resplandeciente, vestida con un traje antiguo y con una cara muy, dulce, la miraba desde la foto en blanco y negro. «Úsala», le decía. «Lleva la frente bien alta. Hazles saber que tú eres una mujer con personalidad. Tú también habrías luchado para quedarte donde estás, ¿no?»

—Sí —dijo Marigold en voz alta.

Marigold tuvo una tarde muy ajetreada. Bajó la cortina y la lavó con cuidado. La secó en unos minutos, junto al fuego, y luego cortó la tela ayudándose de un patrón que dibujó en un viejo periódico

mientras escuchaba villancicos por la radio. Cortó la tela y luego la prendió con alfileres. Quedaba muy bonita. Se la probó por última vez y la cosió.

Luego, se miró al espejo. Podría haber sido de Dior, de Versace o de Armani, pensó. Realmente tenía clase. Menos mal que había llevado un par de zapatos... Por supuesto que un par de sandalias hubieran ido mejor, pero sus zapatos no eran demasiado toscos, al menos. Y además, con el tobillo vendado, nadie esperaría que se pusiera sandalias.

Adornó el árbol de navidad cuando estaba anocheciendo. Con los adornos que le había enviado Bertha, quedaba muy bonito.

Marigold estaba tan contenta con la blusa que había hecho y con el árbol de Navidad, que a las cinco comió una pizza y bebió la copa de vino que le permitía Flynn. Había evitado tomar analgésicos, pensando en la fiesta, y había podido pasar sin ellos.

Después de comer, se concentró en el maquillaje y el cabello. Después de varios intentos de recogerse el pelo, se dio por vencida y se lo dejó suelto. Le caía, sedoso y liso sobre los hombros. Contrastaba con su piel blanca y sus ojos azules, y realzaba una belleza de la que ella no era consciente.

Se puso un poco de maquillaje, un poco de sombra de ojos y se aplicó rímel en las pestañas. Terminó con un toque de brillo en los labios.

¡Cuánto habría deseado medir unos centímetros más!, se dijo después de mirarse al espejo.

Se puso un par de pendientes, los únicos que había llevado.

Realmente aquella era una Nochebuena muy diferente de la que había imaginado en la cabaña...

Respiró profundamente, y se rogó calma.

¿Por qué la habría invitado Flynn a la fiesta? ¿Realmente estaría interesado en ella? ¿O solo se trataba de que era una novedad, o peor, sentía pena por ella?

Pero aquellos besos... no habían nacido de la pena. No tenía mucha experiencia en eso, pero aún ella podía distinguir entre la pena y una emoción mucho más fuerte: la del deseo.

¡No quería que la deseara!, se dijo. Pero la mujer que la miraba desde el espejo desafió aquel pensamiento.

Sintió pánico. Un hombre como Flynn debía de tener mujeres a montones. Tenía que controlarse, porque él no iba a perder el tiempo con ella. Lo único que tenía que hacer era demostrarle que no estaba dispuesta a pasar una Nochebuena de juegos amorosos. Después, no lo vería más.

Los golpes en la puerta de la cabaña interrumpieron su reflexión racional.

Se miró una última vez en el espejo.

Había descansado el tobillo todo el día y ahora notaba los beneficios de haberlo hecho. Pudo ir a abrirle, aunque le había costado ponerse el zapato.

—Hola —dijo él, mirándola.

Marigold se puso colorada al notar su mirada masculina.

—Hola —replicó, aparentemente tranquila.

—Estás hermosa —comentó Flynn.

Marigold se alegró de que él no llevase esmoquin. Su blusa no desentonaba con la ropa de sport que vestía Flynn, si bien esta última era de diseño. De pronto se preguntó qué pensaría Flynn si hubiera sabido que su top estaba hecho de una cortina.

—Gracias.

—Toma —extendió una mano que escondía a la espalda, y le dio una pequeña caja con un ramillete de dos orquídeas de color marfil a modo de broche—. Debí de tener un sexto sentido o algo así. Porque es el color perfecto.

—¡Oh, gracias! Son preciosas. No debiste molestarte...

Flynn sonrió. Sacó el ramillete y se agachó para prendérselo en el top.

—Wilf ha preparado uno para cada una de las damas invitadas esta noche, cortesía de su invernadero.

Al sentir su tacto, Marigold se estremeció.

Era ridículo, pero en cierto modo le había dolido saber que todas las invitadas de la fiesta recibirían el mismo regalo.

—Pero yo he elegido este ramo especialmente. Su color delicado por fuera y su intenso y violento color por dentro, me recuerda a ti.

Otra vez aquella idea de que ella era apasionada y fogosa...

Marigold desvió la mirada de él y la posó en la flores, cuyo perfume era un regalo para el olfato.

—Me siento muy halagada —respondió—. Sobre todo teniendo en cuenta que me llamo Marigold Flower. Nunca se me ocurrió compararme con una orquídea...

—¡Oh, no le estoy restando belleza a otras flores, créeme!

Flynn estaba muy cerca, muy, muy cerca, y a ella no le gustaba el modo en que reaccionaban sus terminaciones nerviosas. Se dio cuenta de que su reacción física escapaba a su control.

—Hay flores delicadas, como las caléndulas francesas, otras luchadoras, que pelean por sobrevivir al mismo tiempo que son hermosas. Por supuesto que prefieren un lugar tranquilo donde puedan tener sol. Pero cuando llega la adversidad y las tormentas, pueden crecer casi en cualquier parte...

Marigold sabía que estaba hablando de algo más que flores.

Marigold lo miró. Realmente su cumplido le gustaba, y aún más

teniendo en cuenta que hacía escasas cuarenta y ocho horas que lo conocía.

Pero una vocecita en su interior le advirtió que no se dejase arrastrar por los halagos. Aquello no era más que un coqueteo, una conversación sin importancia dentro de la cual había un leve coqueteo, se dijo.

—Ciertamente sabes de flores.

—No, solo de variedades de caléndulas —FIynn la miró a los ojos.

Ella se estremeció sin saber por qué.

Él sonrió y dijo:

—Venga, los invitados se preguntarán dónde nos hemos metido. ¿Tienes un abrigo, un chal o algo así?

Ella solo se había llevado el chubasquero y el abrigo de lana; nada adecuado para aquella ocasión.

Volvió a la habitación a revolver entre su ropa. No le quedaba más opción que ponerse el abrigo de lana o congelarse. Decidió congelarse.

Vació el bolso de las cosas que tenía y metió la barra de labios y el peine. Se miró otra vez en el espejo. No estaba mal con aquellos vaqueros negros y el top de encaje.

FIynn había usado una tabla para limpiar de nieve la entrada de la cabaña y luego la había dejado apoyada en la pared. Así que el camino hacia su todoterreno no era problema.

Marigold miró el cielo antes de subir. Estaba claro de nubes de nieve. Estaba estrellado. La nieve había formado pequeños cristales en la superficie de la nieve caída sobre el paisaje. Era una hermosa nochebuena, pensó. Y ella la iba a pasar en compañía de Flynn Moreau.

Lo curioso era que había estado intentando reprimir una corazonada de que tal vez aquello tenía que suceder. Lo había intentado reprimir porque un hombre como Flynn tomaría aquello como un interludio, nada más. Y porque su sentido común le advertía que él era un peligro para su tranquilidad mental, y para su bienestar. Y si por un instante bajaba la guardia, lo lamentaría el resto de su vida.

# Capítulo 6

HABÍA pasado la mitad de la velada ya, y Marigold tenía que admitir que se lo estaba pasando bien. De pronto se sentía ridícula en relación a sus pensamientos sobre Flynn. Claro que para entonces ya se había bebido varias copas de champán, pero eso solo la había relajado un poco, se dijo.

Los amigos de Flynn eran muy agradables y le habían dado la bienvenida. El mismo Flynn era un anfitrión encantador.

La casa era un sueño de Navidad. Estaba decorada tradicionalmente con cintas rojas, y un enorme árbol de Navidad presidía el vestíbulo.

Marigold no se encontró sola en ningún momento, aunque no quiso bailar debido a su tobillo. De forma natural, se había integrado en un grupo de compañeros de trabajo de Flynn de su misma edad, que habían sido maravillosos con ella: divertidos, brillantes. Se conocían todos muy bien.

Flynn había estado cerca y atento a sus necesidades durante toda la noche, si bien no había estado todo el tiempo con ella. Pero su atención la halagaba. Aunque seguramente no se debiera más que a que era un excelente anfitrión, se recordó Marigold.

A medianoche, Santa Claus apareció todo vestido de rojo y la gente se rio viéndolo dejar regalos para todos. Todas las mujeres tuvieron alguna pieza de joyería de regalo y todos los hombres recibieron gemelos.

Marigold vio a Flynn entre la gente e intentó decirle «gracias» por entre medio de las cabezas.

Flynn estaba apoyado en una pared, cerca de donde ella estaba sentada, con los brazos cruzados, con una mirada distante, como si estuviera mirando a todo el mundo desde la distancia, como si se tratase de un científico inspeccionando insectos con un microscopio.

Aquella idea la inquietó. Se excusó y se marchó al aseo de damas rápidamente, escapando de la ruidosa multitud.

Una vez en el aseo que había sido asignado a las mujeres, el de los hombres estaba en el piso de arriba, Marigold se encerró en uno de los cubícalos, y cerró la puerta. Necesitaba un poco de intimidad para digerir aquel torbellino de pensamientos.

El papel de anfitrión perfecto no había sido más que eso, una representación. Ninguno de ellos había sido capaz de ver al hombre de verdad, de ver en qué estaba pensando ni qué estaba sintiendo.

Aquella mirada suya había sido turbadora.

Marigold miró su tobillo, que con su dolor empezaba a recordarle que seguía ahí.

Las mujeres habían rodeado a Flynn aquella noche, incluso los

hombres habían buscado su compañía, pero él había estado todo el tiempo ...«ausente», fue la palabra que acudió a su mente. Flynn estaba allí físicamente, pero su mente estaba en otro sitio.

Marigold estaba enfadada consigo misma por sentirse tan afectada por aquello. Cuando volviera a Londres, a su vida normal, todo le parecería real, seguramente.

En aquel momento, alguien entró violentamente al aseo y Marigold oyó el sonido de voces diciendo:

—Pero, ¿quién es esa chica? Seguro que lo sabe alguien, ¿no?

—Querida, tú sabes tanto como yo. Según Flynn, es una amiga, simplemente. Está hospedada en esa pequeña cabaña por la que hemos pasado antes de llegar a su mansión.

Marigold había intentado ponerse de pie para salir de su escondite, pero al oír aquello, se quedó petrificada.

—¿Amiga? Bueno, ¡hay amigas y amigas! —rieron las mujeres, no con mala intención, sino con la picardía suficiente como para que Marigold se pusiera colorada.

—¡Janet! ¡Eres terrible! No sabes si hay algo. De todos modos, no te olvides de que siempre está Celine en el fondo —le advirtió la otra mujer en tono más sobrio—. Quienquiera que sea la chica y sea cual sea la relación que tiene con ella, le sucederá lo mismo que a las demás.

—¡Él es tan atractivo! ¿No? —suspiró Janet—. Una noche con Flynn y seguro que después no te gusta ningún otro hombre...

—¡Janet! —exclamó la otra mujer, en serio, aunque se estaba medio riendo—. ¡Llevas solo seis meses casada! ¡Deberías estar casi de luna de miel! ¡Y pensando solo en Henry! Bien, ya me he arreglado un poco la cara, ¿vienes?

—Sí, pero espera que me pinte los labios...

Hubo una breve pausa antes de que se oyera el ruido de la puerta abrirse y cerrarse otra vez. Y luego el silencio.

Marigold se sentó quieta un momento. Celine. ¡No podía tener un nombre común! Celine, Tamara... ¿Nacían con esos nombres, o se los ponían cuando decidían transformarse en mujeres fatales? O sea que Flynn tenía una Celine en su vida. Una Celine a la que siempre volvía, al parecer.

Marigold se puso de pie lentamente. El enfado empezaba a reemplazar al sentimiento de decepción. Flynn no tenía derecho a besarla si estaba con otra mujer.

Evidentemente, Flynn y esa mujer tenían una relación de esas llamadas abiertas, o tal vez la mujer aguantase lo que fuese porque sabía que siempre volvía a ella...

Marigold se dio cuenta de que tenía los dedos apretados en un puño. Tenía que relajarse, respirar profundamente y abrir la puerta

del cubículo. Se mojó las muñecas con agua fría un momento, y luego hizo lo mismo con la parte de atrás del cuello. No tenía razón para enfadarse y sentirse decepcionada, se dijo. Pero lo estaba. Solo la había besado un par de veces, y nada más.

Pero luego frunció el ceño al recordar que Flynn le había dicho que era soltero. Tal vez lo fuera técnicamente. Pero había una mujer en su vida. No había sido totalmente sincero con ella, aunque hubiera dicho que ella solo era una amiga. Al menos esas dos mujeres no sabían si había algo entre Flynn y ella. Y no lo había, por supuesto, ni lo habría, con Celine o sin ella.

Así que saldría y se comportaría como lo había hecho toda la noche. Se reiría, bromearía, y sería simpática, y cuando Flynn la llevase a casa, si la llevaba a casa, porque tal vez enviase a Wilf con ella, le agradecería la invitación a una fiesta tan entretenida, y lo borraría de su vida.

Que Flynn hiciera lo que quisiera con su vida, pero en lo concerniente a ella, se había terminado la relación con él.

Le dejaría claro que ella no fantaseaba nada con él. Al menos así la recordaría como una mujer un poco distinta al resto.

Se pintó los labios y se peinó, se recompuso y salió. ¡Flynn se enteraría de que no era un dios para ella!

Atravesó el salón entre parejas bailando. Había grupos charlando y riendo a un lado de la pista de baile. Todos se lo estaban pasando estupendamente.

—Te he echado de menos —le dijo Flynn en cuanto ella apareció en el salón.

Debía de haberla estado esperando.

—¡Oh, lo dudo mucho! —se rio forzadamente Marigold.

—Entonces, tendré que convencerte de alguna manera de ello —sonrió Flynn—. Busquemos un rincón tranquilo.

Evidentemente, Celine no estaba allí.

—No quiero apartarte de los otros invitados —dijo ella, sonriente, apartándose de él, dirigiéndose al grupo con el que había estado antes.

La historia de Celine era un asunto conocido públicamente, a juzgar por el cotilleo de las dos mujeres. ¿Cómo se le ocurría acercarse a ella de aquel modo delante de todo el mundo?

Ella había supuesto que Flynn insistiría, pero no lo hizo. Se veía que había decidido que no merecía la pena.

La conversación en el grupo en el que se había integrado había pasado a asuntos médicos cuando ella se volvió a acercar.

—Siempre terminamos hablando de lo mismo —dijo una mujer—. ¡Es tan aburrido! ¡Oh, lo siento! No creía… Tú no eres de la profesión, ¿no? —preguntó cuando Marigold volvió a unirse a ellos.

—No.

Marigold se había fijado en la pareja que formaban la mujer que acababa de hablar y su marido, un joven cirujano. La mujer estaba embarazada de unos siete meses, y siempre estaba riendo y abrazando a su marido. ¡Qué envidia le causaba! Ella nunca había tenido prisa por casarse y tener hijos, pero algo en aquella pareja le hizo sentir nostálgica. ¡Debía de ser estupendo estar embarazada del hombre al que se amaba!, pensó con cierta tristeza.

—Bueno, me alegro de que no seas ni médico ni enfermera. Podemos hablar de moda, de peinados, y perfumes... ¡De cualquier cosa que no sea de hospitales y operaciones! —le dijo sonriendo la mujer.

Marigold le sonrió también. Quería concentrarse en la conversación para distraerse de lo que su instinto quería hacer: buscar a Flynn, saber dónde estaba.

A la una, Bertha apareció con vino dulce y tartas. A la una y media los primeros invitados comenzaron a marcharse, algunos a sus habitaciones dentro de la casa, y otros al hotel de pueblo, a unos kilómetros de distancia, donde Flynn, al parecer, había reservado habitaciones. Según la nueva amiga de Marigold, los invitados que se alojaban en el hotel volverían por la mañana para comer en la mansión y tomar el té por la tarde.

Flynn se había unido al grupo unos quince minutos más tarde, pero no le había dedicado especial atención a ella. Había entretenido a la gente con su humor cáustico y su ingenio. Era evidente que era el centro del grupo, y que los demás lo adulaban, aunque a Marigold le parecía que casi lo reverenciaban.

—La oferta de que uses el anexo esta noche sigue en pie —dijo Flynn.

Marigold había ido a dejar una copa y un plato a una mesa que había a un lado de la habitación; y él la había seguido.

—No, gracias —dijo Marigold, intentando mantener un tono ligero y amistoso. Pero hasta a ella misma le había sonado tenso.

—De acuerdo, dilo de una vez, Marigold. ¿Qué te ocurre?

—¿Ocurrir? —se dio la vuelta y lo miró—. Lo siento. No comprendo. Creí que ayer había dejado claror que quería dormir en la cabaña.

Y definitivamente no en su cama. Si creía que iba a usarla para calentar la cama mientras no estuviera Celine, estaba muy equivocado.

—Olvídate de dónde vas a dormir. Yo te he preguntado qué te pasa.

Ella lo miró fijamente y dijo:

—No me ocurre nada.

—Marigold, parte del trabajo de ser un buen cirujano, y yo lo soy,

consiste en saber cuándo la gente está tensa y preocupada si no lo dice. Algo ha pasado esta noche, y yo quiero saber qué es.

Su arrogancia era infinita.

—El que no quiera quedarme en tu casa... —«O dormir en tu cama», hubiera dicho— no quiere decir que pase algo. Estoy cansada, eso es todo. Y quiero volver a la cabaña. Pero he pasado un rato muy agradable y te agradezco que me hayas invitado.

—Entonces, ¿vas a venir a almorzar con nosotros mañana? —preguntó él con tono sensual.

—Gracias, pero no. Me duele el tobillo. Así que probablemente me pase el día en cama.

Flynn asintió.

—Te llevaré de vuelta a la cabaña.

—¡Oh, de acuerdo!

Marigold sintió que había ganado. Aquella batalla se la había ganado a Flynn, pensó, mientras se despedía de los invitados.

Entonces, ¿por qué sentía que había perdido?

Porque había perdido ella. Lo supo cuando se subió a su coche.

Flynn encendió el motor, pero no arrancó.

—Vamos a estar aquí hasta que me digas la verdad. Hay mucha gasolina, y podemos quedarnos sentados aquí toda la noche con el motor encendido para que nos caliente el coche. ¿Tienes suficiente calor?

Estaba helada, pero no iba a admitirlo.

—Estoy bien.

Él no la llamó mentirosa, pero agarró una manta del asiento de atrás del coche. Marigold no fingió una protesta cuando él la envolvió con ella. Sus dientes castañeteaban.

Pasaron cinco minutos hasta que volvieron a hablar.

—Esto es ridículo, ¿lo sabes, no? —dijo ella.

—He vivido treinta y ocho años sin que me importe lo que piensa la gente. No pienso empezar ahora —Flynn se giró en el asiento para mirarla.

Aquello era lo más sincero que le había dicho desde que se habían conocido, pensó amargamente Marigold.

—Entonces, vives de acuerdo con tus propios códigos y valores, sin tener en cuenta a nadie más, ¿no? —le reprochó Marigold.

—No me he dado cuenta de eso.

—Pero es la verdad —afirmó ella furiosamente—. Bueno, lo siento, pero ocurre que yo creo en la monogamia en las relaciones de pareja, duren lo que duren.

Flynn achicó los ojos.

—No comprendo. ¿Quieres decir que yo no creo en eso?

—¿Y es que crees en ello acaso?

—¡Oh! —la expresión de Flynn pasó de afable a fría como la noche aquella—. Tengo la impresión de que me han tendido una trampa... Pero no tengo intención de defenderme delante de ti ni de hacer ninguna cosa por el estilo.

Una actitud muy cómoda, pensó Marigold.

—No sé qué diablos tienes en esa cabecita tuya, pero para que lo sepas, la fidelidad es para mí la base de cualquier relación entre un hombre y una mujer, sea una relación estable o no. ¿Satisfecha tu pregunta?

¡Qué hipócrita era!, pensó Marigold. Estaba tan enfadada, que se le estaban olvidando sus buenas intenciones.

—¿Y Celine? —preguntó de pronto—. ¿Coincide contigo? ¿Besa ella también a cualquier hombre que se encuentre en el camino? ¿O la fidelidad para ti es algo distinto de la definición que da el diccionario?

Por un momento, hubo un silencio absoluto.

Sus palabras quedaron flotando en el aire como un eco que los envolvía. Y Marigold supo, antes de que Flynn contestase, que algo iba mal, terriblemente mal. Había cometido un error.

Se preparó para la explosión de ira de Flynn, según anticipaba la expresión de su cara. Se le hizo un nudo en el estómago.

—¿Celine? —preguntó inexpresivamente—. ¿Quién te ha hablado de Celine, y qué te han dicho? —preguntó con una serenidad que era más intimidarte que cualquier otra manifestación de furia.

—Nadie. No ha sido así. No sabían que yo estaba allí... en el aseo... —su voz se apagó. Estaba complicando todo aquello, pensó.

Pero él no había negado que existía una Celine. Marigold tomó aliento y dijo rápidamente:

—Yo estaba en el aseo, y dos mujeres se pusieron a hablar y dijeron... —se interrumpió bruscamente, tratando de recordar las palabras exactas.

—¿Sí? —preguntó él.

—Dijeron que Celine estaba siempre en el fondo, aun cuando tú... estuvieras con otra persona —balbuceó, incómodamente, deseando con todo su corazón no haber empezado aquello.

—¿Qué más?

—Nada, de verdad. Solo que sonó como que... Bueno, como si hubiera habido unas cuantas...

—¿Aventuras? —dijo él.

—Sí. Las otras.

—Entonces, tú deduces de lo que has escuchado detrás de la puerta que yo tengo una amante fija, pero que me gusta tener aventurillas con otras mujeres cada tanto. ¿Es así? Y no te ha parecido pertinente preguntarme directamente a mí. Has preferido mantenerme a distancia toda la noche, ¿no? —preguntó Flynn, enfadado.

Marigold lo miró. ¿Qué había hecho? ¡Oh! ¿Qué había hecho?

—Yo... No te he mantenido a distancia...

—¡No es cierto! —exclamó Flynn, poniendo el motor en marcha, y tomando una curva tan violentamente, que Marigold se asustó.

El gesto de Flynn le advertía que no dijera nada más mientras él conducía de regreso a la cabaña. Marigold se quedó sentada en silencio.

Cuando llegaron, Marigold se alegró de que no se hubieran caído a un dique o chocado contra un árbol.

Flynn se bajó a abrirle la puerta, y extendió su mano para ayudarla a bajar.

Marigold miró su rostro.

—Gracias —le dijo ella débilmente.

Flynn no dijo nada. Solo sujetó su brazo para que ella caminase por el camino de entrada a la cabaña, que estaba cubierto de nieve.

Tuvo que intentar varias veces meter la llave en la cerradura hasta que lo logró. Una vez que la puerta estuvo abierta, Flynn se dio la vuelta y se alejó.

Marigold se quedó mirándolo, con el corazón latiendo aceleradamente, y supo que tenía que decir algo, lo que fuese. No podía dejarlo marchar de aquel modo.

—¿Flynn? —lo llamó con voz temblorosa—. Si lo he entendido mal, lo siento. De verdad. Pero lo dijeron como si... Lo siento —repitió Marigold.

—Creíste lo que quisiste creer.

Marigold abrió la boca para negarlo, pero sus palabras quedaron en su lengua. Flynn tenía razón. Miró a la figura que tenía delante, abatida. Tenía toda la razón del mundo. Podría haber entendido cualquier cosa, pero había querido entender aquello porque necesitaba distanciarse de aquel hombre. Desde el momento en que lo había conocido había representado una amenaza para ella de algún modo.

Como ella se quedó callada, Flynn se dio la vuelta para mirarla. Sonrió débilmente y, como si hubiera leído su pensamiento, comentó:

—No te preocupes. No volveré a molestarte. Puedes disfrutar de tu tranquila navidad —se dio la vuelta y empezó a caminar por el sendero.

—¿Flynn?

No tenía derecho a preguntárselo, pero no podría dormir sin saberlo.

—¿Quién es Celine?

Por un momento pensó que Flynn no le iba hacer caso, pero se detuvo, y de espaldas aún, dijo:

—Celine era mi prometida. Debes de haber oído hablar de ella... Celine Jenet, ¿no te suena?

Marigold había oído hablar de ella. Probablemente no habría una mujer en el mundo occidental que no hubiera oído hablar de la modelo francesa.

—Estuvimos juntos un tiempo hace unos años, pero rompimos una semana antes de la boda. Fue una noticia que interesó a mucha gente en aquel momento. Y probablemente, por lo que has oído esta noche, sigue despertando curiosidad —dijo con un toque de cinismo—. Fue una gran decepción para los medios de comunicación, y también de alguna manera para nuestros amigos y nuestras familias, que nos separáramos civilizadamente y quedáramos como amigos.

Marigold no sabía qué decir, pero daba igual, porque para Flynn la conversación estaba terminada. Se marchó sin volver la cabeza ni saludar con la mano.

Mucho tiempo después de que el todoterreno hubiera desaparecido, Marigold seguía de pie en la puerta. Entró cuando empezó a sentir que se estaba helando.

Celine Jenet. Se sentó frente al fuego en el salón. Había avivado el fuego antes de marcharse a la fiesta. Celine Jenet... Era muy guapa. Alta, ojos grandes, atractiva, sexy, y había sido su prometida. No era de extrañar que aquellas mujeres dijeran que nadie podría competir con Celine. ¿Por qué lo habría dejado ella? ¿Por otro hombre? ¿Por su carrera, tal vez?

Marigold se quedó mirando el fuego. Fuera cual fuera el motivo, no había hecho que Flynn la odiase. Él había dicho que eran amigos, pero eso no quería decir que no deseara que fueran algo más. Tal vez Flynn tuviera esperanzas de que volvieran a estar juntos algún día.

Puso las manos frente al fuego, pero se dio cuenta de que el frío le venía de dentro.

A la que debía odiar sería a ella. Ahora que conocía la explicación, no sabía por qué se había comportado tan mal con él. No solía sacar conclusiones equivocadas sobre la gente. En realidad, solía hacer lo contrario. Si no le hubiera otorgado a Dean el beneficio de la duda en varias ocasiones, se habría dado cuenta de lo que estaba sucediendo mucho antes. Pero con Flynn...

Con Flynn era diferente. Por alguna razón aquel hombre la afectaba más que ninguno.

¡Y ella que había querido pasar una navidad tranquila, recargándose de energía, y recobrando fuerzas para encarar los cambios que quería hacer en el futuro! Deseó no haber ido jamás a la cabaña, o no haber conocido a Flynn, o...

Los golpes en la puerta interrumpieron su línea de pensamiento y la sobresaltaron. Se asustó, pero caminó cojeando hasta la puerta.

—¿Quién es?

—Santa Claus, ¿quién si no? —dijo Flynn con tono de burla.

«¡Flynn!», pensó Marigold.

Abrió la puerta con cierta incomodidad. No había esperado volver a verlo, y se había sorprendido de lo mal que se había sentido ante aquella idea. Pero ahora él estaba allí. No quería decir nada; se advirtió. Después de Celine, ¿cómo iba a poder significar algo aquello?

Cuando abrió la puerta, Flynn se quedó de pie, mirándola. Luego dijo:

—Hola, Marigold, ¿puedo entrar?

—¡Oh, sí, por supuesto! —se sentía tan violenta que no sabía qué hacer.

Una vez que estuvieron en el salón, ella pareció reaccionar y le ofreció:

—¿Quieres tomar algo? ¿Un vaso de vino, café, chocolate caliente?

—Un café.

—De acuerdo.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó él.

—No, quédate sentado. No tardaré.

Marigold estaba excitada. Preparó una bandeja con café y galletas.

Cuando volvió al salón, Flynn estaba sentado en el sofá, frente al fuego. Parecía relajado.

—Solo quería decirte que realmente siento haber supuesto cosas sobre... sobre.... lo que he oído —dijo Marigold, dejando la bandeja en la mesa baja. Flynn la había acercado al sofá antes de sentarse.

—¿Me crees entonces? —preguntó Flynn.

—Por supuesto que sí.

Flynn estaba increíblemente sexy, sentado allí.

—No me digas «por supuesto», porque no hay nada por supuesto. Me ha dado rabia que hicieras caso de gente que no conoces... Oyes un comentario y... El caso es que... mi vida privada es eso, privada, y no me gusta que hablen de ella. No le interesa a nadie, excepto a mí.

Con aquel aspecto tan atractivo, el trabajo que hacía y su aire distante, tenía un magnetismo irresistible para cualquier mujer. Y dudaba que no fuera tema de conversación entre ellas, pensó Marigold.

Aquel pensamiento la estremeció, y puso al descubierto su propia atracción hacia él. No podía creer que Flynn estuviera interesado en ella...

Marigold pensó muy bien lo que iba a decir porque quería aclarar algo con él.

—Flynn, eso que has dicho antes de que yo he querido creer lo que he querido... Bueno, tenías razón, en cierto modo —dijo—. Es que... después de lo de Dean, siento que no podría empezar una... nueva amistad —terminó por decir.

—Creo que los dos sabemos que no era solo amistad lo que yo

tenía en mente… —habló serenamente, pero con el tono sensual de otras veces.

Marigold se puso colorada.

Lo que él le estaba ofreciendo era una aventura, una breve relación. Y probablemente, desde su punto de vista, eso estaba bien. Según lo que había oído en el aseo de señoras, Flynn había tenido muchas relaciones pasajeras después del compromiso con Celine. Pero, ¿cómo era posible recuperarse después de una relación con Flynn Moreau? Las otras habrían podido; ella dudaba que fuera capaz de hacerlo.

—El asunto es… —Marigold dejó la frase en el aire. No sabía cómo hacerle comprender—. La cosa es…

—¿La cosa es qué?

—Esas mujeres… Dijeron que habías tenido otras relaciones desde que habías roto con Celine; todas temporales —agregó al final—. Y no está mal —agregó rápidamente—. Si eso es lo que tus amigas y tú queríais. Pero no creo que yo sea así. Además, es demasiado pronto para mí después de la relación con Dean como para empezar a pensar… Y tú eres rico, un hombre de éxito, que conoce gente nueva todo el tiempo… Y yo soy …

—Encantadora —dijo Flynn.

Flynn se había puesto de pie. Se acercó y la estrechó en sus brazos. Ella lo miró. A él parecía divertirle aquello.

—Flynn…

Él la acalló besándola, simplemente. Ella se puso rígida, decidida a no dejarse llevar por el placer de estar en sus brazos, por su fragancia masculina, por el contacto con su cuerpo, pero supo que estaba perdida.

El problema era que él besaba tan bien… se dijo Marigold. No había conocido a nadie que besara como Flynn.

Marigold suspiró. Él la besó más profundamente, arrancándole una reacción de deseo que no era capaz de controlar.

Ella empezó a sentir que se derretía, como antes, y aunque el poder de Flynn sobre sus sentidos le daba miedo, era tan placentero todo aquello, que ella se amoldó a su cuerpo, con hambre de más.

Nunca se había considerado una persona fría, pero antes de conocer a Flynn, las caricias, la sexualidad, habían sido una experiencia agradable, en el mejor de los casos, y algo que le había producido irritación, en el peor, si ella no estaba de humor.

Pero aquello… Era como las cosas que se leían en las novelas: algo que le hacía perder la cabeza, un mareo de sensaciones… Y aunque le pesara, se alegraba de poder experimentar tal pasión. En brazos de Flynn, se sentía deseable, y muy femenina, la mitad de una pieza compuesta de dos partes.

Flynn le besó el cuello suavemente. Ella se estremeció de gozo, y su cuerpo se arqueó hacia atrás.

Él siguió su movimiento inclinándose sobre el cuerpo femenino. Le besó las orejas, los párpados, y siguió su recorrido hacia la boca, que se abrió obedientemente al sentir sus labios cerca. Sus manos se habían deslizado por debajo de su top de encaje. Le acarició la cálida piel de seda de su cintura antes de deslizarse hacia arriba y acariciarle los pechos por debajo de su sujetador de encaje blanco.

Marigold, por su parte, había enterrado sus dedos en su cabello negro. Le masajeó el cuero cabelludo en sensual abandono, algo que la habría sorprendido si hubiera sido capaz de pensar coherentemente.

La boca de Flynn se había abierto paso entre sus labios, y estaba saboreando la dulzura interior con delicados movimientos, causándole vibraciones eléctricas. Ella reaccionó temblando contra su cuerpo.

Marigold estaba embrujada, buscando ávidamente algo que nunca había tenido, pero que ahora sentía que estaba a su alcance.

La respiración de Flynn era pesada cuando por fin alzó la cabeza y dejó de besarla. Aún la estaba abrazando.

Marigold abrió los ojos. Él la estaba mirando, y en un momento de locura le hubiera rogado que le hiciera el amor de verdad; que la acompañara al dormitorio y que compartieran la gran cama, donde el fuego iluminaría sus cuerpos desnudos, y el mundo exterior se desvanecería por completo.

Aquella imagen fue suficiente para sacarla de su estupor y traerla de nuevo a la realidad. Y él se dio cuenta porque puso una expresión dura.

—Lo estás haciendo otra vez —murmuró suavemente Flynn.

—¿E1 qué?

—Pensar en lugar de sentir.

Ella se echó hacia atrás, y se separó de aquel ancho pecho. Él la soltó inmediatamente:

—¿Desprecias la razón? —preguntó ella—. Creí que era algo necesario en tu trabajo.

—Hay un tiempo y un lugar para todo —sonrió sensualmente, y ella se derritió.

—Flynn...

—Lo sé, lo sé —la interrumpió, alzándole la barbilla para mirar sus ojos azul violáceos—. No estás preparada para una relación. Es demasiado pronto. Tenemos estilos de vida muy distintos, ¿no?

Marigold asintió temblorosamente.

—Sí.

En tres días aquel hombre había puesto su vida patas arriba. ¿Cómo lo había hecho?, se preguntó Marigold.

Debía admitir que, de no haber sido por la imagen de Celine, tal

vez hubiera tirado por la borda toda cautela y se hubiera dejado llevar.

—Marigold, ambos sabemos que si yo no hubiera parado hace un momento, estaríamos haciendo el amor en la alfombra, frente al fuego —dijo Flynn.

Marigold se puso rígida, enfadada con él por decir la verdad.

—Si tú crees eso, ¿por qué has parado? —lo desafió.

—Porque este no es el momento ni el lugar —respondió él—. Y contrariamente a lo que puedas pensar, para mí eso es importante. Hay algo entre nosotros que no puedes negar. Es algo que ha surgido desde el primer momento que nos vimos, y solo puede derivarse una sola cosa de semejante atracción física. Pero tú tienes que aceptarme en tu vida antes de aceptarme en tu cuerpo. Comprendo que una mujer como tú necesite que sea así. Si no, te haría sentir mal.

Marigold lo miró a los ojos, impresionada por lo directo que era. Al parecer, para él, una aventura entre ellos era cuestión de tiempo solamente.

—No puedo creer que digas esto... —dijo ella débilmente.

—¿Por qué? —preguntó inocentemente Flynn. Se dio la vuelta y sirvió dos tazas de café. Luego agregó—: ¿Leche y azúcar?

—Flynn, es como si no hicieras el menor caso a lo que te acabo de decir —afirmó ella.

—He tenido en cuenta todas tus objeciones, pero tengo predilección por la verdad, Marigold, y a lo que te estás oponiendo es a la verdad.

Marigold lo miró, desesperada. ¡Él tenía respuesta para todo!

Abrió la boca para contestarle, pero luego decidió que no valía la pena. Flynn siempre le ganaba las batallas verbales. Pero daba igual. Él le había dicho que no la presionaría. Que esperaría a que ella lo aceptara en su vida primero, así que era muy sencillo. Se mantendría en guardia los siguientes días que permaneciera en Shropshire, y eso sería todo. No habría contacto, ni llamadas telefónicas ni nada. Sería implacable con Flynn. Porque tenía razón. La atracción física entre ellos era terriblemente poderosa, y era muy arriesgado jugar con ese fuego. Al menos, para ella.

—Leche y dos azucarillos, por favor —respondió dulcemente ella.

—¿Qué? —preguntó él.

Marigold se alegró de que por una vez lo desconcertara.

—¡Ah, sí! El café... —agregó luego Flynn.

Flynn no recibiría más que café, se dijo Marigold, aunque una voz interior le recordó que solo sería así hasta que volviera a besarla...

# Capítulo 7

CUANDO Marigold se despertó el día de Navidad, recordó que había prometido ir a almorzar y a tomar el té a casa de Flynn. ¡Debía de estar loca!, pensó.

Flynn se había portado bien el resto de la noche. Había bebido un par de tazas de café, se había comido prácticamente todas las galletas y había mantenido con ella una amena conversación sobre cosas intrascendentes, pero que a ella le habían resultado interesantes.

Después de arrancarle la promesa de que iría a comer al día siguiente, le había dado un beso rápido en la frente y se había marchado.

Marigold se había quedado con la sensación de que Flynn era un hombre que siempre conseguía lo que quería.

Después de bañarse, Marigold miró su ropero. Era muy limitado. Tendría que volver a usar los vaqueros negros, y un jersey gordo, largo, de color hueso y cuello vuelto. Sentía cierta excitación, y eso la puso en guardia. No podía permitirse un descuido. Debía estar alerta.

Flynn era un hombre que la manejaría a su antojo y la mantendría en su mundo hasta que la atracción entre ellos se apagase. ¿Y entonces qué? Se olvidaría de ella.

Había sido una tontería aceptar la invitación a almorzar. Pero sería la última vez que hiciera lo que él quisiera.

Además, la casa estaría llena de gente. No era como si estuvieran solos.

Flynn la recogió un poco más tarde de las once de la mañana. Marigold estaba esperándolo, decidida a no proporcionarle ninguna excusa para estar a solas con ella en la cabaña.

En cuanto vio su coche, salió y cerró la puerta con llave. Prácticamente podía caminar normalmente.

Flynn había salido del todoterreno y había abierto la puerta del copiloto.

Estaba muy atractivo, como siempre. Iba vestido con un vaquero negro y una cazadora de piel negra.

—Hola —sonrió él. Le dio un beso rápido en los labios antes de ayudarla a subir. Luego cerró la puerta.

Marigold se pasó todo el trayecto a su casa tratando de controlar el latido de su corazón. Pero la actitud de Flynn cuando llegaron allí, amistosa y cálida, la ayudó por fin a relajarse.

Bertha, junto con Wilf, a quien el ama de llaves había pedido ayuda, se había esmerado con la comida de navidad. Había hecho dos budines enormes flambeados con coñac y acompañados de nata. Se había ganado el aplauso de los comensales.

Por la tarde jugaron a juegos de mesa, y conversaron entretenidamente. Aunque Flynn, notó Marigold, volvió a estar un poco al margen de ellos, como espectador, una vez más.

Después de un té con todo tipo de acompañamientos, dulces y salados, se reunieron en el salón, donde Flynn se sentó al piano y todos cantaron villancicos antes de que la gente se empezara a marchar.

—No sabía que supieras tocar el piano —le dijo Marigold.

Flynn había puesto la mano de Marigold en su brazo y la había llevado hasta la entrada, donde estaba despidiendo a sus invitados.

Aquel gesto había hecho que el corazón de Marigold se acelerase.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, Marigold —respondió él en un tono suave, casi sensual—. Algo que estaría deseoso de enmendar, si tuviera la oportunidad —la miró cálidamente—. Me gusta tocar el piano, y dicen que le saco algún sonido más o menos soportable al trombón. Me gusta el parapente y la pesca submarina. Prefiero el fútbol americano al fútbol inglés o al rugby y detesto el golf. Pero por supuesto hay otras... actividades que me dan más placer que todas las otras juntas.

Ella no quiso preguntar cuáles eran.

—¿La pesca submarina? La he practicado hace tiempo, incluso me dieron un certificado... —dijo ella.

Había convencido a Dean de que hiciera el curso con ella para que pudieran sumergirse en las aguas templadas del Caribe cuando estuvieran de luna de miel. Pero Dean solo había asistido un par de veces, poniendo la excusa de un problema en el oído. Pero a ella le había parecido que tenía miedo. Nunca había logrado superar un nuevo desafío...

—¿O sea que te gusta el agua? No me sorprende. Además de bella, eres valiente.

—No creas que con piropos vas a conseguir nada...

—Eso me gustaría... Pero no son piropos, te lo he dicho antes. Yo solo digo la verdad.

—Eso te hace bastante excepcional... —dijo ella.

—Me alegra que reconozcas eso tan rápidamente...

En ese momento Flynn se puso rígido y miró hacia la carretera.

—¿Quién diablos es ese que conduce como un loco? Ha obligado a Charles a hacer una maniobra peligrosa; casi se sale de la carretera por su culpa. No reconozco el coche.

Marigold siguió su mirada, y entonces tragó saliva. Reconoció el coche. Su conductor no era un hombre, sino una mujer.

Emma iba al volante del coche deportivo que su padre le había comprado el año anterior. Había frenado bruscamente frente a la casa de Flynn, levantando una nube de grava a su alrededor.

—¡Marigold! —le gritó antes de salir del coche—. ¡El viaje ha sido una pesadilla!

—Es Emma —murmuró Marigold, desesperadamente—. Se suponía que no vendría hasta dentro de dos días.

—Tienes suerte —dijo Flynn cáusticamente, observando los ajustados pantalones de piel de Emma, sus tacones de aguja, el cabello rubio teñido y su cara cuidadosamente maquillada.

—Estaba esperando fuera de la cabaña y un hombre me dijo que estabas aquí —continuó Emma mientras se acercaba a ellos, hablando a Marigold, pero con sus ojos verdes fijos en Flynn—. Cariño, tenía que salir de Londres. Oliver y yo hemos tenido una pelea tremenda, y no quiero volver a verlo en mi vida —terminó diciendo dramáticamente, antes de agregar, como si acabase de darse cuenta de su mala educación—: ¡Oh! Soy Emma Jones —extendió la mano hacia Flynn.

Flynn no le dio la mano. Solo asintió con la cabeza y respondió:

—La nieta de Maggie. Eso encaja.

Emma se quedó inmóvil un momento, sorprendida por su actitud severa. Estaba acostumbrada a que los hombres le hicieran reverencias.

—¿Qué significa eso exactamente?

—Yo era amigo de su abuela y le tenía cariño. Creo que eso lo dice todo.

—¿De verdad? —Emma alzó la barbilla; era obvio que sabía a qué se refería Flynn—. Papá me advirtió de que había tipos muy groseros por aquí...

—Papá tenía razón. Y este individuo grosero en particular, le pide, educadamente, que se marche de su propiedad —dijo Flynn.

Marigold se había soltado de la mano de Flynn.

—Traeré mi bolso. Si quieres esperarme en el coche, Emma.

—Claro —respondió Emma, se dio la vuelta y se apartó.

Marigold corrió a la casa, y agarró su bolso. Encontró a Flynn en el salón, esperándola.

—No tienes que irte.

—Me voy. Sabes que me voy.

—¿Puedo verte mañana? —preguntó él.

—No creo que sea buena idea.

—No estoy de acuerdo. Es una excelente idea.

—Por favor, Flynn...

—¿De qué tienes tanto miedo, Marigold? ¿De mí? Como hombre, me refiero. ¿O hay algo más? ¿Algo en tu pasado relativo a tu ex novio? ¿Te ha tratado mal en algún sentido?

—¿Te refieres a algo más que andar acostándose por ahí con otras? —preguntó con amargura Marigold.

Ella misma se sorprendió de cuánto daño le había hecho aquella historia. No se había dado cuenta antes. No quería verse como a una víctima, pensó furiosamente. Tenía que superar aquello.

—Tengo que irme —gesticuló hacia Emma, que estaba sentada, mirándolos, desde el coche—. Emma está esperando.

—¡Al diablo con Emma!

—Tengo que irme —Marigold salió corriendo hacia el coche, provocando dolor en su tobillo.

Una vez en el coche, Emma salió a gran velocidad. Si bien había manejado la situación con frialdad, era evidente que estaba furiosa.

—¡Qué tipo tan desagradable! ¿Cómo se atreve a hablarme de ese modo? ¿Y qué estabas haciendo tú en su casa? —comentó cuando todavía no habían salido del camino que conducía a la casa de Flynn.

—¿Cómo? No sabía que estaba vedada la entrada en esa casa.

Comprendía que Emma estuviera enfadada, pero no tenía por qué disculparse por estar en casa de Flynn.

—Claro que no lo está —Emma la miró y suavizó el tono—. Solo que no sabía que conocieras al dueño, simplemente.

—Yo no lo conozco… Bueno, no lo conocía. Sucedió así… —le explicó las circunstancias en las que se habían conocido, sin decirle los comentarios de Flynn sobre su familia y ella—. Creo que respetaba mucho a tu abuela, Emma…

—Yo apenas la conocía. Sé que volvió locos a mis padres con su negativa a ingresar en una residencia, y que tenía un montón de animales pulgosos. Pero mi padre venía a visitarla.

—¿Con qué frecuencia venía? —preguntó Marigold.

—De vez en cuando. Ella tenía muchos amigos por aquí.

—Pero no es como la familia, ¿no?

—¡No empieces! —Emma paró al lado de Myrtle. Casi lo roza—. Mi abuela tuvo la oportunidad de ir a un hogar donde la hubieran cuidado y al cual mis padres podrían haber ido a visitarla más a menudo, pero ella insistió en quedarse en la cabaña. Mi padre es un hombre muy ocupado. Tiene un trabajo muy importante. No puede perder tiempo viajando tanto. Además, tienen muchos actos sociales a los que asistir, gente importante, necesaria para el trabajo de mi padre. De todos modos, mi padre y mi abuela no se llevaban bien. Mi padre no pudo ir al funeral de mi abuelo, y mi abuela le dijo que no lo perdonaría jamás.

—¿Por qué no pudo ir al funeral? —preguntó Marigold.

De pronto se preguntó cómo no se había dado cuenta antes de que aquella chica no le gustaba en absoluto.

—Por presiones en el trabajo —respondió Emma—. Hay que hacer sacrificios si quieres ascender…

—Sí, supongo que sí —Marigold abrió la puerta del coche y agregó

—: Me voy mañana por la mañana, Emma. Tengo cosas que hacer en casa. ¿Sigues con la idea de vender la cabaña?

—Podría ser —caminaron juntas hasta la puerta. Marigold le dio la llave—. ¿Por qué?

—Me gustaría saber cuánto quieres por ella simplemente.

De pronto no soportó la idea de que Emma fuera la dueña de la cabaña de la joven pareja que había visto en la fotografía. O que se la vendiera a alguien que no apreciara el esfuerzo que la anciana había hecho por seguir allí.

—Con los muebles, las fotos, y todo —agregó Marigold.

—¿Toda esa basura? —Emma la miró como si estuviera loca, y probablemente lo estuviera, reflexionó Marigold—. ¿Para qué quieres todo eso?

—Hace juego con la cabaña simplemente.

—¡Es horrible!

Marigold durmió en el sofá del salón, aunque Emma le ofreció compartir el dormitorio.

A las nueve del día siguiente, ya estaba en camino hacia la ciudad.

Si se hubiera quedado más tiempo, habría peleado con Emma, seguramente. Y no quería que fuera así. No tanto porque eso hubiera hecho que estuvieran más incómodas en el trabajo, sino porque sentía que la vieja Maggie había dejado en sus manos la compra de la cabaña para que la volviera a transformar en un verdadero hogar.

Era gracioso el vínculo que había sentido con la abuela de Emma...

Cuando estaba llegando a Londres, Marigold descubrió que no podía dejar de pensar en Flynn. Había pensado en él toda la noche, y su imagen parecía crecerse con la distancia.

Flynn la había acusado de tener miedo de él. ¿Tenía miedo de él? Era cierto. Aquella mañana había huido. Por primera vez en su vida, había huido de algo, o más precisamente, de alguien. Era cierto que no podría haber permanecido en la cabaña con Emma. Pero debía de haber pasado por casa de Flynn y haberle dicho que se marchaba. Después de todo lo que había hecho por ella, era una descortesía haberse marchado así.

Pero... Aunque no lo había podido admitir hasta aquel momento, habría querido verlo, tanto como no volver a verlo...

¿Pensaba comprar la cabaña de Emma? En ese caso, sería vecina de Flynn...

Todo era muy contradictorio. Por un lado la idea de tener a Flynn al otro lado del valle no le disgustaba... Por otro, si no quería nada con él, no tenía sentido comprar la casa.

Era ridículo. ¡Se estaba angustiando por un hombre al que apenas

conocía! Seguramente él no volvería a acordarse de ella cuando descubriese que se había marchado.

Marigold tocó el claxon a un Mercedes que salió de una carretera cercana, y se sintió un poco mejor por sacar un poco de adrenalina fuera.

Si la operación de compra de la cabaña salía bien, estupendo, si no, igualmente quería seguir adelante con la idea de trabajar por su cuenta. Había terminado un ciclo en su vida, y comenzaba otro, y dependía de ella totalmente.

No iba a pensar más en Flynn Moreau. Él formaba parte de un interludio de su vida, parte de la magia de la Navidad, tal vez.

Ahora tenía que enfrentarse a su futuro. Y definitivamente, no quería hombres en su vida.

Marigold se pasó los dos días siguientes limpiando su piso de Kensington, y poniéndose al día con varios trabajos domésticos que llevaba postergando mucho tiempo.

Intentaba no pensar, dejando encendida la radio o la televisión, cualquier cosa que la distrajera del recuerdo de Flynn.

Volvió al trabajo el miércoles por la mañana, con la carta de renuncia en su maletín. Patricia y Jeff lamentaron que ella hubiera decidido dejar el trabajo, pero prometieron hacerle encargos como freelance. Y cuando ella se comprometió a seguir allí hasta fines de marzo, todos estuvieron de acuerdo. Emma estaba de vacaciones hasta después de año nuevo, y Marigold no lo lamentó, aunque quería hablar con ella sobre la compra de la cabaña. Su actitud acerca de su abuela le había molestado mucho.

El primer día de trabajo fue tranquilo. Muchas empresas habían alargado las vacaciones hasta después de Año Nuevo, y por una vez en su vida había vuelto a casa antes de las seis de la tarde. Cuando entró en su piso, el teléfono estaba sonando. Era su madre, que quería que fuera a pasar con ellos la Nochevieja.

Después de contestarle que lo pensaría, una respuesta que no satisfizo a Sandra Flower, Marigold logró colgar, después de veinte minutos de conversación.

Marigold caminó hacia la cocina para prepararse el café con el que había estado soñando en los últimos minutos, pero tocaron el timbre de la puerta.

Fue a abrir, lamentándose por no poder tomar el café.

El trabajo físico de los últimos días la había dejado muy cansada, sumado al dolor que todavía sufría en el tobillo, que a veces la despertaba de noche. Tenía ganas de darse un baño caliente, y de beber un vaso de vino, antes de irse a la cama temprano.

—Hola, Marigold Flower.

Era Flynn, más atractivo, más grande y más seductor que nunca. Parecía cansado, pensó Marigold.

—¿Cómo has sabido dónde vivía? ¿Emma no...?

—No, no ha sido Emma —le aseguró—. Digamos que Emma se dio el gusto de cerrarme la puerta en las narices.

—¡Fuiste muy desagradable con ella! —dijo Marigold débilmente, intentando convencerse de que él estaba allí, en la puerta de su casa.

—Tendría que haber sido más severo aún, y ella lo sabe —respondió Flynn.

—Entonces, ¿cómo me has encontrado?

—Por un proceso de eliminación. No hay muchos Flower en Londres, y tu número de teléfono fue el quinto al que llamó mi secretaria. Tu contestador automático dio el nombre de Marigold... ¿Me vas a invitar a pasar?

—¡Oh, sí, por supuesto! —ella estaba tan sorprendida que casi se tropezó cuando se hizo a un lado para hacerlo pasar.

—Llevo en Londres treinta y seis horas —continuó Flynn—. Me llamaron de una urgencia del hospital —se detuvo en la entrada de su pequeño salón—. Es muy bonito... —dijo.

—Gracias.

Marigold se había pasado un mes entero pintando y empapelando, por las noches, para olvidar el asunto de Dean, el trabajo físico siempre ayudaba. Había elegido colores brillantes para contrastar con su estado de ánimo.

—Me gusta —dijo Flynn—. Hace juego contigo.

Marigold intentó controlar el latido de su corazón.

—¿Para qué has venido, Flynn?

—Para verte. No me has dicho adiós, ¿lo recuerdas?

—¿Has venido aquí para decirme adiós?

—No exactamente —él tiró de ella y la estrechó en sus brazos. Luego le dio varios besos hambrientos.

Aquello produjo una inmediata respuesta dentro de ella. La besó hasta que se quedó sin aliento, y luego levantó la cabeza y dijo con un tono algo burlón:

—No, no exactamente, pero eso ya lo sabes, ¿no? Igual que sabías que te seguiría.

—¡No lo sabía! —exclamó Marigold, indignada.

É1 pareció creerla.

—Entonces, debiste saberlo —respondió él sin sonreír, frunciendo el ceño.

Probablemente, pensó ella. Pero no estaba al tanto de los juegos amorosos de las mujeres con experiencia. Ella se consideraba una mujer vulgar y corriente.

—He venido para preguntarte si podemos conocernos un poco más —él notó la confusión en Marigold—. ¿De acuerdo? Nada serio. Solo salir alguna que otra vez cuando yo esté en Londres. Ir a cenar algunas veces, ver la ciudad, ir al teatro, ese tipo de cosas. Estar juntos sin ningún compromiso.

Marigold lo miró. ¿Qué quería decir aquello? ¿Terminarían en la cama las salidas a cenar? ¿Era eso parte del conocerse más?

—¿Como... amigos? —preguntó ella con voz temblorosa.

—¿Es eso lo que quieres? —le preguntó Flynn mirándola a los ojos.

Ella asintió.

—No estoy preparada para nada más.

Flynn le clavó sus ojos grises. Le agarró la barbilla y respondió:

—Buenos amigos.

El calor de su cuerpo, su fragancia, la estaban embriagando. Y por debajo de todas aquellas sensaciones, sentía la excitación de que la hubiera ido a buscar, de que él estuviera allí. Y se alegraba mucho.

—Voy a preparar café —ella se separó unos centímetros, y después de un momento de tenerla fuertemente agarrada, Flynn la soltó.

—Me parece buena idea —movió los hombros debajo de su abrigo —. Ha sido un día terrible. Un accidente nunca es agradable, pero cuando el herido tiene solo ocho años, es más terrible aún.

—¿Te refieres a la urgencia?

—Sí. Y podría haberse evitado si los padres se hubieran asegurado de que el niño llevaba el cinturón de seguridad. No puedes pensar que un niño de ocho años va a acordarse de ponerse el cinturón de seguridad si está entretenido con su nuevo coche a control remoto.

—Pero, ¿va a ponerse mejor?

—Con dos operaciones en el espacio de treinta y seis horas, y un litro de sangre, sí, se pondrá bien. Pero no fue fácil. Hemos estado a punto de perderlo más de una vez.

—¿Has estado trabajando treinta y seis horas? —preguntó ella, dándose cuenta realmente de lo cansado que podía estar.

—Más o menos. Es un trabajo de todo o nada.

Y él era un hombre de «todo o nada».

—¿Has comido? —preguntó Marigold, alegrándose de haber limpiado la casa y haber llenado el frigorífico.

Flynn sacudió la cabeza.

—Creo que comí algo ayer, pero hoy solo tomé café y galletas. Iba a sugerirte la idea de que fuéramos a cenar si estás libre. ¿Qué opinas?

Ella lo miró.

—¿Has conducido hasta aquí?

—He venido en taxi.

—En ese caso, te traeré una copa de vino mientras te quitas el abrigo. Ponte cómodo —le dijo ella—. Pollo con verduras salteadas,

¿te parece bien? —preguntó Marigold. Y le dio placer ver cómo sus ojos se agrandaban, sorprendidos. Ella no sería Bertha, pero se defendía con la cocina.

—Me parece estupendo —dijo él—. Si estás segura de querer hacerlo...

—Sí, claro —sonrió Marigold—. Siéntate y caliéntate. ¿Vino blanco o tinto?

—Vino tinto, por favor.

Flynn se estaba quitando el abrigo cuando se dio la vuelta. Aquel gesto tan inocente, en aquel hombre cobraba un atractivo sexual.

Pero fue peor cuando volvió de la cocina. Había tomado su palabra y se había puesto cómodo. Se había quitado la chaqueta y se había aflojado la corbata. Tenía desprendido el botón de arriba de la camisa, lo que revelaba una sombra de vello, y estaba viendo una foto de sus padres.

Marigold se quedó petrificada un momento. Luego se acercó.

—¿Tus padres? —le preguntó, inclinando la cabeza hacia la foto.

Marigold asintió, y le dio la copa de vino.

—Fue tomada el año pasado.

Los ojos de Flynn volvieron a la foto de la pareja. Un hombre de pelo cano y gesto serio, del brazo ele una mujer sonriente, pequeña y vivaz.

—Me gusta la foto porque los resume muy bien comentó Marigold con ternura—. Mi padre es abogado, muy correcto y formal, y mi madre... Bueno, mi madre, no. Pero se quieren mucho.

—Se ve. ¿Tienes una relación estrecha con ellos?

—Sí, eso creo. Quizás no tanto desde que me fui a vivir sola, pero era necesario ese cambio, tanto para mi madre como para mí —agregó Marigold—. —Siempre quiso tener muchos hijos, pero hubo complicaciones desde que nací yo. En consecuencia, yo me transformé en el foco de toda su atención, y como somos muy distintas, chocábamos a veces. Pero ahora estamos bien. Ella ha aceptado que soy una persona adulta e independiente, con mi propia forma de hacer las cosas... Bueno, casi siempre —sonrió de lado—. ¿Y tú? ¿Ves mucho a tus padres?

—No mucho —se dio vuelta para mirar la fotografía—. Se divorciaron cuando yo tenía cinco años, se volvieron a juntar cuando tenía ocho y volvieron á divorciarse cuando estaba llegando a la adolescencia. Se han casado varias veces desde entonces. Mi madre se casó con el padre de Celine cuando yo tenía dieciocho años, que es cuando Celine y yo nos conocimos. Era el tercer matrimonio de su padre.

Marigold no sabía qué decir.

—Nuestros padres estuvieron casados tres años, pero, cuando se

divorciaron, Celine y yo teníamos una relación estrecha. Supongo que nos comprendíamos mutuamente por tener una infancia parecida.

Marigold asintió. Oír el nombre de la otra mujer le hacía más daño del que se hubiera imaginado, algo que en sí mismo era una advertencia.

—Me criaron en un ambiente de mucho dinero y pocos proyectos —parecía hablar más consigo mismo que con ella—. Necesitaba romper el círculo antes de que me rompiera a mí, por eso mi profesión de médico. Era un modo de hacer algo, hacer algo que durase. El idealismo de la juventud —la miró y sonrió amargamente—. Y al parecer, encontré mi vocación. Fui buen estudiante, y la Neurología siempre me fascinó. Lo demás, como dicen, es historia.

Marigold quería preguntarle más sobre Celine: Cuándo se habían dado cuenta de que se habían enamorado, cuándo se habían comprometido; qué había causado la ruptura. Pero ella se dio cuenta de que aquel intervalo de charla sobre su pasado había terminado, porque Flynn alzó su copa y brindó:

—Por Maggie.

—¿Por Maggie? —lo miró, sorprendida, mientras levantaba la copa.

—Por supuesto. Si no le hubiera dejado la cabaña a Emma, no nos habríamos conocido. Así que debemos dar gracias por ello.

—Si Emma no me hubiera sugerido la idea de ir a pasar la Navidad allí, no nos habríamos conocido —lo corrigió.

—Si crees que voy a brindar por Emma, estás equivocada —sonrió con un gesto muy sensual.

Y ella se sintió derrotada.

—Por Maggie —brindó Marigold, tomando un buen sorbo de vino. Luego, se apartó de él y agregó—: Siéntate y relájate mientras voy a preparar la cena. El mando del televisor está en la mesa baja—se marchó a la cocina.

Cuando el horno estuvo encendido y el pollo dentro, Marigold preparó zumo de limón, con miel y ajo, para hacer una salsa.

Se terminó la copa de vino y se sirvió otra antes de volver con la botella donde estaba Flynn.

Él estaba en el sofá en una posición extraña, como si lo hubiera sorprendido el sueño. Tenía una mano por encima de la cabeza, y la otra sujetando aún la copa vacía. Y ella lo vio vulnerable, indefenso por primera vez.

Dormido parecía diferente. Más joven, un muchacho, con las líneas alrededor de los ojos y de la boca menos pronunciadas. Pero su cuerpo, no. Su ancho torso y fuertes muslos eran los de un hombre, y ni siquiera el sueño podía negar la masculinidad que era esencial a su atractivo.

Marigold se acercó a él. No pudo evitarlo, aun sabiendo que, si ella hubiera estado en su lugar, no habría querido que él la examinara de cerca.

Su traje era muy elegante y se notaba que era caro, al igual que su corbata de seda y su camisa, pero estaba igualmente atractivo cuando llevaba vaqueros y un suéter viejo, como el día que le había llevado el árbol de Navidad.

Marigold miró su boca, ahora relajada, pero tan sensual aún, que le daban ganas de poner sus labios encima de ella. Y esa barbilla cuadrada y dura, masculina como todo lo demás.

¿Cómo sería que aquel hombre le hiciera el amor? Hasta la sola idea le debilitaba las piernas. Su carne desnuda firme y poderosa, el calor de su cuerpo, la fragancia única de los dos compartiendo oleadas y oleadas de placer.

Se arrodilló al lado del sofá, diciéndose que solo quería quitarle la copa de la mano y dejarla a salvo en la mesa baja, para rellenarla de vino para cuando él se despertase.

Así, tan cerca, su aura de masculinidad era turbadora, sensual, una combinación de rudeza y niño pequeño...

Agarró la copa lentamente y la dejó en el suelo, al lado del sofá, sin girarse para dejarla en la mesa. No podía dejar de mirarlo. Su infancia, la ruptura con Celine, las cosas que veía todos los días en su trabajo... debían de haber contribuido a la expresión distante y cínica que ocultaba su semblante cuando estaba despierto.

Le tocó la barbilla muy suavemente con los labios, no pudo resistirse, y como no hubo respuesta, ni movimiento por su parte, se atrevió a moverlos más arriba, en la boca firme. Sus labios eran una escultura tibia. Ella cerró los ojos un momento, sabiendo que tenía que alejarse y volver a la cocina, y cuando los volvió a abrir, unos iris de plata la estaban mirando.

Se sintió incapaz de hacer nada. Se quedó inmóvil. Pero entonces los brazos de Flynn la rodearon y tiraron de ella hasta ponerla un poco encima de él.

—Muy agradable —comentó masculinamente.

La tenía tan fuertemente abrazada, que era absurdo intentar soltarse. Tampoco quería soltarse.

La besó mientras la acariciaba. Exploró su cuerpo, sus curvas, sus valles, con excitación. Ella se estremeció y se echó hacia atrás, exponiendo la curva de su cuello cuando él exploró más abajo, y luego la volvió a besar. El beso fue más desesperado y profundo, y Flynn gimió de placer.

En un momento dado, Flynn movió sus caderas, y ella sintió su erección. Fue entonces cuando se dio cuenta de lo que estaba permitiendo. Se puso rígida. Entonces él le dijo:

—No pasa nada, cariño, está bien. No soy un niño inmaduro que va a insistir para que des más de lo que quieres dar… Relájate…

—Yo… Yo… tengo que ir a ver la cena —Marigold se irguió, casi sin aliento.

Y él no insistió.

—Olvídate de la cena —le dijo él.

—Te he traído más vino —Marigold se puso de pie. Sus mejillas estaban coloradas. Se alisó la ropa y se acomodó el cabello.

Flynn se incorporó.

—Eres muy amable —sonrió él.

—La copa está al lado de tu pie. Sírvete el vino que quieras. Yo iré a ver la verdura y el pollo. No quiero que se queme.

—Dios no lo permita.

Ella sonrió y se escapó a la cocina, furiosa consigo misma. ¿Cómo se le había ocurrido besarlo de aquel modo?, se preguntó, enfadada, y la emprendió con una pobre cebolla, cortándola violentamente.

Le estaba enviando señales contradictorias.

¿La había llamado «cariño»?

Se quedó pensativa. Daba igual, decidió después de un momento de reflexión. Que la llamara como quisiera. Él mismo había dicho que solo quería salir con ella para que se conocieran mejor, cuando estuviera en la ciudad… Recordó aquella erección contra su vientre. Se puso colorada.

Al parecer, el proyecto de conocerse mejor había dado un paso de gigante aquella noche, pero eso había sido culpa de ella, no de él, se recordó. El pobre hombre había estado terriblemente agotado y medio dormido, ¡y ella se había abalanzado sobre él como una ninfómana!

Tomó un sorbo de vino después de gruñir internamente.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó él desde la puerta de la cocina, con voz de somnolencia.

—No, estoy bien —siguió friendo la cebolla y preparó las zanahorias—. Siento haberte despertado —agregó—. No quería hacerlo. Solo iba a servirte una copa de vino… —su voz se apagó. ¡Quién iba a creérselo», pensó.

—Me alegro de que lo hayas hecho… el despertarme así.

Ella sintió la mirada de Flynn en la parte de atrás del cuello, y estaba segura de que estaba sonriendo.

—Como ahora estás despierto, ¿podrías poner la mesa en el salón? —le preguntó Marigold.

Su pequeña mesa de pino estaba en un rincón. Ella casi nunca la usaba, excepto cuando tenía algún invitado, pero era el tamaño ideal para dos.

—Encontrarás manteles individuales y todo lo que te haga falta en el armario —se dio la vuelta y le señaló el armario colgado de la

pared, que había al lado de la puerta de la cocina.

—Claro...

Después de servir el pollo y las verduras, Marigold por fin pudo tranquilizarse un poco.

Se dirigió al salón con los dos platos.

—¡Guau! —exclamó él al verla.

Había cocinado mucha cantidad. Le había visto cara de hambre y de cansancio y había querido darle una recompensa.

—Hay tarta de almendras y helado de postre, Comprados en una tienda, me temo —agregó—. Queda un poco de arroz con leche que preparé ayer.

—¿Tienes mermelada de fresa para agregar al ,arroz? —preguntó él, esperanzado.

Luego le ofreció una silla para que se sentara.

Ninguno de sus novios había sido tan caballero.

—¿Mermelada de fresa? Creo que sí.

—Estupendo —sonrió.

Y ella se preguntó cuántas de sus pacientes se enamorarían de él.

Marigold disfrutó mucho de la cena y de su compañía.

La cena terminó con café y coñac. Flynn fue una agradable compañía. La entretuvo mucho con sus historias sobre su vida y su trabajo. Ella sospechaba que su trabajo tenía una parte oscura y menos entretenida, pero no quiso ahondar en sus pesares.

Tenía un gran sentido del humor, y ella descubrió que incluso sabía reírse de sí mismo, algo que la sorprendió. Se reía de su posición y de su estatus.

Cuando dijo que se marcharía, a eso de las once, Marigold se preparó para un apasionado beso de buenas noches. Pero Flynn llamó a un taxi, se puso la chaqueta y el abrigo, le dio un breve beso y fue hacia la puerta.

—¿Me dejas que mañana te invite a cenar en agradecimiento por la cena de hoy? —le preguntó Flynn.

Ella asintió. El beso la había dejado sin aliento.

—¿A las ocho más o menos?

Ella asintió otra vez.

—Buenas noches, cariño —se despidió.

Y se marchó.

# Capítulo 8

AQUELLA noche fue una de tantas en compañía de Flynn. La invitó a cenar varias veces, al teatro, a varias fiestas, y a salir con sus amigos.

Si él estaba en Londres los fines de semana, visitaban galerías de arte, librerías, o daban largos paseos a lo largo del Támesis, o pasaban el día en el gimnasio privado y centro de ocio del que Flynn era socio. A veces almorzaban en lugares coquetos y apartados; tomaban el té en el Ritz, cenaban en el Savoy… No quedó lugar que no visitaran hasta principios de marzo. Y Flynn se comportó como un atento acompañante y amigo.

Aquello la estaba volviendo loca.

Daba igual saber que él estaba actuando de aquel modo porque ella se lo había pedido, que había sido ella quien había puesto normas estrictas y límites por sus conflictivos sentimientos hacia Flynn, y que aquello era lo mejor.

Cada vez que él le tomaba la mano o la estrechaba en sus brazos, cada vez que le daba el beso de buenas noches o se sentaba con su brazo alrededor de su hombro, o le acariciaba el cabello, ella esperaba que él diera un paso más. ¡Pero él no lo hacía!

La mayoría de las noches, Marigold se daba vuelta en la cama sin poder dormir, con la mente como un torbellino y el cuerpo ardiendo. Trataba de convencerse de que su inquietud se debía a todos los cambios que estaban ocurriendo en su vida, porque había muchos.

Emma había aceptado venderle la cabaña en cuanto había vuelto a la oficina, en enero. Al parecer, lo había pasado mal allí. No había sido capaz de encender el fuego sin llenar la cabaña de humo, había atascado la pila, no había sabido usar la vieja cocina…

Por otro lado, Emma había decidido hacer un viaje por Europa con unos amigos, para olvidar su desengaño amoroso, y el precio que le dio fue muy razonable.

Marigold tenía un dinero que le habían dejado sus abuelos maternos, y eso hizo posible pagar la mitad de la cabaña, y el resto pedirlo al banco. Gracias a aquello, la cuota de la hipoteca fue baja.

Había avisado que dejaría el piso a finales de marzo, que era cuando pensaba mudarse a Shropshire. Y había enviado su currículum a varias empresas para ofrecerse como freelance.

Muchos de sus contactos habían prometido darle trabajo. pero aparte de los socios de la empresa en la que trabajaba, que le habían prometido darle el trabajo de los diseños de las tarjetas de felicitaciones, no tenía nada concreto.

Pero a principios de marzo hubo varios acontecimientos que se desencadenaron en veinticuatro horas, y que dejaron a Marigold

exhausta.

A las diez de la mañana, la cabaña finalmente fue suya. A las once, una pequeña empresa de las afueras de Shropshire se puso en contacto con ella. Le habían dado sus datos en su central de Londres. Le habían ofrecido un proyecto de calendarios con paisajes de Inglaterra, tarjetas, diarios, blocs de notas y otras cosas.

Al parecer, querían lanzar los productos como creados por «una artista de campo», y por ello se habían puesto en contacto con ella, porque les habían dicho que pronto se mudaría a Shropshire.

Marigold les dijo que tenía pensado ir a vivir allí a finales de marzo.

Además, puesto que sabían que tenía experiencia en el desarrollo de una nueva sección en su actual empresa, le proponían, en caso de que su producto tuviera éxito, y esperaban que lo tuviera, dirigir el nuevo proyecto en el futuro.

¡Ella estaría encantada!

Más tarde, sonó el teléfono de su escritorio otra vez. Marigold lo atendió muy animada.

—Marigold, soy Dean... Quería saber... cómo estabas...

—¿Dean?

No podía creerlo.

—No me cuelgues —le pidió él.

—No iba a colgar.

Aquella respuesta pareció animar a Dean.

—Te he echado de menos —le dijo—. ¡Te he echado tanto de menos...! He sido un tonto, Marigold. ¿Podrás perdonarme?

Marigold alejó el teléfono un, momento, y lo miró, incrédula. Luego dijo:

—Sucedió y en su momento fue duro, pero es algo pasado ya, Dean.

—Pero ¿me perdonas?

¿Lo perdonaba? Marigold pensó un momento. Apenas había pensado en Dean y Tamara en los últimos meses.

—Ya se me ha pasado. Así que debe de ser que te he perdonado.

—Ya no estoy con Tamara. Me ha vuelto loco. Siempre quiere ser el centro de atención y no se contenta con nada. No era como tú, Marigold.

Dos egoístas no hacían buena pareja, pensó ella.

—Sé que te he hecho daño, pero no ha habido nadie como tú, tienes que creerme —dijo Dean suavemente—. Siempre he contado contigo.

Ella no quería oír aquello.

—Dean, si las cosas hubieran estado bien entre tú y yo, tú no te habrías ido con otra. Es una suerte que nos hayamos dado cuenta

antes de casamos.

—No, no, no es eso, en absoluto —dijo, desesperado.

Marigold sintió pena por él. Era como escuchar a un niño, un niño egoísta que había roto un juguete y tenía una rabieta, gritando que quería que el juguete volviera a estar intacto. Tenía razón Flynn, podría morirse esperando que Dean creciera.

—Fue decisión tuya irte con Tamara —respondió Marigold, aunque no tenía ganas de hablar de aquello—. Y creo que ha sido lo mejor para ambos. Tú, evidentemente, no estabas preparado para el matrimonio, y habría sido un desastre. Ya encontrarás a alguien en el futuro, Dean, pero no seré yo. Adiós.

Colgó. Ella se quedó con el corazón agitado. Pero el teléfono volvió a sonar.

Dejó que saltara el contestador.

—Sé que estás ahí —se oyó la voz de Dean—. Mira, si quieres que te ruegue, lo haré. Sabes que estamos hechos el uno para el otro. Tú me amas, siempre me has amado. Te necesito.

Luego se oyó un silencio, y Dean colgó.

Marigold se sentó mirando su escritorio. A Dean no se le había ocurrido preguntarle si estaba con otra persona. Había pensado que ella se quedaría en casa esperándolo. No la conocía en absoluto. Pero ella tampoco lo conocía a él.

No era la primera vez que pensaba cosas así. Había parejas a las que les iba bien y pasaban toda la vida juntos, como sus padres, y otras que no se entendían jamás, como habría ocurrido con Dean.

¿Cómo se sabía si algo iba a durar o no?

Bebió el café que Emma acababa de llevar para todos.

El nombre de Emma le llevó recuerdos de la cabaña y de Flynn.

Le gustaba demasiado él. Conocerse como amigos no había sido buena idea al final.

Se puso de pie, inquieta, y caminó hasta la ventana de la oficina. Miró la calle llena de gente.

Dean había ocultado su verdadera personalidad, y ella no había sabido descubrirla. Comparado con Flynn, Dean era como un niño pequeño.

Pero no tenía que volver a cometer el mismo error con Flynn. El estaba fuera de su alcance, con Celine o sin ella.

Todo el entusiasmo por la cabaña y los nuevos trabajos pareció desvanecerse al pensar en aquello. Sintió ganas de llorar. Pero no lo hizo.

Se dio la vuelta y volvió a su escritorio. Tenía trabajo que hacer.

Se marchó de la oficina más tarde que de costumbre. Había mucho viento en la calle. Iba a haber una tormenta, pensó, mirando el cielo.

Hizo unas compras de camino a su casa.

Llegó cargada de bolsas. Cuando fue a meter la llave en la puerta, una mano en su hombro la sobresaltó.

—Lo siento. ¿Te he asustado?

—¡Dean! ¿Qué diablos haces aquí? Creí que ya nos habíamos dicho todo lo que había que decir.

—Tenía que venir —dijo, recogiendo del suelo algunas bolsas de la compra que ella había dejado para abrir la puerta.

Marigold lo miró. Se preguntó cómo no se había dado cuenta de lo débil que parecía su boca. Era apuesto, pero de un modo juvenil. Era demasiado... remilgado, pulcro.

—Dean, esto no tiene sentido. Por favor, vete.

—No es cierto que quieras que me vaya —Dean se acercó y la acorraló contra la puerta—. No puedes dejarme. Estamos hechos el uno para el otro.

—Te ha llevado mucho tiempo darte cuenta. Nos separamos a finales de agosto, ¿no?

Dean la miró, extrañado por su tono.

Evidentemente, había esperado que ella se echase en sus brazos.

Y ahora que lo tenía delante, Marigold sabía mejor que nunca que él no significaba nada para ella.

—Todo cambiará, Dee —la llamó por su nombre familiar—. Te lo prometo.

Era increíble lo seguro de sí mismo que se sentía.

De pronto, se abalanzó sobre ella y la besó. Marigold se sobresaltó demasiado como para reaccionar. Por el rabillo del ojo vio un vehículo acercarse a su casa. Y supo quién era su ocupante.

Tenía que ser Flynn. Era el destino.

Empujó a Dean y exclamó:

—¡No me toques! ¡No!

—Pero Dee...

En ese momento, Dean se dio cuenta de que ella estaba dirigiendo su mirada a algo más allá de él, se dio la vuelta y descubrió entonces una cara que parecía esculpida en piedra mirándolos.

Marigold vio que los ojos de Flynn observaban la situación. A la vista de cualquiera, la escena parecía una despedida después de un día de compras. Y ella pensó que Flynn iba a decirle al taxista que siguiera de largo, pero no fue así.

La puerta del taxi se abrió y Flynn salió. Su altura y su complexión dejaban a Dean en sincera desventaja.

—Hola, Marigold —dijo en tono normal. Pero su expresión contradecía aquella amabilidad—. He pasado por aquí para hacerte una visita rápida, pero parece que estás muy ocupada.

A Marigold le molestó que diera por supuesto algo que no era cierto, a pesar de las apariencias. —Dean se iba ya...

—¿De verdad? —Flynn miró al otro hombre. Marigold disfrutó viendo la cara de su ex novio al descubrir que no era irremplazable; lo que le serviría en su futuro trato con las mujeres.

—No quiero molestar… —dijo Flynn.

Dean le dio la bolsa de la compra bruscamente, con gesto de odio, y desapareció sin volver la vista atrás.

—Era Dean —dijo Marigold.

—Me lo imaginaba.

—No sabía que iba a estar aquí. Me telefoneó esta tarde y luego se ha presentado aquí. Yo no quería… —se interrumpió abruptamente.

—¿Quieres decir que no lo has invitado a tu casa ni has querido que te besara? —preguntó Flynn.

—Sí.

Fue una tontería decírselo. Habría sido más fácil dejar que Flynn pensara que había algo entre Dean y ella, de manera que se terminase esa «amistad» entre ellos. Porque Flynn no era un hombre que pudiera comprender el concepto de compartir.

—Bien. Me alegro —dijo Flynn, sin importarle lo que pensara el taxista, que era testigo de aquella escena.

—¿Me crees?

—Por supuesto que te creo —sonrió—. ¿No esperabas que te creyera?

—Yo…

No sabía qué había esperado.

—De acuerdo. Puedo sacar mis propias conclusiones —le alzó la barbilla y le dio un beso suave—. Veo que todavía hay que hacer progresos.

—¿Qué?

Flynn estaba caminando hacia el taxista. Le pagó, y por el modo en que el taxista le agradeció su propina, debió de ser generosa.

Marigold lo observó. Sus sentimientos hacia aquel hombre eran terriblemente turbulentos. Flynn era importante para ella, pero él le rompería el corazón si no terminaba con aquella relación en ese momento, aquella misma noche. Flynn había invadido su vida, y aún entonces se preguntaba por qué. Podía tener cualquier mujer que deseara, exceptuando aquella que era dueña de su corazón: Celine. Entonces, ¿por qué molestarse en ella? ¿Sería porque ella le había dejado claro al principio que no quería saber nada con él? ¿O por los chispazos que habían saltado entre ellos? Desde el principio, aquella había sido una relación de amor—odio.

De pronto, se dio cuenta de que aquellos pensamientos la llevaban a preguntarse si lo amaba. Se quedó pensando, y luego se enfadó consigo misma: «¡No lo amas!» «¡No amas a Flynn Moreau!»

Pero era demasiado tarde. Se lo había estado negando durante

semanas, pero ya no podía ocultárselo. Lo amaba.

—Te ha molestado, ¿verdad? ¿Qué te estaba diciendo?

—¿Quién? ¿Qué? —Marigold se recompuso y contestó—: No, no pasa nada. De verdad. Dean... Me ha dicho que Tamara y él han roto. Quería...

—Creo que sé qué quería —dijo Flynn—. Y tú le has dicho que se fuera al diablo, ¿verdad?

—Se lo dije con otras palabras. Pero sí.

—No te arrepentirás.

No, no se arrepentiría, pensó ella.

—Flynn... —dijo suavemente. Tenía que parecer más firme, se reprochó—. Flynn, tenemos que hablar. Acerca de nosotros, quiero decir.

—¿Existe un «nosotros»? —preguntó Flynn; alzó una ceja y sonrió malévolamente—. ¡Y yo no lo sabía!

—Por favor, Flynn...

Algo en el tono de su voz hizo que Flynn dejara de sonreír.

—Hablemos dentro —dijo él—. Hace frío aquí y hay mucho viento para hablar. Agarró las bolsas.

Una vez dentro, Flynn llevó las bolsas de la compra a la cocina. Luego, fue al salón, donde Marigold acababa de encender el fuego.

—¿Y? —preguntó Flynn.

Llevaba el abrigo abierto. Debajo tenía un traje caro de color gris y una camisa de color hueso. Tenía aspecto de hombre dinámico, fuerte, un cirujano brillante. Se cruzó de brazos, se apoyó en la pared y la miró.

—Venga...

Marigold deseó poder hablar de aquello sin romper a llorar.

—Creo que tenemos que dejar de vernos un tiempo —dijo Marigold, levantándose de donde había estado agachada para encender el fuego. Se sentó en el sofá.

—¿Porqué?

—¿Por qué? Porque no estoy preparada para esta relación después de la ruptura reciente de mi compromiso —dijo ella.

—No me lo creo. ¿Cuál es el verdadero motivo?

Ella no contestó enseguida, y él achicó los ojos y afirmó:

—La verdad, Marigold, me daré cuenta si me mientes...

—Yo... Yo no soy como tus otras mujeres.

—Supongo que para algunos hombres debe de ser halagador que los comparen con un sultán. Pero yo no soy uno de ellos. No sabía que tenía «mujeres».

—Sabes a qué me refiero.

—No, Marigold. No sé lo que quieres decir. Si insinúas que yo tengo la vida amorosa de un toro en medio de un campo de vacas...

—¡Flynn!

—La verdad, por favor.

—Tú... Tú tienes treinta y ocho años y estás acostumbrado a que haya una intimidad completa en tus relaciones —ella no podía creer que fuera tan remilgada.

—Marigold, no sabes a lo que estoy acostumbrado en una relación —comentó Flynn fríamente—. Ahora, si esta es tu forma de preguntarme si me he acostado con mujeres en el pasado, sí, lo he hecho. Como tú misma has dicho, soy un hombre maduro, no un muchacho. No obstante, nunca he tenido una vida promiscua, ni he llevado a la cama a ninguna mujer que no lo quisiera.

Ella estaba segura de eso último.

—El caso es...

—¡Oh, no, otra vez, no, con eso de «el caso es...», por favor —protestó Flynn.

Bien, ¿quería la verdad? ¡Se la diría!

—No quiero ser alguien que entra y sale de tu vida. Eso es todo. Ese tipo de vida puede satisfacerle a otras mujeres, pero a mí, no. Será anticuado, pero me gustaría saber si al menos hay alguna posibilidad de relación permanente en el futuro si las cosas funcionan bien.

Ella no quería ser un pasatiempo, un desafío que una vez satisfecho, abandonase por otro.

—Marigold, corrígeme si me equivoco, pero, ¿no fuiste tú quien quiso que mantuviéramos una cierta distancia? ¿Que fuéramos amigos y nada más? No me critiques ahora por haber aceptado tus deseos.

Aquella última palabra la hizo estremecer. Flynn la miró fijamente.

—Ven aquí —le dijo Flynn.

—No, quiero que comprendas que no podemos continuar así. Vivimos vidas diferentes. Somos diferentes. No tenemos nada en común. Es mejor que terminemos ahora...

Flynn tiró de ella y la hizo ponerse de pie. Luego la estrechó en sus brazos. La besó violentamente, casi con rabia. Y Marigold se excitó, muy a su pesar.

Se encontró besándolo, respondiendo con la misma pasión que ponía él. Tenía hambre de su boca. Le rodeó los hombros. Él la echó hacia atrás para besarle el cuello; luego, volvió a besarla en la boca.

Sin saber cómo, Marigold descubrió que su abrigo estaba en el suelo, y que Flynn estaba mordisqueando sus pechos por encima del encaje del sujetador. Tenía la blusa abierta, evidentemente, aunque no recordaba en qué momento Flynn le había desabrochado los botones. Sintió la tela del abrigo de Flynn contra su piel, mientras él la acariciaba, y la envolvía con su fragancia y su fuerza masculina.

El deseo que había intentado reprimir desde el primer momento en que había sentido su boca, pareció desatarse, y quiso estar más y más

cerca de él.

Flynn le acarició los pezones por debajo del sujetador. Ella gimió guturalmente, de placer. Sentía su cuerpo contra el de ella, sus fuertes piernas presionando las suyas. Pudo sentir el latido acelerado del corazón de él, y supo que la deseaba tanto como ella a él.

Flynn la abrazó más fuertemente, y la alzó para llevarla hasta el sofá y apoyarla allí. Luego, la sentó en su regazo sin dejar de besarla.

—Eres tan suave, tan tibia… Tan perfecta… —murmuró Flynn—. Me estás volviendo loco, ¿lo sabes?

Ella lo besó apasionadamente en respuesta.

—Te deseo, Marigold, pero así no. Quiero que podamos tomarnos nuestro tiempo, ¿comprendes? Quiero poseerte tan completamente, que no haya sitio para nadie más que para mí en tu mente y en tu cuerpo. Quiero casarme contigo…

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire, como pequeños destellos de luz, o delicadas gotas de lluvia.

—¿Qué? —ella se echó levemente hacia atrás—. ¿Qué has dicho?

—Que quiero que seas mi esposa —le dijo tiernamente—. Estoy de acuerdo contigo, no podemos seguir así sin que yo me vuelva loco —agregó—. Dices que llevamos vidas diferentes, pero podemos arreglarlo y vivir una sola, juntos. Tú puedes seguir con tu trabajo. Puedes tener la cabaña como estudio, si quieres, como lugar donde puedas trabajar tranquila y sin que te interrumpan, cuando yo esté en Londres. Cuando esté en casa, podemos compartir todo el tiempo que podamos.

Ella se asombró. Lo tenía todo pensado. Debía de haber estado reflexionando durante un cierto tiempo.

—Pero… Nunca has dicho nada de esto antes… —dijo ella débilmente.

—Tú me dejaste claro que debía ir despacio. Y comprendí que después de lo que te pasó quisieras que fuese así. Pero tenías razón en una cosa, Marigold… Tengo treinta y ocho años, y sinceramente ya no tengo edad de robar besos a las niñas en los portales. Te habría llevado a la cama a los pocos días de conocernos, si tú hubieras querido, lo admito, pero tú no estabas preparada…

—Flynn… —lo miró a los ojos—. ¿Estás seguro?

—Como tú has dicho, he tenido bastantes experiencias como para saber lo que quiero y con quién. Pero nunca le he pedido a ninguna de las otras que se casara conmigo.

Excepto a Celine, pensó Marigold.

Jamás comprendería a aquel individuo. Pero le estaba ofreciendo más de lo que había soñado. Y ella lo amaba. De hecho, lo amaba tanto, que no sabía cómo habría podido vivir sin él. Y ahora, no tenía que soportar ese destino.

—¿Y? ¿Cuál es tu respuesta? —le preguntó—. Piénsalo bien antes de contestarme. Pero hay una cosa segura: No pienso dejarte escapar de mi vida y se me está terminando la paciencia. Quiero que los hombres que se te acerquen, como el impresentable de tu ex novio, sepan que eres mía.

«¿Otros hombres?», pensó Marigold. ¿Estaba loco?

—Me da la impresión de que no tengo más opción que decir «sí», entonces —dijo suavemente Marigold con la boca trémula—. Pero no comprendo…

Flynn la acalló con un largo y apasionado beso. Luego, se separó de ella y le preguntó:

—¿Qué no comprendes?

—Por qué me deseas.

—Entonces tendré que demostrártelo —le dijo Flynn con tono seductor—. Pero ahora no es el momento.

Flynn miró el reloj.

—¡Eh! Tengo que marcharme. Solo pensaba pasar un rato corto para explicarte algo, pero no tengo tiempo ahora. Tengo que irme. Te llamaré por teléfono, ¿de acuerdo? Por la mañana, antes de que te marches a trabajar. Es importante que hablemos.

—Sí, de acuerdo.

Flynn la levantó de su regazo y la puso de pie, evidentemente con prisa de marcharse.

—¿Vas al hospital ahora? —preguntó ella, aunque sabía la respuesta. Reconocía su expresión cuando estaba preocupado por algún caso.

—Sí. Pero te llamaré por la mañana —repitió.

Eso quería decir que estaría en la sala de operaciones hasta muy tarde.

—Ve tranquilo… —le dijo ella

Flynn la abrazó nuevamente, la besó, se abrochó el abrigo y se marchó.

Cuando Flynn se marchó, Marigold se apoyó en la puerta y se quedó mirando el vacío, completamente anonadada.

De todos los acontecimientos que habían tenido lugar aquel día, la propuesta de matrimonio de Flynn era el más importante y sorprendente.

Recordó la conversación que habían tenido como quien rebobina una cinta, para convencerse de que era verdad.

Su esposa… Matrimonio…

¿Lo habría forzado a pedírselo con lo que le había dicho antes? ¿Que no quería acostarse con él si se trataba de una relación intrascendente? Si así era, ella no quería que lo hiciera de ese modo. Porque sería como una especie de chantaje sexual, y ella no había

querido hacer eso por nada del mundo.

En realidad no se le había pasado por la cabeza que Flynn le pediría que fuera su esposa.

Pero ¿había dicho Flynn que la amaba? No, no lo había hecho. Pero el modo en que la había mirado... Había sido como una declaración, ¿no?

O tal vez quisiera creerlo así.

Necesitaba desconectar un momento de todo aquello. Encendió la televisión y se sentó en el sofá. Aunque fue incapaz de prestarle atención.

Pero en un momento dado, un locutor empezó a hablar de la entrega de ciertos premios, y de pronto dijo: «Y entre los que han llegado esta tarde, está Celine Jenet. Una de las primicias que tenemos es que la modelo ha anunciado que se retira de las pasarelas».

Mostraron unas fotos de Celine saliendo de la terminal del aeropuerto. Pero fue el hombre moreno que la acompañaba rodeándole la cintura quien llamó la atención de Marigold. Era Flynn.

El locutor había dicho «esta tarde». «¡Oh, no!», se dijo.

¿Qué estaba haciendo Flynn con Celine? ¿Era allí donde estaba aquella noche? ¿Con Celine, en una gala?

Apagó el televisor. Estaba mareada...

¿Cómo había sido capaz de hacer aquello? ¿De mentirle de ese modo?

Era igual de sinvergüenza que Dean.

¿Qué tenía ella que atraía a hombres así? ¿La tomaban por estúpida?

Pero, ¿y si había ido a buscar a Celine al aeropuerto por su vieja amistad?

Sabía que había muy pocas posibilidades de que fuera así. ¿Y si Flynn le había dicho la verdad y estaba en el hospital aquella noche? No tenía por qué estar con Celine aquella noche solo porque hubiera estado con ella por la tarde...

Bertha debía de saberlo...

No lo pensó más. Llamó a Shropshire. Cuando Bertha contestó, se dio cuenta de que podría haber llamado al hospital. Bertha podría haber recibido instrucciones de que dijera que estaba en el hospital. O negar que estaba con Celine.

—¿Bertha? Soy Marigold. Llamaba para hablar con Flynn, pero me acabo de acordar de que está con Celine, ¿no es cierto? Me había olvidado. He tenido un día muy ajetreado y tengo la cabeza un poco...

—No te preocupes.

Bertha no lo había negado, pensó Marigold.

—Lo llamaré al móvil más tarde —dijo Marigold atropelladamente. Luego, antes de que Bertha pudiera decir nada, añadió—: Tengo

mucha prisa, adiós, Bertha...

Colgó sin esperar la respuesta de Bertha. Lo odiaba, realmente lo odiaba.

Buscó el número de teléfono de su piso de Londres y llamó. Saltó el contestador automático, pero ella se lo había esperado.

—¿Flynn? Soy Marigold. Espero que tengáis una agradable velada Celine y tú. ¡Oh! Una sola cosa más. ¡No me casaría contigo aunque fueras el último hombre sobre la tierra! Y por las dudas, nunca he confiado en ti, así que no creas que me has engañado... No quiero saber nada más de ti. Adiós.

Colgó y se puso a llorar.

# Capítulo 9

MARIGOLD no sabía cuándo se había que dado dormida. Había llorado hasta hartarse, y había caído rendida en su cama pasada la medianoche. Pero no se había dormido inmediatamente. Había dado vueltas en la cama interminablemente. Y en algún momento, agotada, se había sumido en un atormentado sueño.

Cuando sonó el teléfono, le costó despertarse. Finalmente, se incorporó y contestó, mirando el despertador con ojos borrosos. Eran las cinco de la mañana.

Entonces, al oír una voz masculina llena de ira, recordó la historia de Flynn y Celine.

—¿Qué diablos quiere decir ese mensaje que me has dejado? —preguntó Flynn, furioso.

Marigold intentó ordenar sus pensamientos.

—Creí que era evidente su significado.

—¿Sabes lo de Celine?

¡Era increíble!, pensó Marigold. Ni siquiera intentaba negarlo.

—Es obvio, ¿no?

—¿Por qué hablas con desprecio de la velada de anoche, y me dices que te he engañado?

Nunca lo había visto tan enfadado.

—Te dije que no me habías engañado —le recordó

Marigold.

—También me has dicho que no quieres saber nada de mí, unas horas más tarde de haberme prometido ser mi esposa... Dime, ¿qué diablos es todo. esto? Y no me digas que es obvio porque para mí no lo es. Llevo levantado veinticuatro horas y no estoy de humor para juegos, Marigold.

«¡Juegos!», pensó ella. .

—Me dijiste que estarías en el hospital anoche —le reprochó Marigold.

—¿Y?

—Y he visto una imagen en televisión, de Celine llegando a Londres. Estabas con ella. Y Bertha me ha dicho que estabas con ella anoche. Bueno, no exactamente. Pero lo dio a entender.

—Espera un momento, aclaremos esto. Me has dicho que sabías lo de Celine, ¿no?

—Sí. Había un programa sobre los premios de moda, todo muy elegante y glamuroso —dijo Marigold. .

—¿Y tú crees que Celine estuvo allí anoche? —FIynn hizo una pausa—. ¿Y llamaste a Bertha para saber si estaba con Celine? ¿Es cierto?

—Sí.

Marigold tuvo la sensación de que algo iba mal.

—Podrías haberme llamado al móvil, o haber llamado al hospital si querías hablar conmigo directamente, Marigold.

—Tú... No estabas en el hospital.

—¿Te has asegurado de ello antes de hablar con Bertha?

—No.

—Al parecer, yo no valgo ni una llamada telefónica —protestó FIynn.

—No es así...

—¡Por supuesto que sí!

—Creí...

—Sé lo que has pensado, Marigold. Estabas segura de que te estaba engañando con Celine anoche, así que llamaste a Bertha para confirmarlo. ¡Maldita sea! He sido un tonto. Creí que podría hacer que me amases como yo te amo, pero no me has dado nunca la oportunidad. Aparte de la atracción física entre nosotros, me parece que ni siquiera te gusto.

—Flynn, eso no es verdad.

—Has creído que podría pedirte que te casaras conmigo y luego pasar la noche con otra mujer... —dijo FIynn con desprecio.

Marigold sintió un nudo en el estómago, porque era verdad. ¿Qué podía decir para enmendar aquello?

Luego FIynn dijo con amargura:

—Es verdad que estuve con Celine anoche, Marigold. La he dejado a las cuatro de la mañana. Está en cuidados intensivos después de haberle extraído un tumor del tamaño de una pelota de golf. Cuando vuelva a estar consciente, si vuelve a estarlo, probablemente tenga que volver a aprender a caminar, a hablar... Es posible que se quede ciega o algo peor. Tendrían que haberla operado hace semanas, pero un médico charlatán al que fue a ver, fue incapaz de reconocer los síntomas que indicaban que tenía un tumor, y le dijo que tenía migrañas.

Marigold estaba horrorizada.

—Vino a verme ayer para tener una segunda opinión. Yo supe enseguida que había que operar inmediatamente por las pruebas que le hice por la tarde. Pero hasta que no abrimos el cráneo no supimos lo mal que estaba.

—Flynn, lo siento —Marigold sintió vergüenza y remordimiento—. No sé qué decirte.

—No hay nada que decir. Creí que había algo real entre nosotros.

—¡No, por favor! Escúchame. No lo comprendí...

—No, tú no lo comprendiste. Pero yo no era lo suficientemente importante para ti como para hacer el esfuerzo de comprender, ¿verdad? —afirmó amargamente—. Si fuiste capaz de pensar que yo

podía hacer algo así, no hay nada que hacer. He intentado que me conocieras en estos meses, Marigold. He querido que me conocieras por dentro, por decirlo de algún modo. Nunca he querido ser perfecto, pero tampoco soy la escoria humana por la que me has tomado.

—Te equivocas. No te he tomado por una escoria humana, Flynn —Marigold se puso a llorar. Pero a él no pareció afectarle.

—Algún día tendrás que confiar en alguien, Marigold.

Flynn estaba muy resentido. Y ella sintió que lo había perdido.

—Adiós, Marigold —dijo Flynn. Y colgó.

Los siguientes días fueron los peores que vivió Marigold.

Trabajaba como un autómata, porque tenía que hacerlo. Pero en las horas de soledad en su piso, emergía el inmenso dolor de su sentimiento de culpa.

Agarró el teléfono cientos de veces para llamar a Flynn aquella noche, pero colgó sin hacerlo. ¿Qué podía decirle? Lo había decepcionado y no había modo de arreglarlo.

Ni siquiera le había dado la oportunidad de defenderse. Debía de haber llegado del hospital, cansado física y mentalmente, y debía de haberse encontrado con su terrible mensaje.

Si ahora le decía que lo amaba, no la creería. Ciertamente, no había actuado como una mujer enamorada. El amor era pensar lo mejor del ser amado.

Se merecía su odio y su desprecio. Se merecía el dolor y la culpa.

Una mañana de un sábado frío pero soleado, Marigold oyó unos golpes en la puerta. Era Dean, con un enorme ramo de flores.

—He venido a preguntarte si aún podemos ser amigos, solo amigos —dijo Dean serenamente. No parecía Dean—. Era cierto que te echaba de menos. No quiero que nuestra relación se termine de este modo. Y no te culpo. Pero me gustaría pensar que podemos seguir siendo amigos, llamarnos de vez en cuando, tomar un café, y esas cosas. ¿Qué te parece?

Marigold lo miró, sorprendida, al ver su sincero deseo de reconciliación. Necesitada de alguien que la consolase, y ante el ofrecimiento de un hombro donde llorar, Marigold explotó, y dejó salir toda la tensión sufrida, rompiendo a llorar.

Después de desahogarse, tomaron café y tostadas, y aunque pareciera surrealista, Dean la animó a ir a ver a Flynn.

—Si pensara que hay alguna posibilidad de reconciliación entre nosotros, no te diría esto. Pero no la hay, ¿verdad?

Marigold agitó la cabeza, con la boca llena de tostada.

—Y me siento un poco responsable de que no hayas confiado en Flynn como deberías haberlo hecho si yo no me hubiera portado mal contigo.

—Sí.

Dean terminó su café.

—Así que ve a verlo. Habla con él frente a frente. Cuéntale cómo te sientes. Llora si tienes que llorar. Si no lo haces, te pasarás el resto de tu vida preguntándote qué habría pasado si lo hubieras intentado.

Después de que se hubiera marchado Dean, Marigold se dio un baño caliente, y permaneció un buen rato en burbujas con sabor a fresa, repasando todo lo que habían hablado.

Si alguien como Dean, tan egoísta y egocéntrico, podía tener aquel gesto generoso con ella, bien podría ella tener el gesto con Flynn, ¿no? Flynn podría hablarle con el cinismo de que era capaz, pero, ¿qué importaba? Al fin y al cabo, ella se merecía aquello. Después de la angustia que había sentido en los últimos días, ya no le quedaba orgullo. Así que haría lo que fuera por demostrarle cuánto lo sentía.

En aquella terrible llamada telefónica, Flynn había dicho que la amaba, y ella lo había creído. ¿La amaría todavía?, se preguntó. Aunque Celine fuera su primer amor ya no le importaba. Había sido ella a quien le había propuesto matrimonio hacía unos días. Era en el futuro de ellos en el que Flynn había estado pensando.

Marigold había llamado varias veces al hospital, preguntando por Celine, pero siempre le habían repetido lo mismo: «La señorita Jenet está todo lo bien que puede esperarse». En los últimos días ya no había llamado. Pero cuando salió del baño llamó a la casa de Flynn de Shropshire.

—¿Bertha? —dijo al oír la voz del ama de llaves—. Soy Marigold. Llamo para saber cómo está Celine.

—¡Oh! Hola —por el tono de Bertha, no parecía estar enterada de su ruptura—. ¿Por qué no se lo pregunta directamente al doctor Moreau, querida?

—¡Está tan ocupado!

—¡Oh, a mí me lo va a decir! Si continúa así, va a caer enfermo. Afortunadamente Celine está un poco mejor, así que ahora el doctor podrá relajarse un poco. Pero la pobre va progresando muy lentamente. Ayer estuvo más despierta y, al parecer, pudo hablar. Es una suerte que no le haya afectado a la visión, ¿no? Creo que eso es lo que más le preocupaba al doctor Moreau.

Cuando por fin colgó, Marigold estaba temblando. Celine estaba bien. Iba a mejorar. Según Bertha, Flynn confiaba en que le había quitado todo el tumor y el pronóstico era bueno.

Marigold decidió ir a su piso en cuanto se vistiera. Tenía que verlo aquel día, en aquel momento. Tenía que hacerle comprender que lo

amaba, de verdad. Y luego, el resto, dependía de él. Si no podía perdonarla... Bueno, no quería pensar en eso.

Después de secarse el cabello y cepillárselo, estuvo mirando el armario, tratando de ver qué se ponía. Necesitaba estar guapa, pero no demasiado provocativa y arreglada. Quería estar femenina y atractiva, pero no demasiado llamativa. Que no se notase demasiado que quería atraerlo.

Eligió un par de pantalones marrones y una botas a juego, con un jersey blanco, que le había costado muy caro, pero que siempre la había hecho sentir muy bien.

Se maquilló para disimular su palidez y sus nervios.

No podía competir con Celine en belleza, y no iba a intentarlo siquiera.

¿Le hablaría Flynn?

Cuando el taxi llegó al hospital, Marigold tomó aliento.

Había ido primero al piso de Flynn de Londres, pero como no había nadie, había asumido que estaba en el hospital. Por supuesto que podría no estar allí, se dijo, pero tarde o temprano iría a ver a sus enfermos.

Después de pagar al taxista, se dirigió a la Recepción.

—¿En qué puedo servirla? —le preguntó la recepcionista.

—Quisiera hablar con el doctor Moreau. El doctor Flynn Moreau —dijo firmemente Marigold.

—¿Tiene cita con él?

—No.

—Entonces, lo siento mucho, pero...

—No soy paciente del doctor Moreau. Soy una amiga a la que seguramente querrá ver si sabe que estoy aquí —estaba mintiendo mejor que antes al parecer.

—La secretaria del señor Moreau no se encuentra hoy, pero veré si puedo ponerme en contacto con él —dijo la recepcionista—. No sé si está en el edificio.

Marigold no le creyó a la mujer.

—¿Quién le digo que ha venido...? —preguntó la recepcionista.

—La señorita Flower.

—Tome asiento, señorita Flower. Veré qué puedo hacer —agregó la mujer y se dirigió hacia una zona donde había un sofá, a una cierta distancia de allí.

Marigold sonrió con cortesía.

La vio hablar por teléfono desde donde estaba sentada, pero no podía oír lo que hablaba.

La mujer colgó y en aquel momento otro teléfono empezó a sonar. La mujer lo atendió y volvió a hablar.

De pronto, se sintió presa del pánico. No debería haber ido allí,

pensó.

Había sido un error.

Pero en aquel momento oyó una voz grave a su espalda.

—Hola, Marigold.

Pensó que su corazón se iba a detener.

Se dio la vuelta y se puso de pie rápidamente.

—¡Flynn! No te he oído acercarte...

Flynn se retiró un mechón de pelo de la frente, un gesto que expresaba una tranquilidad calculada.

—Sophia me ha dicho que querías verme —dijo él.

Tenía muy mal aspecto, a pesar de que estaba tan atractivo como siempre.

—¿Y Celine? Bertha me ha dicho que está bien. Que está mejorando.

—Celine está bien.

—Siento venir a molestarte aquí, pero tengo que hablar contigo. La recepcionista... me ha dicho que no sabía si estabas aquí o no...

—Han sido unos días tremendos. Hubo un accidente en la autopista y he tenido que andar de un hospital a otro.

Marigold asintió. Así que era por aquello por lo que tenía tan mal aspecto.

Por un momento, un momento de estupidez, se preguntó si sería por ella.

Flynn achicó los ojos, la miró detenidamente y le preguntó:

—Evidentemente, estás de paso por aquí. ¿En qué puedo ayudarte?

Por un momento, Marigold pensó en darse la vuelta y marcharse, pero algo le hizo quedarse allí.

—He venido a verte —le dijo.

—¿Por qué?

Era ahora o nunca.

—Para decirte que te amo.

—Vete a casa, Marigold.

Pero Marigold había notado el brillo de sus ojos y el gesto de tristeza en su boca.

—No, hasta estar segura de que comprendes lo que siento. Si te marchas ahora, voy a seguirte. No tengo miedo de hacer una escena.

Los ojos de Flynn parecieron agrandarse.

—Esto es ridículo. Pero si insistes, será mejor que vengas a mi despacho. Este es un hospital, por si se te ha olvidado.

El despacho de Flynn daba al jardín. Pero no se fijó en su decoración.

Una vez que Flynn cerró la puerta y se sentó en el borde de su escritorio, le indicó una silla para que se sentara.

—Tengo una reunión. Solo puedo estar contigo cinco minutos —

dijo Flynn con frialdad.

Marigold no se sentó. Caminó hasta ponerse frente a él.

Le tocó la cara levemente, y aunque Flynn no movió un solo músculo, notó que se ponía tenso.

—Te hace falta un buen afeitado —comentó Marigold.

Flynn no contestó.

—Llevo despierto desde las dos de la madrugada. Hubo complicaciones con una de las víctimas del accidente. Tengo una maquinilla eléctrica en mi escritorio. Luego me afeitaré.

Marigold le rodeó el cuello con sus brazos.

—Flynn... —dijo serenamente—. Perdóname. Te amo con todo mi corazón. Por favor, cásate conmigo.

—No tienes que hacer esto, Marigold. Soy un hombre maduro. Puedo sobrevivir al rechazo —intentó quitarse los brazos de Marigold del cuello. Pero ella se aferró fuertemente.

—Escúchame —dijo firmemente. Sintió cierta esperanza, porque sabía, sin saber cómo, que él la amaba todavía—. Te amo, te amo. Te he amado casi desde el principio, pero no podía atreverme a aceptarlo. Por un lado, era demasiado pronto después de la relación con Dean. Y por otro, y esto era lo más importante, me di cuenta de que tú podías herirme más que ningún otro hombre. Y luego escuché a esas mujeres hablando de esa chica a la que todavía amabas... Y encima no era una mujer normal, sino Celine Jenet, una de las mujeres más bellas del mundo. Comprendo que nadie pueda compararse con ella. Creí que estabas esperando a que ella volviera a tu lado.

—¿Querer que volviera a mi lado? Marigold, fui yo quien rompió la relación, no Celine. Me di cuenta de que la quería como a una hermana, o una amiga. Y después de un tiempo, Celine se dio cuenta de que lo nuestro no hubiera funcionado. Si nos hubiéramos casado, habríamos sido muy desdichados.

¿Por qué no había pensado que podría haber sido él quien hubiera roto el compromiso? Porque lo amaba demasiado.

—Estaba celosa —susurró Marigold con los ojos borrosos de lágrimas—. Y no confiaba en ti. No merezco otra oportunidad...

Flynn se bajó del escritorio y tiró de ella hacia él. La besó apasionadamente.

—Te amo, Marigold Flower —murmuró sensualmente—. Siempre te amaré. Te amaba cuando creía que no me amabas ni me querías, y era una tortura para mí. Nunca me he sentido de este modo. He vivido treinta y ocho años sin saber lo que era de verdad el amor hasta que te conocí. ¿Puedes creerlo?

—Sí, sí, te creo —los ojos de Marigold brillaron de felicidad.

Flynn la volvió a besar, acariciándole el cuerpo íntimamente.

—Eres todo lo que yo deseaba, aunque no sabía qué era lo buscaba exactamente. Lo supe cuando te conocí. ¿Crees que eso tiene sentido? —preguntó él.

—No lo sé.

Ella no sabía nada cuando estaba a su lado, excepto que no quería alejarse de él en toda su vida.

—Y tú me considerabas tu enemigo… E hiciera lo que hiciera para convencerte de que estábamos hechos el uno para el otro, no te rendías…

Flynn hablaba como si ella hubiera sido muy valiente cuando la realidad era que había estado hecha un lío, asustada de sus propios sentimientos.

—Pídemelo otra vez —dijo Flynn.

—¿El qué?

—Pídeme nuevamente que me case contigo —dijo Flynn—. Quiero que sepas que será para toda la vida. Una vez que te diga «sí», no habrá vuelta atrás, Marigold Flower. Pase lo que pase, eres mía.

—Flynn Moreau, ¿quieres casarte conmigo? —le pidió ella—. ¿Quieres ser mi esposo y el padre de mis hijos? ¿Quieres envejecer a mi lado y ver crecer a nuestros nietos? ¿Quieres ser mi amor para toda la vida?

—Sí —dijo Flynn.

Y Marigold lo besó apasionadamente.

# Fin